



— Da'rio Dublanc —

# TEMPO DE KLEPSYDRA

UN POLICIAL

EDITORIAL DUNKEN

## Capítulo uno

Cuando el niño era niño,

la gota pendía del techo de la habitación. Había nacido de una concentración de humedad en el yeso, clara, premonitoria. Marcos dormía profundamente, ajeno a todo. Con el rostro relajado, su respiración acompasada subía y bajaba imponiendo el ritmo a las sábanas. La oscura habitación se iluminaba a intervalos con las luces de los relámpagos. La gota se fue deformando por su propio peso, respondiendo a la ley de gravedad. El hombre adivinando la irrupción de lo inesperado, aún dormido articuló algunas palabras ininteligibles, en coincidencia con un destello que inundó la habitación. Finalmente la gota cayó golpeando su rostro y fragmentándose. Marcos se removió en la cama sobresaltado, al mismo tiempo que pasaba sus manos por la cara apartando viejas sombras. Intentó volver a dormir, algo se movía inquieto en su cerebro, como una vieja raíz olvidada que busca nuevamente su protagonismo.

Esa mañana se levantó con las diagonales de la ciudad de La Plata incrustadas en su rostro. Se lo estiraban en un ademán cruzado, poniendo una cuota de angustia en cada línea. Si se hubiera mirado al espejo habría advertido la rigidez como si en algún punto hubiera una obstrucción, una tensión disonante.

Cuando finalmente fue al baño el agua de la canilla recorrió su cara, transitándola como a un antiguo acueducto romano, eterno e inevitable. Se secó cuidadosamente el rostro y al observar la vieja quemadura en la mano derecha le pasó la lengua. Marcos sonrió, esa quemadura era recuerdo de su querido padrastro, que lo había criado con dureza. Al respirar profundamente percibió olores a flores, a té, a pasto, a lavandina, a viejo, a encierro, a humedad, a saliva, a transpiración, a polvo, a putrefacción, a sangre. Con desesperación abrió la canilla del lavatorio y empapó su cara con violencia. Se miró en el espejo, sintió que era el rostro de un náufrago y pensó que tal vez lo era. Se secó nuevamente, se peinó, se colocó sus gruesos anteojos; ahora

el espejo le devolvía una imagen más compuesta. Había recobrado su dominio. Necesitaba ese equilibrio para completar su obra, su transformación. Desayunó sencillamente y con ansiedad, luego se dirigió al sótano de la casa. En el amplio ambiente se podía ver un caballete artístico con una pintura a medio terminar. Un suave y largo guante de cuero marrón estaba descuidadamente colgado al borde de la obra, atrapándola. Marcos se dirigió con resolución a una repisa donde guardaba algunos pinceles y pomos de colores. Con gran cuidado tomó un recipiente de vidrio tallado con extraños símbolos, sacó su tapa y observó el contenido ensimismado. Lo acercó a su nariz y reconoció una vez más, con satisfacción el inconfundible olor a sangre. Dejó el frasco junto a la pintura y tomando el guante que colgaba de ella enfundó en él su mano derecha. Prendió la cámara y pudo observar con satisfacción su imagen en el monitor. Puso un CD en el equipo de música que súbitamente envolvió el recinto con “Las Cuatro Estaciones” de Vivaldi. Marcos empezó a transmitir colores al lienzo, primero los elegía con lentitud; a algunos de ellos los mezclaba con el contenido del recipiente ricamente tallado. Con gran concentración buscaba plasmar en la pintura sus mejores pinceladas. El guante le dificultaba la tarea, pero sabía que su maestro el pintor Pedro Pablo Rubens —que padecía de gota—, había sufrido como él con su mano derecha, y lo imitaba en el dolor y en el impedimento.

Trabajó sobre el lienzo con ansiedad, percibió que lo estaba logrando, su rostro pétreo esbozó una sonrisa. El aroma a pintura fresca lo incitaba a la acción; el olor del componente especial lo transportaba. Sintió que todo estaba correcto y en su sitio. La segunda mujer del famoso cuadro de Rubens, “Las Tres Gracias” (que muestra a tres jóvenes mujeres desnudas, con los brazos entrelazados; en distintas posiciones, caracterizado histórica y artísticamente por la carnación viva), iba tomando forma. La obra de Rubens se alejaba de la concepción clásica tradicional de esa época de la

pintura, destacándose la vivacidad del cuadro, la jovialidad de esas mujeres retratadas en la eternidad, en un juego perpetuo de dar y recibir.

Todo finalmente estaba en su sitio, todo iba tomando su ubicación en el espacio y en el tiempo. Todo como debía ser. La música de Vivaldi de fondo y un té completaron la escena. Marcos estuvo trabajando un buen rato y luego de dejar cuidadosamente todos sus elementos, apagó la cámara, suspiró con aire contrariado y subió nuevamente a la casa, se dio un meticuloso baño, se vistió con un sobrio traje y se dirigió a su trabajo. Las líneas diagonales de la ciudad ya habían ingresado a lo profundo de su ser y no había rastro de ellas. Se acomodó sus gruesos anteojos de aumento y caminó con diligencia diez cuadras hasta el Banco. Llevaba un maletín que apretaba con su mano derecha hasta hacer blanquear sus nudillos. Las piernas ligeramente torcidas hacia fuera y sus rodillas juntas, le daban una apariencia de nave bamboleante que avanza con dificultad. Llegó como siempre, con puntualidad.

Al entrar saludó con un leve movimiento de cabeza a sus compañeros de trabajo y comenzó su labor en la caja. A su lado en el portafolio, un paquete de té con su respectiva taza y cuchara esperaban con paciencia las doce para ser convocados. Miró las múltiples cámaras de seguridad que monitoreaban todo, sintió satisfacción; estas también de alguna manera lo immortalizaban. Todo está en su sitio, pensó Marcos y se acomodó los gruesos anteojos. A las diez abrieron las puertas del Banco, mientras, la gente ingresaba apurada queriendo cobijarse en la seguridad que transmiten los grandes edificios públicos, con sólidas y gigantescas puertas de hierro.

Al acercarse el primer cliente a la caja, Marcos lo interrogó atentamente y con una cordial sonrisa: ¿Sí, señorita? El día desarrollaba todas sus expectativas fundadas en las acciones de la gente. Cuando el reloj dio las doce se dirigió a la cocina del Banco, y

preparó su té, como siempre. Su ceremonia metódica al principio había despertado comentarios entre sus compañeros, pero luego pasó desapercibida.

Terminó de beber su té, lavó cuidadosamente la taza y la cuchara, guardó todo el equipo en una bolsita de tela y regresó a la caja. Esta lo recibió con su mundo ordenado y lógico de números. Mientras trataba de concentrarse en las planillas que tenía que completar, no dejaba de sentir en forma atronadora en sus oídos el sonido de los sellos contra los papeles, del viento en las ventanas, de los teclados de las computadoras, de los papeles al moverlos, de la gente pidiendo, de los empleados dando explicaciones, de su cucharita de té en la taza, del dinero contado, de las monedas manipuladas, de las computadoras al prenderse, de las computadoras al apagarse, de la ropa al rozarse, de los muebles, de los ventiladores de techo, de las biromes contra los papeles, de las máquinas de contar billetes, de las máquinas de contar monedas, de las canillas al caer el agua, de las canillas al cerrarse, del pan de jabón, el sonido de las mandíbulas de las cucarachas al comer los restos de comida, de las cucarachas al levantar vuelo, de los mosquitos al girar en el aire, de los mosquitos aplastados por manos rápidas, de la explosión de la sangre de los mosquitos aplastados.

De pronto un ruido desagradable sobresaltó a Marcos, miró a su alrededor y pudo observar que el cajero de la ventanilla de al lado sellaba en forma intempestiva recibos a un cliente.

La mujer buscó en su cartera el lápiz de labios. Era joven, bonita y eficaz. Se dirigió al Banco y con rapidez buscó al cajero de siempre. Este la miró a través de sus gruesos anteojos y le sonrió con timidez; la mujer no dio signos de haber captado su sonrisa. Tomó el cambio que le había pedido y se marchó con la misma rapidez con que había llegado. A continuación, el cajero, recreó en su mente el breve lapso de tiempo en que la tuvo frente a sí; su rostro, los ojos, el pelo largo y claro; el perfume vital que

emanaba de ella. Hacía mucho que esa joven acudía al Banco. Marcos la había registrado en cada visita a través del tiempo. Ya esa muchacha era trabajada en su imaginación como una arcilla nueva a la cual había que manipular con cuidado para que no se malograra. Trató de ubicarla espacialmente en un determinado lugar, en una posición y muy a su pesar, en una primera instancia, no lo logró. Por un instante con su mente voló en el espacio y en el tiempo y se imaginó paseando con esa mujer en la noche, de la mano, por las calles de la Ciudad de La Plata, su ciudad geométrica. Desandando las diagonales, las calles, descifrando conjuntamente los simbolismos ocultos de la ciudad; interrogando a cada estatua, a cada monumento, a cada plaza. Se imaginó a esa mujer compartiendo plenamente sus inquietudes, temores, fantasmas, sus búsquedas infructuosas. Ya la veía sonriéndole con sinceridad, hablándole confidencialmente, comunicándose en un auténtico intercambio. Como en el cuadro “Las Tres Gracias” de Rubens, la carnación viva, el juego de dar y recibir.

Al terminar el día laboral Marcos se dirigió a su casa con rapidez. Ansiaba estar con sus materiales para la transformación.

andaba con los brazos colgando.

En la pared un cuadro del famoso delincuente y prófugo de 1894: Butch Cassidy. El rostro duro del retrato contrasta con su pelo revuelto de adolescente, hasta se puede observar con detenimiento un aire infantil en Bucht, la foto fue obtenida durante un encarcelamiento en la prisión. Lautaro realiza su rutina de gimnasia con bicicleta fija, cinta y pesas. De cuarenta años, mantiene un buen estado físico y se ufana de no usar anteojos de aumento. En un perchero altisonante cuelga una sobaquera con un revólver 357 Magnum con caño de dos pulgadas. Lautaro es un ciudadano común con aires de investigador, aunque no le gusta admitirlo. Tiene un permiso para portación de armas de fuego, para él esa ya es una diferencia importante. Los cartuchos del revólver de punta hueca, no son plomos para bromear y él alardea con esa circunstancia. Desde su departamento del quinto piso se puede ver parcialmente la Plaza Moreno. Es una buena vista, el alquiler que paga no es caro y se siente satisfecho. Aún le queda un poco de dinero para sobrevivir, pero tiene que ponerse en movimiento.

Fue hasta la heladera, esta lo recibió en estado de anorexia debiéndose contentar con hacer dos huevos fritos acompañados con un poco de pan y de queso. Lautaro llenó un vaso con agua de la canilla y lo dirigió al retrato de Cassidy invocándolo. Se sentía menoscabado en su trabajo de gestor haciendo trámites menores, cuando lo que realmente le interesaba era ser un caza recompensas. No tenía una formación sobre el tema, sólo entusiasmo, un poco de suerte y una memoria fotográfica envidiable. Lo demás fue la ocasión y el azar que había hecho que Lautaro en una oportunidad lograra ayudar a la policía en el esclarecimiento de un asesinato. Ese hecho lo había llevado a la cima en una forma tal vez demasiado apresurada.

Solía citar a Hemingway: “No hay cacería como la de un hombre, y aquellos que han cazado hombres armados por largo tiempo y les gusta, nunca más se interesan por

alguna otra cosa”. Tal vez lo que se podría remarcar en Lautaro era el abismo entre la realidad y la ficción, que él armaba alrededor de su pretendida actividad de cazador.

Aficionado a la fotografía y al dibujo se ufanaba de haber leído bastante sobre arte y pintura, cosas a las que se dedicaba cuando tenía algo de dinero extra. Vivía sólo y eso no era un problema para él. Hacía un tiempo había leído en los diarios locales que se ofrecía una recompensa de 100.000 pesos por datos válidos sobre dos asesinatos de mujeres que se presumían hechos por el mismo autor. Lautaro terminó su vaso de agua y lo depositó con fuerza en la mesada, como sellando una promesa. Se vistió informalmente, colocando el voluminoso revólver en la sobaquera lo disimuló con la chaqueta. Bajó por el ascensor y dirigiéndose a la calle pensó por dónde empezaría a investigar. La discreción no era su fuerte, preguntó abiertamente a algunos conocidos; también a varios soplones, pero a la calle cuando se le habla a gritos suele enmudecer lapidariamente. Para lo último dejó al principal confidente, tal vez porque estaban distanciados por una vieja diferencia. Se dirigió a la estación de trenes donde lo encontró como siempre vendiendo libros, folletos turísticos, en una pequeña mesita de madera portátil. El pequeño hombre largaba grandes bocanadas de humo de su cigarrillo que no condecían con su pequeña humanidad. Lautaro lo miró con un poco de desconfianza, el hombrecito le dirigió una mirada despectiva.

—Aurelio, sabía que te encontraría aquí vendiendo.

—Hola —escupió Aurelio—, ¿dónde más podría ir? —Una gran fumarada golpeó la cara de su interlocutor.

—Pensé que tendría la dicha de no verte más, después de aquello.

—No fue mi culpa, Aurelio, todo se precipitó.

—Es fácil para vos. ¿Qué querés?

—Conocés toda la ciudad y sus secretos.

—Eso ya es problema mío.

Un tren arribó a la terminal descargando el gentío, que se dirigió a la salida con rostros indiferentes. El caza recompensas volvió a la carga con ademanes nerviosos y preguntó:

—Estarás enterado de los asesinatos de las mujeres.

—No me interesa.

—No te creo, todo te interesa. Es más fuerte que vos.

El pequeño vendedor se removía incómodo al tiempo que prendía un nuevo cigarrillo.

—Las ventas son malas, la compañía también. En fin, ¿qué querés saber?

Lautaro sintió que ganaba terreno.

—Todo, todo lo que sepas, ¿qué se comenta?

—¿Todo? ¡Es una palabra muy grande! Lo que puedo decir es que es el mismo sujeto en los dos homicidios. Hay una especie de coreografía en su accionar.

—¿Cómo coreografía?

—No lo sé, fijate que aparecieron en dos plazas diferentes, a la misma distancia del centro, tomá un mapa.

Aurelio parecía perder interés en la conversación, además no había vendido nada. El ruido de la gente era ensordecedor, y arribaba otro tren. Lautaro sintió que no conseguiría mucho más del vendedor ambulante y su pequeña mesita plegable.

—Me voy —sentenció Lautaro con un dejo de desaliento.

Aurelio no le contestó. Cuando el caza recompensas ya iba por la puerta de la estación de trenes, lo alcanzó la voz.

—Es bueno en lo suyo, metódico y cuidadoso. Se está perfeccionando y no se detendrá.

Lautaro se fue con las palabras del hombrecito retumbando en su cabeza, el revólver en la sobaquera lo tranquilizó. Volvió al departamento, tomó un mapa de La Plata, y rebuscando en los recortes de diario de los asesinatos que había ido guardando trató de hallar una relación. El primer cuerpo había aparecido en Plaza Alsina, el segundo en Plaza Alberdi. Trasladado al plano de la ciudad se podía observar un equilibrio de distancia respecto al centro de la misma en la Plaza Moreno. Recordó las palabras de Aurelio: es bueno en lo suyo, metódico y cuidadoso. Se está perfeccionando y no se detendrá. ¡El enano tenía razón —masculló para sus adentros— hay una especie de coreografía con el centro de la Ciudad y las plazas que equidistan!

La tarde caía en La Plata, Lautaro sintió que no tenía mucho para moverse; finalmente decidió jugar su carta fuerte, aunque le traería problemas. Tomó el teléfono y marcó el número de la Comisaría Primera. Mientras el celular llamaba tragó saliva nervioso y cuando contestaron trató de aclarar su voz:

—Hola.

—Sí, por favor, ¿el Comisario Mendoza?

Del otro lado se hizo un momento de silencio, Lautaro sabía que por teléfono no conseguiría mucho.

— ¿Lo conoce? ¿Cuál es su nombre? —La voz por el aparato sonó diplomáticamente molesta.

—Lautaro. Sí, Lautaro Arenales —amplió con un hilo de voz que contradujo sus intenciones.

—Espere en línea.

Las luces nocturnas de La Plata se desplegaban en toda su magnitud. Desde su departamento Lautaro podía ver en diagonal cómo la Plaza Moreno se transfiguraba para recibir la noche.

Finalmente:

—Sí, Mendoza, ¿quién habla? —La voz sonó apurada e incómoda.

—¿No le dijeron Comisario?

—Ya no importa, ¿quién habla?

Lautaro sintió que era un mal comienzo, pero intentó hacerse fuerte.

—Soy Lautaro Arenales, el investigador privado. Seguro que se acuerda de mí.

—Sí, me acuerdo de vos, ¿qué querés? Estoy con mucho trabajo.

El caza recompensas juntó fuerzas e interrogó:

—Sé que tiene la investigación de las muertes de las chicas, quería pedirle si me deja ver las causas.

El Comisario bufó:

—Supongo que te debo un favor.

—Yo no lo vería así.

Por el teléfono se sentía el desenfrenado teclear de las computadoras, gritos que llegaban desde la oficina de guardia. La vida se despellejaba sin dar cuartel entre las paredes de la Comisaría.

—Bueno, venite mañana temprano, podemos ver algo. ¿Supongo que andarás atrás de los 100.000 pesos? ¿Seguís portando arma? ¡Estás loco! En fin problema tuyo.

Lautaro se despidió satisfecho. La jugada le había salido bien, ahora podría ver algunas pruebas de primera mano. Se sintió optimista al tiempo que acariciaba su voluminoso revólver colocado arriba de la mesa. Desde la pared la imagen de Bucht Cassidy hasta parecía amigable. Un gran vaso de agua fría de la canilla terminó de calmar su ansiedad. No durmió mucho. La noche se le antojó interminable, finalmente la mañana llegó. Ojeroso y con sólo un café encima se dirigió caminando hasta la Comisaría Primera, distante a pocas cuadras de su departamento.

Se anunció en la oficina de guardia y lo hicieron esperar. Miró alrededor suyo, rostros enrojecidos, nerviosos; nadie viene con buenas noticias a una Comisaría, pensó. Finalmente apareció el Comisario Mendoza.

—Buenas —exclamó sin mucho entusiasmo, al tiempo que le estrechaba la mano

—Hola Comisario.

—¿Sos impresionable?

—Supongo que he visto bastante.

—Nunca se termina de ver todo. Pasá y sentate.

Los voluminosos expedientes se presentaban ante Lautaro como libros prohibidos a los cuales podía acceder. Desde la guardia llegaban sonidos apagados de una discusión. La sirena de un patrullero atronó, alterándole los nervios. El Comisario Mendoza prendió dos cigarrillo y le ofreció uno.

—Lo vas a necesitar, agarralo.

Con el cigarrillo en los labios abrió el primer expediente, un sobre con fotos del lugar de los hechos y la posterior autopsia se le impusieron.

### Capítulo tres

Quería que el arroyo fuera un río,

Lautaro no era valiente, pero la memoria de los 100.000 pesos transfiguraba su dimensión de las cosas. Comenzó a mirar las fotos del primer expediente. El cuerpo

encontrado en Plaza Alsina de Diagonal 74 y 1, en inmediaciones de la vía del tren. La cara tapada con un pañuelo, vestida; el cadáver recostado sobre su lado izquierdo, los brazos recogidos, los antebrazos extendidos hacia delante. No quiso ver las fotos de la autopsia. No le pareció necesario para la investigación, ni para su estómago. Pasó rápidamente al segundo expediente, queriendo apartar de sí la imagen de esa mujer arrojada al anonimato de la muerte. El segundo cuerpo había sido encontrado en Plaza Alberdi de Diag. 73 entre 24 y 26, pudo observar las fotos que mostraban a una mujer con la cabeza tapada como la anterior, pero en este caso de espaldas a la cámara. Con las piernas estiradas, los brazos en cruz y vestida. El cigarrillo del caza recompensas se consumía solo en el cenicero. El Comisario Mendoza le dijo:

—Te veo nervioso. No estás acostumbrado a ver estas cosas.

—Sí, tal vez — respondió Lautaro incómodo.

Dejó el segundo expediente y se quedó pensativo, algo le llamaba la atención, quizás eran los cuerpos. Las posiciones no le parecieron ociosas, había un elemento indefinido que no comprendía. Se jactaba de su memoria fotográfica, aunque era insuficiente en ese momento. El Comisario Mendoza interrumpió sus pensamientos.

— ¿Miraste completos los dos expedientes?

—No, hay cosas que me llamaron la atención más que los informes.

—Estamos investigando, no hay mucho. Sólo sabemos que es un hombre y es el mismo tipo.

— ¿Por qué?

—Pasaste de largo los informes forenses que son coincidentes, las mató con gas, probablemente por inhalación. Las dos presentan una lesión de veno-puntura en el pliegue del codo derecho, no sabemos por qué. Las dos tienen tapadas la cabeza con un

pañuelo. Las mató en otro lado y las llevó hasta ahí, tiene mucha fuerza. No las violó ni las golpeó, parecían dormidas, sólo que están muertas.

La afirmación de Mendoza le hizo correr un escalofrío.

—Está bien, sí —agregó Lautaro— llamativo, pero insuficiente.

El Comisario lo miró con rostro cansado agregando:

—Siempre es insuficiente si no logramos atraparlo.

El rostro de su interlocutor le indicaba a Lautaro que era tiempo de terminar la charla.

—Estamos a mano—agregó el Comisario mientras se paraba.

—Sí, por supuesto. Le agradezco.

Se retiró de la Comisaría con más interrogantes. El cigarrillo que le había convidado el Comisario le dejó un gusto amargo en la boca, o tal vez esas fotos que no podía olvidar. Desanduvo las calles hasta su departamento y se recostó. Su cabeza era un torbellino, se dio cuenta que no tenía mucho: el mecanismo de muerte, los rostros tapados, esas fotos y algo que no terminaba de comprender en ellas. Acabó durmiéndose. El grueso revólver descansaba con mansedumbre en la mesita de luz. Era mediodía en la ciudad y planteaba nuevos interrogantes.

En otra parte Marcos tomaba su té del mediodía; entre divertido y satisfecho miraba el aviso en el diario local de la recompensa de 100.000 pesos. Procedió con meticulosidad a lavar la taza, el plato y la cucharita, mientras pensaba qué ocurriría si alguien llevado por el dinero se acercaba demasiado a su obra, a su transformación.

Lautaro deambuló varios días por las calles tratando de atar cabos, la ciudad tal como una pared infranqueable protegiendo un misterio, se negaba a responder. Ese día se despertó tarde y con dolor de cabeza. El arma en la mesa de luz le pareció una ironía,

lejos estaba de resolver nada. Arrojó un vaso contra la pared y los vidrios como gotas sólidas volaron por la cocina. Sintió que todo era un fiasco y que debía volver a trabajar, necesitaba pagar las cuentas. Tenía esa ligereza de carácter, tanto se sentía detective como terminaba renegando de ello y retornaba a su trabajo de gestor para no morir de hambre. A veces este tipo de naturalezas polarizadas asociadas al azar producen resultados. Pero eso él no lo sabía.

Comenzó a recorrer viejos clientes, inició la gestión de trámites, depósitos, pago de boletas de servicios. Sentía que giraba en círculos y que su vida se detenía. Deambulaba mecánicamente por las oficinas, los edificios públicos, los bancos realizando con automatismo los trámites encomendados. Lejos estaba Lautaro de proseguir la investigación, los 100.000 pesos le parecían ya un recuerdo. Su realidad inmediata eran sus malditos papeles. Los días se sucedían en la monótona rutina de las jornadas iguales. Bucht Cassidy parecía burlarse de él desde su fotografía en la pared. Había algo que le molestaba en su cabeza, como una verdad dicha en voz baja. No podía dejar de pensar en los cuerpos de las mujeres asesinadas, había una intención en la postura. Algo que él había visto, pero no podía recordar dónde. Prosiguió sus rondas de trámites, depósitos, gestiones con su cabeza embotada; iba de la rutina a la intriga que lo carcomía. Le quedaban solamente dos depósitos, uno en el Banco Provincia de calle 7 y 47 y el último en el Banco Nación de 7 y 48. Cuando terminó el primer trámite estuvo a punto de posponer el segundo para otro día, pero algo lo llevó a completar el recorrido.

Lautaro no podía saberlo, tal vez fue el embotamiento o su desasosiego o las dos cosas, luego de dudar entró al Banco, se dirigió como siempre a una de las cajas. Marcos lo atendió con diligencia, se conocían de vista. Nada los unía o en todo caso los terminaba uniendo el azar, que tal vez es una suerte de causalidad. Cuando Lautaro se retiraba de la caja, se quedó mirando los papeles sellados que le había entregado. En ese

momento advirtió los rayos del sol que entraban desde arriba arrojando variados colores a las baldosas del piso. Entonces levantó la vista y ahí pudo ver. Sí, de pronto sus sentidos salieron del embotamiento y comprendió, los papeles cayeron de sus manos. Ahora entendía, en el techo del Banco, en un hermoso y rico vitral podía observar una de las obras cumbres de Rubens, Las tres Gracias. De izquierda a derecha, la primera y segunda mujer reproducía las posiciones de los cuerpos. Lautaro tenía una memoria fotográfica y esta se le imponía en ese momento con una convicción que desconocía en sí mismo. Recobrando el aliento levantó los papeles del piso y se fue con paso nervioso. Una gran nube cruzó por el cielo tapando el sol, al tiempo que oscurecía el rico vitral en una advertencia velada.

Marcos había observado todo con actitud impasible, entendió que Lautaro había comprendido. Se preguntó, ¿podrá llegar hasta mí? Y arribó a la conclusión de que eso era incorrecto y no lo podía permitir. Marcos ya en su casa reflexionó sobre lo ocurrido. Bajó al sótano y mientras contemplaba su pintura inconclusa, consideró que debía hacer algo rápidamente. Nada ni nadie debía detenerlo ahora que estaba tan cerca de completar su obra, su transformación. ¿Pero a quién le interesa? Se colocó el largo guante de cuero marrón en su mano derecha, prendió la cámara y observó su imagen en el monitor, le agradó lo que vio. Puso Las Cuatro Estaciones de Vivaldi y prosiguió dándole forma a su obra. El pincel daba trazos gruesos reafirmando su determinación en finalizar la pintura. En un rincón del sótano descansaba una mascarilla de gas, una larga y fina manguera. Frascos con cloroformo. Abundante algodón. Cámaras de filmación portátiles, trípodes. Sogas. Cinta de embalar ancha. Pero sobre todo se destacaba en el ambiente un gran baúl que se transportaba fácilmente sobre una carretilla de dos ruedas. En el garaje de Marcos descansaba su combi blanca, lucía una inscripción de una

empresa de transporte de encomiendas inexistente; la utilizaba muy poco y sólo para las mujeres que había elegido.

Finalmente dejó de pintar. Se preparó un té y mientras tomaba a pequeños sorbos la humeante bebida pensó: en el Banco debe haber un registro de gestores y de sus domicilios. El suave guante de color marrón voló por el aire quedando colgado del cuadro aún inconcluso. Afuera en la noche la ciudad se replegaba, tratando de protegerse encendía múltiples luces para no ser atrapada por la oscuridad creciente.

#### Capítulo cuatro

que el río fuera un torrente

Lautaro buscó en sus libros de pintura. Finalmente encontró lo que quería. En uno de los más antiguos, se desplegó ante sus ojos con rico colorido y maestría la reproducción del cuadro Las Tres Gracias de Rubens. Luego fue hasta su libreta de

apuntes y observó los bocetos que había confeccionado con las fotografías de los cuerpos de los expedientes, cuando salió de la Comisaría. Apelando a su memoria fotográfica había realizado los dibujos y sus posiciones extrañas. No se había animado a pedirle a Mendoza copia de las fotos de las víctimas, pero suplió eso con su buena técnica de memoria y dibujo. Sí, sintió satisfacción, la correspondencia de las posiciones superaba la casualidad, el asesino conocía a Rubens. De pronto experimentó euforia por lo que había descubierto. Vio más cerca los 100.000 pesos y que su suerte había cambiado, dejaría por completo el trabajo de la gestoría y se dedicaría de lleno a la investigación. Pensó que cuando resolviera el caso, con el dinero y la fama que conseguiría se manejaría a otro nivel. Lautaro volvió a crecer en su autoestima. Bucht Casidy parecía mirarlo desde su retrato con ojos satisfechos. El pesado revólver de cazador adormecido en la sobaquera, que colgaba del perchero, parecía recuperar protagonismo. Analizó cuidadosamente sus próximos pasos, no le comunicaría nada al Comisario, sino este obtendría todo el crédito de la investigación. Además aún no tenía ningún nombre. Debería conducirse con prudencia, pero con rapidez. Tal vez alguien esté llegando a las mismas conclusiones que yo presumió y este pensamiento lo incomodó. Sólo él conseguiría averiguar y con este último anhelo se fue a dormir. Afuera la ciudad de La Plata asimilaba las sombras para recibir la noche.

Esa mañana Marcos en el Banco revisó todos los trámites que había realizado el día anterior en su función de cajero. No le costó mucho ubicar las operaciones que había ejecutado el hombre que le había llamado la atención: depósitos de dinero a distintas cuentas, boletas de luz, de gas, impuestos inmobiliarios. Anotó cuidadosamente todos los nombres que figuraban en los trámites. Luego los fue poniendo uno a uno en un buscador de Internet, le arrojaron variados resultados. Empresarios, corredores de bolsa, las fotos que surgían de los perfiles no condecían con el hombre que él buscaba.

Finalmente puso un nombre que encontró en una de las operaciones, cuando clickeó apareció un perfil con una foto que enseguida reconoció con una expresión de satisfacción. Miró el nombre: Lautaro Arenales, entre otros varios datos que pasó por alto se detuvo en algunos que le parecieron claves: fotógrafo aficionado, dibujante, amante de los libros de arte y de pintura. A Marcos le satisfizo los gustos de ese hombre. Buscó entre los papeles de su caja y encontró un recibo de luz a nombre de él, miró la dirección. Anotó con cuidado todos los datos en un pequeño papel y lo guardó en el bolsillo. Luego regresó todo a su lugar. La computadora volvió a mostrar las operaciones bancarias, los papeles volaron a sus canastos. Nada parecía haber cambiado en el ambiente, sólo una decisión en la mente de Marcos contaminaba la rutina del día.

En otro lado de la ciudad Mendoza miraba desanimado los gruesos expedientes de las dos mujeres asesinadas. El cigarrillo se consumía solo en el cenicero ante la indiferencia de este. Con manos crispadas desparramó sobre su escritorio las fotos de los cuerpos encontrados en las plazas. En su mente se repetía que era el mismo asesino, pero no lograba ir más allá. Las pericias realizadas sobre los cuerpos, sobre los lugares donde fueron hallados, no aportaban nada para atraparlo. Es cuidadoso, pensó mientras retomaba el cigarrillo casi consumido. En su mente repasaba las características de los casos de asesinos seriales que había tenido. De pronto se encontró recordando con un dejo de amargura a su hombre de confianza. En el pasado había sido una figura fundamental en el esclarecimiento de varios crímenes.

Lautaro esa tarde colocó sobre la mesa de la cocina los elementos de la investigación. Desplegó el mapa de La Plata, ubicó las dos plazas donde habían aparecido los cuerpos, la libreta con los bocetos estaba cerrada a un costado. El revólver descansaba en un ángulo de la mesa. Se sirvió un vaso de agua. Bebió a grandes tragos; el líquido bajaba acompasadamente por su garganta al tiempo que parecía relajar su mente. Dejó el vaso a un costado mientras pasaba la manga por su boca para secar los restos de agua. Trató de recordar lo que le había dicho el jorobado. “Hay una especie de coreografía en su accionar”, “la misma distancia desde las plazas al centro”, vino a su mente la pequeña figura contrahecha de Aurelio. “Es bueno en lo suyo, metódico y cuidadoso”. “Se está perfeccionando y no se detendrá”. Las últimas palabras de Aurelio retumbaron en la memoria de Lautaro. Tomó la libreta de notas y observó detenidamente los bocetos de las mujeres asesinadas. Miró nuevamente el mapa de la ciudad, en un impulso arrancó los bocetos de la agenda y los colocó sobre las plazas. De pronto buscó un orden, una sistematización. Hurgó en sus notas desparramadas en la mesa. Sí, el primer asesinato ubicado en la plaza Alsina de Diagonal 74 y calle 1, la posición de la víctima coincidía con la primera mujer del lado izquierdo del cuadro de Rubens. Buscó afanosamente el segundo boceto y lo colocó en la próxima plaza denominada Alberdi de Diagonal 73 entre 24 y 26. El cuerpo de la segunda, su extraña postura coincidía también con el dibujo del centro del cuadro. De pronto Lautaro se sentó pesadamente en la silla suspirando. Se sentía excitado por lo que iba descubriendo. Acarició el gran revólver como para recuperar la calma. Todos los elementos dispuestos en la mesa representaban una coreografía macabra que él, sólo él, estaba develando. Este último pensamiento le infundió satisfacción y la adrenalina recorrió todo su cuerpo. Afuera la ciudad se preparaba para afrontar la oscuridad de la noche. Lautaro se levantó de la silla y miró en diagonal por la ventana hacia la Plaza

Moreno. En algún punto de la ciudad latía la mente de un asesino y él intentaría atraparlo. Pensó en el dinero de la recompensa y dudó por un momento si lo hubiera hecho gratis por la sola satisfacción de descubrirlo. Sonrió y regresó su mirada al interior del departamento.

El pincel se deslizaba en las manos de Marcos con cierta dificultad, y se apoyaba sobre el cuadro a medio terminar. Se lo veía preocupado, hasta se podría decir que lo dominaba un temblor infrecuente. Contrariado finalmente arrojó el pincel contra la pared. La sangre mezclada con la pintura comenzó a chorrear hacia el piso, como una afirmación. Marcos se tapó la cara con una mano y con la otra cubrió el lente de la cámara que registraba su labor, el suave y largo guante de cuero que cubría su mano derecha quedó colgando del cuadro. Algo lo sobresaltaba. Había una irrupción que trastocaba el equilibrio. Se recompuso, buscó un trapo y limpió su rostro. Fue hasta una de las paredes de la habitación. En la misma se podía observar un gran plano de La Plata, en dos plazas se encontraban los bosquejos de dos cuerpos de mujeres, ambos equidistantes de la Plaza Moreno, el centro de la Ciudad.

Marcos sacó de su bolsillo con suma delicadeza, como si fuera a desvanecerse en sus manos, una pequeña foto. Con determinación le buscó un lugar en el contexto del mapa. Recorrió con ojos ávidos las plazas, las diagonales, los edificios públicos. Contrariado no se decidió a ubicarla en ningún lugar. Terminó colgándola provisoriamente con un alfiler en el borde del mapa. Luego dejó la habitación, subiendo por la escalera hacia la planta baja de la casa al tiempo que apagaba la luz. En la oscuridad del recinto y atrapada en el plano de la ciudad quedaba la foto de Lautaro como una incógnita a dilucidar. En el negro silencio de pronto, atronaron Las Cuatro

Estaciones de Vivaldi. En una de las paredes, aún resbalaban pequeñas gotas de sangre buscando ávidas mimetizarse en el polvoriento suelo.

Aurelio se acomodó en su pequeña silla, un viejo sobretodo intentaba inútilmente disimular su joroba.

—¿Volviste?

—Llegué a algunas conclusiones.

Aurelio sonrió, exhalando una gran bocanada de humo.

—Seguimos jugando al investigador privado. En fin, es tu problema, no el mío.

Los libros y los folletos con mapas turísticos de la ciudad se entremezclaban en la mesa del hombrecito, en una extraña síntesis. Lautaro le contó las circunstancias y los hechos que había descubierto, y por último acerca del vitral del Banco Nación.

—Bien, veo que te has esmerado —dijo Aurelio con admiración.

No registró el cumplido, estaba preocupado. Aún no había llegado a establecer una pista firme para llegar al asesino. Aurelio adivinando su pensamiento se adelantó.

—Repasemos los hechos, lo concreto. Pensá las posturas de los cuerpos, el cuadro de Rubens, el mismo cuadro en un vitral del Banco. Pensá, ¿qué relación tienen?

—Que el asesino admira a Rubens, que está matando y reproduciendo el cuadro con las víctimas en las plazas.

Aurelio asintió con una sonrisa.

—Pero aun así no tendrás al asesino, te falta observar algo más.

Lautaro repasaba todo lo que había analizado, la charla con el Comisario Mendoza, los expedientes, las fotos, los bocetos, el mapa, el vitral en el Banco. Finalmente agregó.

—El vitral en el Banco, creo que el asesino lo ha visto alguna vez.

— Aún así eso no te acerca a nada.

Un tren arribó a la Estación, los pasos rápidos de la gente, el sonido de la locomotora desarticulaban la tensión de la charla.

—No vas a resolver este caso mirando a la gente que baja del tren.

Lautaro volvió los ojos hacia el hombrecito, este lo miraba fijamente.

—Pensá, ¿qué es lo que deseamos los seres humanos? ¿Qué nos puede llegar a obsesionar?

Lautaro se tomó la cabeza

—No lo sé, tal vez lo obsesionan las mujeres, el deseo sexual insatisfecho.

—No —Aurelio prendió otro cigarrillo y miró a la distancia buscando un punto donde anclar la mirada, pero no lo encontró.

—Eso es circunstancial.

De pronto se golpeó la joroba con una mano en un rápido movimiento que sorprendió al investigador.

—Nos termina obsesionando lo que vemos todos los días —agregó.

## Capítulo cinco

y que este charco fuera el mar.

Lautaro sentado ante su mesa en el departamento reflexionaba sobre todo lo acontecido, todo lo investigado. Sentía el progreso de la caza, pero aún le faltaba lo

principal a su parecer. Relacionar la pintura del banco con el asesino. Recordó las últimas palabras de Aurelio. “Nos termina obsesionando lo que vemos todos los días”. Ya la tarde se iba acentuando en la ciudad, la plaza Moreno parlamentaba con sus estatuas para que se plegaran a la quietud del atardecer. El caza recompensas se preguntó si el Comisario Mendoza tendría alguna pista que él ignorara, pero descartó de plano contactarlo. Se apoderaría de su investigación sin miramientos y perdería tanto el crédito como el dinero y habría trabajado en vano. No se sentía con ánimos de seguir con su vida de gestor. Íntimamente ya se veía en los titulares de los diarios como el héroe que había descubierto al asesino. Miró con detenimiento el gran revólver que colgaba en el perchero, ¿llegaría a utilizarlo? Este interrogante por un momento lo sobresaltó, se preguntó si llegado el tiempo dudaría en hacerlo, y un escalofrío recorrió su cuerpo. De pronto el sonido del portero eléctrico lo sobresaltó. Se paró con rapidez y atendió.

—Sí.

— ¿Señor Lautaro Arenales?

—Sí —respondió algo extrañado.

—Del correo Señor, un sobre del interior.

Al escuchar esto Lautaro se tranquilizó, recibía mucha correspondencia de larga distancia con documentación para tramitar.

—Pase, le abro.

|—Gracias, muy amable —contestó una voz tal vez demasiado educada. Lautaro no reparó en esta circunstancia.

Esperó con ansiedad la encomienda, mientras pensaba que ese detestable trabajo de gestor terminaría en poco tiempo más. El timbre sonó y sin mayores reparos abrió la

puerta. El rostro del hombre del correo por un instante le pareció familiar, sus gruesos anteojos negros, pero conocía tanta gente que no le prestó mayor atención. Este le entregó un gran sobre de papel madera con membrete.

— ¿Dónde firmo? —inquirió Lautaro.

—No se moleste, por favor —respondió el hombre atentamente al tiempo que avanzando con precisión le tapó la nariz y la boca con un gran algodón que tenía en la otra mano.

Si Lautaro conocía o no el olor del cloroformo o si sólo había leído sobre él, no se puede saber. Sintió que el departamento daba vueltas a su alrededor y que perdía la conciencia.

Marcos con cuidado y decisión colocó el cuerpo en su baúl de dos ruedas y regresó al ascensor. El interrogante de Lautaro con relación a si llegaría a usar su revólver estaba resuelto. El arma quedó colgada del perchero en su sobaquera como un animal abandonado. Por la ventana abierta del departamento, se podía ver la Plaza Moreno y sus estatuas en actitud defensiva.

Una combi blanca desanduvo las calles de la ciudad, a velocidad moderada, ajena al ritmo ajetreado de la ciudad, ajena al tiempo. Cuando despertó se encontraba atado y sentado a una silla en una habitación sin ventanas que le pareció húmeda y sombría; pudo ver a un costado una escalera de material, le dolía la cabeza, pero el terror que lo invadió hizo que su dolor se desdibujara.

En el recinto reconoció una pintura a medio terminar de las Tres Gracias de Rubens, en una pared un gran plano de la Ciudad, con dibujos de dos mujeres tal como él los había imaginado. A un costado del mapa y sostenido por un alfiler, una foto suya. Esto lo paralizó definitivamente y cuando volteó su cabeza para tratar de borrar todo lo que había visto, no pudo contener un grito de desesperación; la pared que ahora estaba

observando estaba manchada de sangre, en el piso esta se mezclaba con el polvo y amasaban juntos una especie de barro negro. Una arcilla macabra que se retorció en figuras incontrolables. Unos pasos en la escalera interrumpieron su grito. Marcos apareció con un té en sus manos bajando con lentitud.

—No le voy a cuestionar que grite Lautaro. De todas maneras reconozco que me molesta.

Marcos hablaba con tranquilidad y voz pausada. Lautaro sentía que estaba perdido con ese hombre. Hubiera preferido una trompada, un grito, pero esa cadencia en la voz, esa tranquilidad era la de un hombre dueño de sí. Difícil de alterar, difícil de sorprender. Probó las sogas que ataban sus manos, estaban sólidas, bien anudadas; nada era improvisado. Trató de estudiar al hombre, pero no encontró fisuras en él. Nada que pudiera explotar para usarlo a su favor. De todas maneras intentó.

—¿Quién es usted? ¿Por qué estoy aquí?

Marcos al tiempo que sonreía dejó con delicadeza la taza de té sobre una mesa.

—Los dos sabemos por qué estamos aquí. Yo haciendo mi trabajo, usted para cobrar dinero. Ahora discúlpeme tengo tareas pendientes. Puede mirar si quiere. Prendió la cámara y un reproductor de música, *Las Cuatro Estaciones de Vivaldi* atronaron en la habitación. Lautaro se sobresaltó con las palabras del hombre. Pensó qué podría ofrecerle a cambio.

Marcos se colocó su largo guante de cuero marrón y prosiguió su obra, como si Lautaro no estuviera. De vez en cuando dirigía la mirada al lente con fascinación. Elegía los colores con detenimiento, siempre acudiendo al frasco donde guardaba la sangre de su última víctima. Lautaro advirtió los colores que se plasmaban en el cuadro, y advirtió el ingrediente especial que utilizaba. Sintió náuseas y creyó que iba a desmayarse, pero logró sobreponerse.

Transcurrido un tiempo, que a Lautaro le pareció interminable, el hombre pareció satisfecho por el momento y dio por terminada su labor pictórica. Arrojó su guante marrón a un costado de la pintura, quedó colgando examine como el brazo de un ahogado.

Lautaro sintió que las cosas se precipitaban y trató de pensar alguna salida. Marcos se acercó a él observándolo detenidamente, parecía un científico analizando una enigma. Se removió en la silla inquieto, las sogas hacían sangrar sus manos por la presión que él ejercía.

—Dígame qué es lo que quiere, puedo vender mi departamento, le daré dinero.

Marcos lo observó con una sonrisa triste y agregó:

—No, ya no puede vender nada. Lo lamento. Se arremangó la camisa para estar más cómodo y ahora colocó la cámara enfocada a Lautaro.

Se colocó guantes de goma quirúrgicos. Buscó en un bolso que estaba en el recinto y sacó un paquete de pañales descartables. Tomó uno y se dirigió al investigador.

—No lo vea como un atrevimiento ni una invasión a su intimidad.

Con suma habilidad le bajó los pantalones y le colocó el pañal. Luego se los volvió a subir. A Lautaro le daba vueltas la cabeza, la respiración entrecortada, sentía que su pulso se aceleraba, las sogas mordían despiadadas las muñecas. Gritó a viva voz:

—¡¡¡Por favor!!!

Marcos lo miró brevemente, agregando:

—Ya le dije que me molesta que grite, pero no se lo voy a negar.

Marcos arrimó una garrafa de gas cerca de Lautaro. Le conectó una manguera que terminaba en una mascarilla con bandas elásticas.

—No por favor —habló desfalleciente Lautaro—. Pídame lo que quiera.

Marcos se acercó con la mascarilla al rostro del cazare compensas.

—Usted apostó y perdió, ya no puede ofrecerme nada. Sólo su vida.

Lautaro se removió desesperado en sus sólidas ataduras. Le colocó la mascarilla, ajustó las bandas elásticas alrededor de la cabeza y se dirigió a la garrafa.

Miró nuevamente al prisionero y dijo:

—Un consejo, puede vaciar sus pulmones de aire y, cuando no dé más, aspire profundamente, el gas llegará más rápido, y por favor mire a la cámara todo lo que pueda.

Dicho esto Marcos abrió la llave de paso.

Entrada la madrugada sonó el teléfono del Comisario. Manoteó semidormido.

—Sí, Mendoza. —En el silencio de la noche contrastaba su respiración acelerada.

—No, no puede ser vociferó el Comisario. Estúpido, mil veces estúpido. Está bien, ya voy para allá. —Colgó el teléfono y se sentó en la cama.

Se tomó un antiácido con un poco de agua y seguidamente encendió el primer cigarrillo de la jornada. Miró por un instante su pistola de servicio que lo aguardaba en la mesita de luz, los cargadores, el par de esposas y sintió una especie de impotencia. La noticia de la aparición del cadáver de Lautaro Arenales en un basural clandestino lo golpeaba en forma inesperada. La luz del día empezaba a insinuarse, pero lucía carcomida.

## Capítulo seis

Cuando el niño era niño,

los auriculares de protección auditiva, que alguna vez había usado para ir al polígono de tiro, le servían para dormir. Sí, los había comenzado a utilizar una vez que había albañiles en su departamento y tenían que romper las paredes; desde entonces, Miguel, acostumbrado a descansar de día, los utilizaba. Además se colocaba para la luz diurna unos tapaojos como los que se usan en los aviones de pasajeros. Se evadía del

mundo y dormía. O tal vez sin saberlo, huía de sí mismo. Crepitó el teléfono y el sonido voló en el aire, traspasó los auriculares, y como una aguja de aceite lenta e inexorable llegó al centro de su cerebro. Miguel respiró profundamente aferrándose al sueño, mientras trataba de asegurar las frazadas calientes. El sol del mediodía se adivinaba a pesar de las gruesas cortinas de las ventanas. Finalmente se levantó como un monstruo arcaico, sordo y ciego, al tiempo que se sacaba los auriculares y los tapaojos, dirigiéndose al teléfono que proseguía insistente, sabiéndolo en la casa.

—Hola Mendoza. —El sonido de sus palabras lo sorprendieron, acostumbrado como estaba al silencio.

— ¿Cómo sabes que soy yo?

— ¿Quién otro puede insistir en mi teléfono con la esperanza de ser atendido?

¿Qué pasa?

—Otro asesinato más, y creo que están todos relacionados. Es un hombre: tiene mucha fuerza para hacer lo que hace.

Un gato recorrió la habitación dudando entre subirse al aparador o a la heladera.

—Miguel, ¿estás ahí?

—Sí, pero ahora estoy retirado, no tengo más obligaciones que convivir con mis fantasmas —Las palabras salieron con violencia de su boca, tal vez a su pesar.

Mendoza trató de buscar las frases adecuadas para no alterarlo y le costó encontrarlas.

—Te necesito en el equipo, no tengo muchas alternativas. Arriba quieren resultados.

Miguel negó con la cabeza como si el otro pudiera verlo.

—Siempre quieren resultados. Ya no estoy en eso, no sirvo. Apenas logro dormir de día y, de noche, mientras hago la guardia trato de no pensar.

—Sí, ya lo sé, en tu guardia nocturna, —sonrió para sí el Comisario— un investigador de homicidios cuidando que no se roben los alfajores en las góndolas de una estación de servicio.

—Eso fue antes, ahora simplemente quiero vivir en paz —respondió Miguel con voz nerviosa.

—Te precisamos. Respetaré tus tiempos —insistió Mendoza.

Miguel, tembloroso, rozó con sus dedos las gruesas cortinas de la ventana como si fueran a deshacerse en sus manos, mientras buscaba una respuesta.

—Nadie respeta los tiempos durante la caza y lo sabés.

La voz de Miguel sonó vacía de emociones al tiempo que colgaba el teléfono.

Prendió un cigarrillo que se fue quedando en sus labios en forma incondicional, mirándolo con su único ojo abrasador de cíclope adormilado. Buscó una cerveza en la heladera mientras que con el control remoto del televisor buscaba el noticiero. Se anunciaban lluvias esporádicas hacia el atardecer, y frío. No se le ocurría otra idea que sentarse frente al aparato y lo hizo. Recordó la llamada de Mendoza y no pudo evitar que esa conversación trabajara despacio en su cerebro como una levadura que con un golpe de frío o un apresuramiento fuera a perderse. Las calles de la ciudad estaban repletas de gente apresurada y nerviosa, los registros de los sonidos se amortiguaban en la densidad oscura de las cortinas del departamento. Del otro lado, en la Plaza Moreno, el mediodía trepaba hacia la tarde planteando otras incógnitas, otras claves.

Miguel pensó que si trataba de explicar a la gente que había momentos en que se sentía desquiciado, se le reírían en la cara. La gente relativiza, rechaza lo que no conoce, lo que le molesta, entonces adorna con rasgos de cordura hasta al más loco. Tal vez evita así correr sus propios riesgos. Permaneció un rato más frente al televisor y finalmente se acostó de nuevo. Los auriculares y las gafas tapaojos ocuparon su sitio.

Miguel sintió, con un escalofrío, que se sentaba nuevamente ante una mesa con un anfitrión de ojos vacíos, y rostro aún indefinido. Instintivamente su mano recorrió la vieja cicatriz del cuello y la sensación lo hizo estremecer, la sintió como si estuviera fresca. Un viejo rostro, marcado a fuego en su pasado, en su conciencia, se reprodujo en su mente rasgo a rasgo, observándolo, fuera del tiempo, inescrutable para siempre. El gato recorrió la penumbra conocida y en una ceremonia reiterada ocupó un lugar a los pies de la cama. En la ciudad geométrica algo comenzaría a crecer como una raíz imprevista.

“De las enfermedades metabólicas. Cuando aparece artritis gotosa aguda a menudo se manifiesta como un ataque fulminante, que produce grave incapacidad. La descripción del ataque agudo que hizo Sydenham en 1683 sigue siendo clásica: La víctima se va a la cama y duerme en buena salud. Cerca de las dos de la mañana despierta con un dolor intenso en el dedo gordo, y más rara vez en el talón, tobillo o empeine. Este dolor es semejante al de la dislocación, no obstante las partes afectadas se sienten como si se les vaciara agua fría. Luego se presentan escalofríos y temblores, y fiebre poco alta. El dolor, que al principio era moderado, se hace más intenso, con lo que aumentan los escalofríos y temblores. Después de cierto tiempo llega a su clímax, y el dolor se localiza en huesos y ligamentos de tarso y metatarso; entonces se siente como estiramiento y desgarros violentos del ligamento, o, a veces como dolor sordo, o como presión y apretadura. Entre tanto es tan exquisita y animosa la sensación de la parte afectada, que no puede soportar siquiera el peso de las sábanas ni las sacudidas que se producen al caminar una persona en el cuarto. El paciente pasa la noche torturado, en vigilia, dándole vueltas a la parte afectada y con cambios constantes de la postura; este movimiento del cuerpo empeora a medida que el ataque se intensifica. De

ahí el esfuerzo vano por cambios de postura del cuerpo y de la extremidad afectada, de producir una disminución del dolor. En orden siguiente de frecuencia como sitios de afección inicial se encuentran el empeine, tobillo, talón, rodilla, muñeca, dedos de la mano y codo.”

Dejó con lentitud de sorber el té, y releyó con satisfacción el artículo de las enfermedades metabólicas. Miró su mano derecha, enfundada en un suave y largo guante de cuero marrón como quien mira a un perro maltratado. El monitor le devolvió su mirada desde un costado, y Marcos dirigiéndose al lente se sacó el guante y levantó su mano derecha con la cicatriz como pidiendo consuelo. Desde la calle, sordamente, a través de gruesas cortinas le llegaban los sonidos de la gente, pero no era eso lo que le interesaba. Tenía una meta y eso era suficiente, no necesitaba contacto humano. Ya había tenido bastante conviviendo con su padrastro. Este le exigía desde pequeño que se cepillara metódicamente los dientes tres veces al día, hasta sangrar las encías, eso fortalecía la dentadura le explicaba. Si no lo realizaba de esa manera junto a otras reglas de higiene aún más traumáticas, le aplicaba severos castigos. Finalmente reconoció que amaba a su padrastro, lo recordó en ese momento con profundo cariño; se había hecho cargo de él a la muerte de sus padres, a quienes recordaba como sombras difusas en su pasado. También se había hecho cargo de la vieja casona de la familia, en una zona tranquila de la ciudad, inadvertida tanto por su aspecto algo ruinoso como por su antigüedad. Su padrastro era un hombre muy duro que por cariño, tenía que reconocerlo, había logrado arrancar lo mejor de él; lo fue convirtiendo en un ser resistente al sufrimiento, autosuficiente y le estaba agradecido. Metódicamente, todos los domingos, le llevaba flores a la tumba disimulada en el patio del fondo de la casa; donde lo sepultó después de la última lección que le impartiera, cuando ya en un momento de descontrol utilizó una fuerza física que desconocía en sí mismo. Le había puesto una

cámara fija y lo miraba en uno de los monitores desde el interior de la casa. Tal vez Marcos lo hacía por sentirse acompañado por el muerto, o porque temía que dejara la sepultura para vengarse.

Trabajaba en el banco de nueve a diecisiete como cajero y nunca había tenido inconvenientes. Algo retraído, dirían sus compañeros, pero un excelente empleado para sus jefes, de un carácter casi automatizado que no molestaba. En principio se sintió contenido y conforme en su trabajo y se aferró a él con desesperación. Luego comenzó a sentirse apartado en la de por sí solitaria labor de cajero. Un día intentó una relación con una compañera, pero cuando la invitó a un té en la cocina del banco, ella lo había rechazado. Ese trivial incidente había cavado hondo en sus sentimientos. En toda actividad humana nada es estático, todo tiene su dinamismo. Tiempo después algo había llegado en su ayuda, una vía de escape, una transformación. La conciencia de esa mutación ocurrió casi por casualidad en un momento de soledad profunda y desesperación espiritual, un clic interno, de esos que los hombres generalmente relativizan. Pero él se había aferrado con todas sus fuerzas a ese hallazgo. Alimentándolo con sus sentimientos más profundos, con sus propias manos, regándolo como a una flor obtenida a través de difíciles combinaciones y una porción de azar. Tal vez los elementos ya estaban alineados de antemano, esperando que él tomara definitivamente conciencia de ellos. Luego llegó la búsqueda, los elementos que aportarían la esencia para su transformación. Estuvo tan emocionado al principio de su descubrimiento que casi corre a anunciárselo a la gente en la calle, a sus compañeros del banco. Pero tuvo un momento de lucidez y mantuvo el secreto. Aún no era tiempo de revelaciones, había mucho trabajo para hacer. Volviendo al presente, repasó mentalmente los elementos de la transformación mientras terminaba su té.

## Capítulo siete

no sabía que era niño.

Ese viernes abrió la caja del Banco con tranquilidad. La mañana se desplegaba serena, así como vuela mansamente la red del pescador artesanal en una isla de la Polinesia; no recoge mucho pescado, pero obtiene lo suficiente y con satisfacción personal, luego se retira a comer a su morada, recordando las peripecias de la pesca y el mar, y come lo obtenido, lo come como una bendición. Por un momento volvió el recuerdo de Lautaro Arenales y la intromisión que casi arruina sus planes. Pero había solucionado el problema adecuadamente y ya habían pasado casi dos semanas de aquel

incidente. Reconoció que Lautaro se había comportado bien, y que no habían surgido mayores contratiempos.

La mujer llegó, se diría, puntualmente al Banco; realizó la operación, y casi sin mirar al cajero se retiró. Este la observó con disimulo, no era bueno despertar sospechas, y menos ese día. Como un homenaje, apenas ella se fue, se dirigió a la cocina del Banco y se preparó un té, lo bebió con lentitud en esa soledad colectiva e impersonal y volvió a su caja. Las manos trabajaron tranquilas y seguras esa mañana, adivinaban actividad extra y estaban expectantes.

Había logrado darle a la mujer una ubicación en el espacio de su mente, en su mundo, y eso le producía alegría y a la vez tranquilidad. Las cosas se desarrollaban como debían ser. Ya al atardecer, cuando sonó el timbre de su casa y observó por la mirilla ella vio a un hombre con un mameluco de trabajo y un paquete de encomienda, y no le sorprendió. Por su labor de oficinista estaba acostumbrada a recibir paquetes en su casa; además cuando abrió la puerta el empleado correcto y educado le resultó por un instante familiar.

Esa noche Marcos tuvo mucho trabajo, realmente. Pero se estaba perfeccionando y se sintió satisfecho. Era un viernes, 21 de marzo, el comienzo del otoño. En el equipo de música *Las cuatro estaciones de Vivaldi* resonaban una y otra vez. La cámara grababa correctamente y el monitor le devolvía su imagen en todo su esplendor.

Al día siguiente estaba pálido y se notaba una mala noche en el rostro. Tomó más té que de costumbre. Sus manos estaban temblorosas y parecían más blancas; la derecha con sus viejas quemaduras estaba cubierta con el suave y largo guante de cuero marrón.

A las cinco de la mañana de esa misma madrugada el Comisario Mendoza atendió el celular que saltaba en su mesa de luz. Su rostro se fue transformando y percibió el ya conocido, aunque no menos odiado dolor en la boca del estómago. Cortó, buscó un vaso de agua, se engulló un antiácido y se metió de cabeza en el problema.

Mendoza reflexionó en silencio unos instantes, luego tomando nuevamente el celular, marcó un número con el rostro acentuado por la incertidumbre. En otra parte de la ciudad sonó un teléfono insistentemente y Miguel adivinando la urgencia saltó de la cama para atenderlo. Cayeron los auriculares. Las gafas de dormir aún colgaban de su cuello como párpados de tela desechados.

—Sí, Mendoza.

—Lo volvió a hacer, ¿puedo pasarte a buscar en mi coche? Sólo te pido que mires un poco.

El silencio que siguió a la frase del Comisario fue muy breve, aunque perceptible. Podría haber durado una hora y hubiera tenido el mismo efecto.

—Dame quince minutos, te espero abajo —respondió finalmente Miguel.

En otra parte de la ciudad y a la misma hora, Carlos atendió el teléfono. Como de costumbre estaban comentando con el médico de guardia la anécdota del último detenido examinado en la madrugada de ese sábado, cuando recibió la llamada de la Comisaría Seccional 5ta. de La Plata, dando cuenta del hallazgo de un cadáver en la plaza Castelli de Diagonal 74 y 25.

Carlos y el Doctor Delacroix apuraron una taza de café, tomaron sus elementos de trabajo y salieron en la camioneta para el lugar de los hechos. Se sumaron el perito fotógrafo, el planimétrico, el levantador de rastros y el balístico. Cuando llegaron estaban ya varios policías, el Juez de Garantías, el Fiscal y demás miembros de la Instrucción, quienes anticiparon al médico algunos datos: se trata del cadáver de una

mujer y ha sido hallado hace unos tres cuartos de hora aproximadamente por dos muchachos que atravesaban la plaza. El lugar se hallaba perfectamente delimitado, perimetrado con cinta plástica con la leyenda “No avanzar”. No había curiosos dada la hora.

El Doctor Delacroix se acercó con incertidumbre; a pesar de haber pasado toda la noche examinando ebrios, prostitutas y drogadictos, se aproximó con la aprensión propia de aquel que pareciera que no se acostumbra a la imagen de la muerte.

La piel de las manos de la mujer era intensamente blanca, contrastando con la oscuridad del ambiente. El médico hechó un vistazo alrededor: árboles diseminados; la plaza en la zona media estaba descampada. Pudo advertir hacia el norte las puntas de aguja de las nuevas torres de La Catedral. Acercándose, observó que la mujer tenía tapada la cara con un pañuelo masculino. Se la descubrió con ansiedad por lo que podía encontrar, una desfiguración, heridas de arma blanca, pero al hacerlo comprobó que no había signos de violencia en el rostro. Se trataba de una mujer de rasgos finos. Estaba colocada en el piso con sumo cuidado: sobre su costado derecho, con las piernas extendidas, el brazo del mismo lado parcialmente flexionado en una actitud de saludo, y el izquierdo doblado, tocándose el hombro. El médico se aseguró que el perito fotógrafo plasmara todas estas circunstancias, previas al examen del cuerpo. La ropa denotaba a una mujer que no quiere pasar desapercibida. La vestimenta estaba limpia y no demostraba signos de violencia, forcejeos o lucha. Un buzo tipo polera color claro, pantalón gris, medias de vestir y zapatos negros así lo confirmaban. A Delacroix se le impuso la idea que había sido trasladada hasta ese lugar, el asesinato no había ocurrido ahí. La visión desde las calles circundantes al centro de la plaza era parcial. Cuando el asesino depositó el cuerpo pudo pasar perfectamente desapercibido. Pensó en la edad que tendría la víctima, alrededor de unos treinta años. Le llamó la atención la gran

palidez. El médico sintió una presencia detrás de sí; era Mendoza que trataba, a través del haz de luz de la linterna del médico, sumar elementos reveladores del origen de la muerte y su autor. Delacroix pudo observar aún a otro hombre que se mantenía apartado en silencio, en reserva, pero que no perdía detalle de nada.

Aunque Miguel estaba acostumbrado a ver cadáveres y concurrir a las autopsias, siempre la escena del crimen le disgustaba. Luego hacía una elaboración mental que lo concentraba en los detalles y ya no pensaba en la persona muerta: pensaba en quién lo había hecho. A una prudente distancia, para no entorpecer la labor, pero lo suficientemente cerca y atento para no perder los menores indicios observaba hacer al grupo de trabajo que circulaba alrededor de la víctima como un equipo de concentrados exploradores.

De pronto el Comisario volviéndose a Miguel, al tiempo que tragaba un antiácido sin agua, lo interrogó con la mirada. Miguel apagó por un momento el pequeño grabador y mirando el cuerpo habló en voz baja como para que lo escuchara sólo el Comisario.

—Es un hombre, tiene mucha fuerza, la mató en otro lado y la dejó aquí. Hay signos parciales de arrastre. No hay signos de violencia en la mujer, ni en la ropa o el lugar.

El Comisario frunció el ceño. Miguel prosiguió:

—La dejó en el centro de la plaza, quería que la encontraran rápidamente. No le interesa ocultar el cuerpo del delito. No le preocupa que lo incrimine porque probablemente sabe que no hay nexos que lo conecten con ella.

Mendoza prendió dos cigarrillos y le pasó uno a Miguel, las primeras luces de la mañana luchaban con las últimas sombras de la noche.

Miguel se acercó al cuerpo:

—No está orgulloso de lo que hizo, le dejó la cara tapada.

—En otros casos también aparecieron con la cara tapada, es el mismo tipo —  
agregó el Comisario.

Tiró el cigarrillo y se tragó un nuevo antiácido y dijo:

—Tal vez sea la última.

Miguel recorrió con la vista los alrededores de la plaza desierta buscando un interlocutor invisible, luego agregó:

—No lo creo, ¿por qué habría de detenerse?

Una ráfaga de viento frío interrumpió las últimas palabras de Miguel, Mendoza se apretó el abrigo con aprensión.

## Capítulo ocho

Para él todo estaba animado.

El Doctor Delacroix proseguía con su trabajo, debía realizar un examen del cuerpo en el lugar. La posición de las manos y piernas denotaban cierta rigidez. El médico se remontó a los fenómenos cadavéricos inmediatos, y calculó que la muerte dataría de no más de cuatro a seis horas. Comenzó a desvestir el cadáver. Observó nuevamente ese rostro pálido, sus ojos grises estaban entreabiertos, por ellos caminaba una mosca temprana, la apartó con violencia. El semblante no evidenciaba pánico, sus facciones demostraban que la muerte la había sorprendido con lentitud. Examinó el cuerpo girándolo de espaldas: no encontró lesiones de arma de fuego ni de arma blanca.

Deslizó la parte superior del buzo, el cuello tampoco presentó marcas que le indicaran maniobras de estrangulamiento. La ropa interior estaba en su lugar. El médico tomó las manos de la mujer y pudo sentir el frío; no había anillos que dieran alguna pista de la identidad.

El resto de los peritos había terminado con su trabajo cuando llegó la ambulancia morguera en el más absoluto silencio. Delacroix y los empleados del vehículo, sin pronunciar palabra, en una ceremonia repetida, cargaron el cuerpo en la parte trasera. El médico se quedó mirando mientras el transporte se perdía por Diagonal 74 hacia el Cementerio, acompañado de un invisible cortejo de interrogantes.

Volvió al lugar para reexaminarlo. No pudo hallar nada a la luz de su linterna que ya se confundía con las luces de ese día tergiversado. Se acomodó la campera y observó que Mendoza dialogaba por lo bajo con el hombre que había visto y que este le confiaba su voz a una pequeña grabadora. El Comisario y Delacroix intercambiaron breves palabras.

—Probablemente es el mismo —afirmó el médico.

—Sí —respondió Mendoza, su rostro denotaba el cansancio de la madrugada.

El médico con Carlos, su chofer y asistente, subió a la camioneta y se dirigió a la morgue del cementerio; en el trayecto la quietud de la ciudad y el silencio de la hora los abordaron con una ausencia desoladora.

Miguel aspiró profundamente para aclarar sus ideas y se preguntó qué hacía allí. Guardó el pequeño grabador en un bolsillo. Más allá de haber respondido instintivamente al llamado de Mendoza y lamentar esa muerte absurda, no estaba seguro de haber hecho lo correcto y se preguntó si soportaría nuevamente la presión del trabajo. La presión de sus fantasmas.

—Sólo te pedí que miraras un poco —interrumpió los pensamientos el Comisario, adivinando sus dudas.

—Lo sé —respondió Miguel prendiendo un nuevo cigarrillo con el que pretendía acallar sus nervios.

En el centro de la plaza quedaban ellos, en el lugar parecía no haber ocurrido nada. Sólo sus mentes certificaban lo acontecido.

—No se detendrá —agregó con un dejo de ansiedad en la voz.

Mendoza asintió con la cabeza.

—Sí, probablemente. Esperaremos los informes de Delacroix. Lo que todavía no sé es si cuento con vos—. Los ojos de Mendoza buscaron directamente los de Miguel que no lo evitaron, pero no pudo leer nada en ellos; estaban vacíos.

Regresaron juntos al auto del Comisario y se retiraron del lugar al tiempo que un patrullero que pasaba haciendo la ronda flasheaba la zona, quebrando la engañosa quietud de la plaza. Mendoza de pronto aceleró intempestivamente su automóvil como queriendo embestir una sombra inescrutable. Casi chocan a un automóvil que pasaba, el conductor les tocó bocina.

Miguel miró las agujas de la Catedral que ya se recortaban nítidas. No se detendrá, repitió en voz baja y prendió dos cigarrillos, pasándole uno al conductor. En una esquina, esperando el cambio del semáforo, les llegó el olor a pan recién horneado. Ambos percibieron el agradable aroma y lo aspiraron en silencio. Lo aspiraron como a una suerte de rescate después de lo que habían presenciado.

El Doctor Delacroix se tomó el tiempo de un cigarrillo, en el interior de la camioneta, previo a encarar la autopsia. Siempre hacía esa pausa antes de su labor profesional; quizás así sentía un reencuentro íntimo al emprender un trabajo que hacía con excelencia, pero que no dejaba de angustiarlo. Ingresó a la morgue, el vaivén de la

puerta doble de la sala de autopsias le permitió entrever que todo estaba preparado; olores rutinarios lo invadieron.

El examen de los órganos del abdomen determinó una congestión visceral marcada. En la apertura del estómago no se hallaron restos de comida; indudablemente la muerte había sucedido lejos de las ingestas normales. Prosiguió el examen con detalle y concentración, el bisturí en sus manos no temblaba; la sierra para abrir el cráneo chirrió desaprensivamente. La sangre corría por las canaletas de la mesa de autopsia con una cierta densidad de lava derramada, luego escurría con un suave tintineo de lluvia inútil. Si el médico se hubiera podido ver en un espejo en ese momento se habría sentido semejante a un explorador espacial, con el traje, los guantes, la capucha, y el visor a prueba de salpicaduras; tan lejos de una exploración de esa naturaleza, revolvía ansioso la condición humana, tratando de desentrañar a un responsable. Prosiguió con el examen, luego tomó distancia y prendió un cigarrillo para reflexionar. Comenzó a escribir las consideraciones de la autopsia: “Se trata del cadáver de una mujer blanca, de cabello largo, claro y cuidado; ojos grises. Una estatura de 1,70 metros y un peso aproximado de sesenta kilogramos. Prolijamente vestida, sin faltantes de prendas; todas colocadas en su lugar, sin desgarros o signos de violencia. No tiene tatuajes o elementos sobre la superficie corporal, no posee reloj o alhajas. El estado tanatológico del cuerpo determina que la muerte se produjo ocho horas antes de esta autopsia. No se demostraron sobre la superficie corporal lesiones de defensa. Se comprobó solamente una lesión de veno puntura sobre el pliegue del codo izquierdo, y un ligero derrame subconjuntival bilateral. Congestión visceral generalizada en cerebro, riñón, hígado, pulmón que dejó escapar al corte sangre espumosa. No se comprobaron signos de violencia sobre el cuello, como tampoco maniobras de presión u oclusión de las vías

aéreas”. Delacroix reflexionó que ese cuadro era compatible con una asfixia, pero ¿de qué tipo?

Copió con cuidado los rótulos de cada uno de los frascos que irían al laboratorio. Por un momento pensó en el repetido y nunca igual enigma de la muerte. Siguió escribiendo sus rutinas: “N.N. femenina, estudios solicitados. Dactiloscopia en las huellas para su identificación. Estudio toxicológico de alcohol u otras drogas sobre las vísceras y sangre. Estudio histopatológico sobre las vísceras, estudio de semen en los hisopados, estudio de las ropas. Toma de muestras para ADN”.

El médico se quedó esperando mientras terminaban de cerrar el cadáver. Nadie vendría a buscarla hasta que fuese identificada; tarea en manos del gabinete de rastros. La colocaron en la cámara de frío. No volvió a verla jamás, pero tampoco se olvidaría de esos ojos grises.

Cuando Mendoza y Miguel ingresaron al interior de la Comisaría Primera, los teléfonos se interrumpían mutuamente. Denuncias vecinales, peleas; separaciones de parejas; denuncias por robos. Las pasiones humanas, las oscuridades del hombre se entrecruzaban en ese ámbito físico, pidiendo ser escritas. El Comisario se sentó en el sillón de su despacho, y ni la llegada de un café bien caliente y cargado le mejoró el ánimo. Miguel tomó el suyo en silencio.

## Capítulo nueve

Y todas las almas eran una.

Ese lunes Marcos subió por la escalinata del Banco a las nueve, exactamente a las nueve como debía ser. Se sentía cómodo en su traje gris con camisa blanca, la corbata al tono, en un todo uniforme y perfecto. Atravesó la entrada flanqueada por las dos hojas de sólido hierro; recién abiertas por la guardia de seguridad que sólo dejaba entrar a esa hora a los empleados. El aire impregnado de olor a papeles y a tinta lo hizo sentir bien. Caminó sobre el piso de mármol que converge concéntricamente en medio del Banco. Un rayo de sol ricamente coloreado jugaba con sus zapatos, levantó la

cabeza y sonrió brevemente con satisfacción. Respiró profundo y alcanzó a ver el Coliseo que lo rodeaba silencioso, la arena húmeda con olor a león, a criatura humana. En tal majestuosidad los mostradores de atención al público resultaban diminutos y los sectores para los empleados que atendían a la gente semejaban inviolables jaulas de hierro construidas con barrotes artísticos en reluciente bronce. La cúpula de vitrales en lo alto reflejaba el sol, desdibujándolo en imágenes y colores. En el primer piso, semejante a las gradas del Coliseo iban y venían personas realizando tareas. Se sintió un gladiador en el centro de la arena, cerró los ojos y con la mente giró en redondo para saludar al público. La luz le dio en la cara en múltiples rayos, apreció el peso de su espada en la mano derecha mientras la transpiración corría por su cuerpo. La armadura de cuero, hierro y bronce se adueñó del sol con violencia. Anheló agua y la obtuvo, la multitud lo aclamó; mujeres bellas pidieron por él, y las tuvo porque un campeón puede elegir. Sus músculos rozaron las prendas de cuero y fueron retenidos por el metal de la armadura. Las cámaras grababan su magnificencia. Todo estaba bien; una mujer se acercó a la caja.

— Disculpe, ¿desea algo señorita?

—Cambio de cien pesos, por favor.

El hombre la observó a través de sus anteojos de aumento y se le ocurrió pensar qué ropa refinada le pondría, en qué parte del anfiteatro la colocaría para aclamarlo a él y sonrió para sí.

—Acá tiene señorita, su cambio.

—Gracias —La mujer se retiró sin siquiera haberlo mirado.

Afuera la tarde, apenas esbozada, avanzaba a gruesas pinceladas.

El Comisario Mendoza ya no recordaba la última vez que había almorzado algo decente. Siempre ingería fiambre con pan o alguna tarta de jamón y queso, y una pastilla antiácida. Pensó que los crímenes ocurridos ya encerraban la certidumbre de haber sido cometidos por la misma persona. La incertidumbre era todo lo demás. No era persona de asustarse fácilmente ni de renunciar a la lucha. En sus años de policía había visto mucho y sabía que aún le quedaba por ver bastante más. Tenía la certeza de que la vida supera la más elaborada ficción. Por eso Miguel Averó representaba una carta fuerte en sus manos, extravagante y controvertido, pero con una mente capaz de cerrarse como una trampa para cazar osos. Le preocupaba la trascendencia que habían tenido los asesinatos en los diarios; demasiado para el normal curso de la investigación.

El Comisario recorrió parcialmente la cortina de su despacho y observó el contrafrente del Teatro Argentino. Esa visión le devolvió en alguna medida la dimensión humana de otras cosas más gratas. En contraposición en la sala de guardia de la comisaría se desgranaban las pasiones de la ciudad en melodías duras. Mendoza tragó otro antiácido y tomando su saco cerró la puerta de la oficina y salió a la vereda. Los olores y los ruidos de la calle lo atraparon rápidamente.

El Teatro Argentino lo siguió con la vista hasta que el Comisario se perdió entre la gente que caminaba por calle siete a la altura del edificio de la Legislatura. Miguel Averó aún no le había dado una respuesta. El tiempo que transcurría encerraba latente la aparición de otra víctima. La negativa de su ex hombre de investigaciones de homicidios complejos, lo complicaba.

Ese día Letizia entró al departamento con la copia de su llave y dejó los libros de historia sobre la mesa del comedor, Miguel Averó aún descansaba con los protectores auditivos y los tapaojos colocados.

Contemplándolo mientras dormía Letizia trató de analizar qué la unía a ese hombre, y finalmente desistió de hacerlo; siempre lo intentaba y terminaba por abandonar la idea. Se sirvió una lata de gaseosa de la heladera al tiempo que hojeaba un libro que había retirado de la biblioteca. Su pasión era la historia antigua; su relación con Miguel y ese juego de mentiras inocentes, de citas que mantenían sin aparente compromiso a veces la angustiaban. Se sentía atraída por una faceta de él que se le escapaba a nivel consciente, una figura entrevista a medias de ese hombre indescifrable que apenas se esbozaba en la intimidad, pero que le dejaba entrever a un ser humano distinto, más auténtico con ella. Un hombre que era capaz de comerse una hamburguesa en un puesto callejero sentado en el pasto de una plaza, o de perseguir a un maniático asesino, aunque esto último era, felizmente, ya un lejano recuerdo. Letizia cerró el libro y dejándolo a un lado dormitó en un sillón. Las pesadas y oscuras cortinas del dormitorio amortiguaban los ruidos de los automóviles.

Ya al atardecer, Miguel comenzó a removerse en la cama como un murciélago desaliñado pronto a despertarse a la nocturnidad. Afuera la Plaza Moreno se preparaba para recibir la noche, las estatuas miraron por última ocasión el sol poniente y volvieron a su posición de piedra. La oscuridad fue ganando cada rincón con morosidad, la ciudad se preparaba para recibir la noche, replegándose. El plano de La Plata respiró en su cuadratura, acondicionando sus edificios, sus arboledas. Los míticos túneles subterráneos sonaron a hueco y misterio como un viejo tambor africano.

En unos días el Doctor Delacroix obtuvo los resultados de los estudios que había solicitado. No se sorprendió: el examen histopatológico había demostrado síndrome asfíctico, coincidente con los valores de carboxihemoglobina en sangre. La toxicología demostró dosis de Lorazepam en valores de narcosis. Enseguida llamó por teléfono al laboratorio central del Departamento.

—Habla Delacroix, ¿se encuentra el Doctor Rivas?

—Soy yo, Eduardo, ¿qué precisás?

—Te molesto por unos estudios que solicité, referente a una chica que apareció en Plaza Castelli.

—Sí, vi el sobre con los resultados a tu nombre. Tengo presente el caso.

—Estoy tratando de relacionar este hecho con anteriores, me parece que tuve intervención en otros parecidos. ¿Mirarías en los archivos de la computadora? Te doy pistas: autopsias de víctimas mujeres, aparecidas en plazas de La Plata, últimos dos años máximo, sin signos de violencia.

—Esperame en línea.

Prendió otro cigarrillo y reflexionó sobre su trabajo, siempre estaba en la etapa del post-delito y sintió que llegaba cuando ya era tarde.

—Sí, es cierto, hay parecidos que van más allá de las coincidencias. Con este último caso tenés tres similares. Probablemente se les ha suministrado un gas volátil. Tal vez podría ser gas natural y por vía inhalatoria.

—Coincido con vos —respondió Delacroix.

—Eduardo, te mando copia de todo —agregó el Doctor Rivas.

—Gracias, viejo.

El médico volvió a repasar mentalmente la autopsia y pensó que tal vez aquella marca de veno puntura en el brazo de la mujer fuera un indicio. ¿Le habrían aplicado un

sedante y luego el gas? Fue una primera conclusión. No obstante lo intrigaba el móvil de su muerte, pero ese ya no era su campo. Además se sumaban otros dos casos idénticos. Analizaría en ellos también la circunstancia de las veno punturas.

Delacroix marcó el teléfono de Mendoza.

— ¿Cómo andás? Habla Eduardo.

—Bien, ¿hay algo?

—Sí, miré en los archivos de las autopsias, con este último serían tres casos iguales, en cuanto pueda te mando todo.

—Gracias Doc.

Ninguno de los dos deseaba, por el momento, hablar demasiado del tema; más que hablar querían entender.

En otra parte de la ciudad Miguel tomó las pesas y se puso a trabajar sus músculos. Seguía sin agrardarle el ejercicio. La cicatriz de su cuello latía blanca y sinuosa como un signo de interrogación.

## Capítulo diez

Cuando el niño era niño,

Miguel se despertó casi a las veinte horas, con tiempo para darse una ducha. Se vistió, tomó el bolso con su ropa de trabajo y bajando por el ascensor desde el séptimo piso enfrentó la noche. Las estatuas de la Plaza Moreno, justo en frente de la puerta de su edificio, lo miraron con indiferencia. El micro 273, en la misma vereda lo llevaría hasta City Bell, donde en una estación de servicio del camino Centenario cumplía su

labor de guardia nocturno para completar su magra jubilación. Tal vez ese trabajo le servía de excusa para escapar del departamento y de la ciudad.

La Plata se desplazaba distendida al tiempo que el micro se dirigía hacia la salida de la ciudad. Miguel miraba por la ventanilla y tuvo que reconocer que desde el momento en que había llegado desde su pueblo, en el interior de la provincia, lo habían seducido en forma definitiva la cuadratura del plano de la ciudad, las diagonales. Sobre todo le gustaba perderse en las diagonales, eso le desestructuraba el pensamiento lógico y le impedía caer en la rutina. De repente, la idea de que tal vez una mente matemática disfrutaba la ciudad en forma diametralmente opuesta a él lo importunó.

Miguel se sintió algo incómodo en el asiento; sus pequeñas rutinas estaban ahora cargadas de interrogantes. Trató de distraerse observando a los pasajeros: estudiantes universitarios que volvían de clase abrazados a los apuntes de último momento. Cansados empleados de oficina que la crisis económica obligaba a volver al viejo micro; irónicamente vestidos de riguroso saco y corbata desentonaban en el conjunto de obreros sencillamente ataviados. Miguel pensó que la situación era interesante, la crisis los había reunido a todos en el micro y el conjunto le resultaba motivador y cargado de significantes. Finalmente arribó a la estación de servicio. Ya eran las veintiuna cuarenta y la vigilancia comenzaba a las veintidós horas. Saludó brevemente y se dirigió al baño a cambiarse. Puso el bolso en la mesada, trabó la puerta y comenzó a sacarse la ropa, por un instante observó en el gran espejo su cuerpo que desbastado por la inactividad aún conservaba insinuada una magra y nudosa musculatura.

De pronto las palabras del Comisario Mendoza, su pedido de colaboración en los asesinatos, zigzaguearon en su mente. Sintió que lo invadía un dolor visceral, completo, ajeno a la cobardía o al heroísmo, como venido del principio de los tiempos. Luego contempló sus manos temblorosas y tomó conciencia de que su respiración se había

vuelto agitada. No podía volver, su cerebro no lo soportaría. La invisible, pero sólida pared de rutinas diarias que se había construido para sobrevivir no admitirían esa nueva carga. A su pesar observó la cicatriz del cuello y rápidamente terminó de vestirse. Fue hasta el escritorio del encargado y le pidió el arma de la guardia.

—Hola Miguel.

—Buenas.

Luis le entregó un revólver calibre .32, voluminoso y de mala calidad. Miguel lo sopesó como siempre, revisó la carga y lo guardó en la cartuchera. El encargado lo observó salir de su oficina con intriga. Respetaba a ese hombre taciturno. Adivinaba, más que sabía, su pasado y no lo molestaba con preguntas. No se dejaba engañar con el aspecto inofensivo y su cortesía. Intuía en ese hombre una fuerza de carácter y una determinación, una suerte de peligrosidad medida que no le hubiera gustado enfrentar. Lo vio perderse en la playa de la estación de servicio recorriendo como un tigre distendido su territorio. Luis miró la noche y observó que se avecinaba una tormenta, relámpagos lejanos y el olor a tierra mojada que ya traía el viento se lo confirmaron. Inesperadamente sintió un escalofrío y se preguntó por qué.

En la playa de estacionamiento Miguel sacó el revólver, revisó nuevamente la carga y volviéndolo a enfundar trató de apartar viejos fantasmas de su mente, recuerdos de cuando era Sub-Comisario en la investigación de homicidios. El disparo instintivo, el disparo rápido se eleva entre las rutinas diarias, íntegro y seducido por su propio destino incierto. El cuerpo alerta como una serpiente sobresaltada. Las manos que suben juntas atrapando la culata del arma, montando al mismo tiempo el martillo, tratando de no apresurarse dentro de la rapidez, de la locura que requiere el momento. Buscando certezas en un instante de total incertidumbre, por la velocidad de las circunstancias. El cuerpo propio buscando cubrirse, buscando el cuerpo del otro, tal vez los ojos del otro,

o solamente el cuerpo, quién sabe o quién se acuerda en una ocasión así. La boca seca por la angustia, por el humo de la pólvora que entra por la garganta; el estampido de los disparos que casi no se sienten en los oídos aliviados por la creciente descarga de adrenalina. Mientras la boca del cañón del arma del otro lo busca, tratando de llegar primero y definir la balanza a su favor más allá de las razones, de la justicia. Tal vez ese momento no pertenece a la justicia o a la razón o a la equidad. Quién sabe. El cuerpo busca reparo y los disparos que ya resuenan en el aire, y aún con la convicción y el deseo de no ser el herido, seguir disparando para que del otro lado no haya más disparos. Tal vez desear estar en esta situación por la adrenalina, por la detención en el tiempo o tal vez porque hay una intuición de justicia o de caballero cruzado en ese instante límite.

Quizás realmente no hay otro en frente disparando. Tal vez es él mismo disparando a sus propios fantasmas, rutinas, miedos, falta de convicciones; y el otro disparándose a sí mismo, a sus propias impotencias, desventuras, frustraciones. Y los dos contendientes intercambiando atenciones, en esa ocasión cumbre en que los hombres tratan de probar cosas en nombre de sí mismos, de la justicia, de las instituciones, de las marginaciones. Y las cápsulas vuelan vacías, y en ese momento sentirse único, irrepetible. En ese instante odiado y tal vez íntimamente deseado. Tratando a la fuerza de descorrer un velo misterioso detrás del cual se encuentran algunas respuestas al hecho de seguir vivos, o terminar muertos. Tal vez sobrevivir a esa tormenta terminal, definitiva, ¿quién lo puede decir?

No hay mucho tiempo para pensar en la profesión, porque la vida empuja como una catarata en la cual uno permanentemente está cayendo, sin llegar nunca al fondo. Sólo para actuar, más o menos acertadamente y acudir al disparo instintivo lo mejor posible, lo más entrenado posible. Las cápsulas vacías, que parecen caer en

cámara lenta, rebotan contra el piso y se desparraman como bellotas caídas de un árbol distinto, un árbol de fuego, con frutos color fuego, bellotas que no serán semillas en tierra fértil sino que permanecerán a la vista, como una conciencia presente y que reprocha y siempre será así. Luego de terminado todo, empezar a comprobar el propio cuerpo, determinar si se está herido, porque los balazos no duelen en el momento, no duelen. Solamente sobreviene una creciente debilidad, una pérdida gradual de conciencia, dependiendo del lugar del impacto. Y del otro lado tratar de ver qué pasó con desesperación, con asombro; tratar de vislumbrar la realidad del otro, que tal vez alcanzó a huir o está en el suelo frente a nosotros entre las cápsulas-semillas. Y la pistola vuelve a la funda o al piso, depende.

Si estamos heridos, ya en la camilla la misma rutina, el médico, el gusto a sangre en la boca, mezclado con la pólvora; el hospital, la antitetánica, los antibióticos. El médico que habla y dice como un veredicto condescendiente:

—Es operable, el proyectil entró y salió limpio. No tocó ni órganos ni huesos.

Luego en la cama inmensamente blanca, fumando un cigarrillo a escondidas bajo la mirada de la enfermera acostumbrada a verlo todo que sonríe casi complacida por la transgresión. El suero gotea y arde en la vena, como una marea nueva que entra de a poco en nuestra realidad inmediata de remedios, dolores. Por la ventana el día y la vida desarrollan sus estrategias ajenas a todo. Tal vez la vida nos protege con su actitud indiferente a los dramas particulares, y nos insta a seguir.

Miguel fue nuevamente hasta el baño de la estación de servicio, puso la cabeza debajo de la canilla y dejó que el agua fría corriera a voluntad y lo despejara. Se miró en el espejo, sintió que era el rostro de un naufrago y pensó que tal vez lo era. Luego se secó, se volvió a peinar, y prendió un cigarrillo; salió a la vigilancia en la parte de las expendedoras de nafta. Observaba a la gente que cargaba combustible o realizaba

compras en el pequeño mercado y comía hamburguesas. Le gustaba esa pequeña rutina de cosas triviales, lo entretenía y le permitía no pensar. Después saldría cansado a las seis de la mañana y se acostaría y sería una buena excusa para no enfrentar al día y a la gente.

A las dos de la mañana comenzó a llover. A Miguel le pareció todo un signo inquietante. Prendió otro cigarrillo y le pidió un café a la cajera. Mientras se sentaba a una de las mesas de la estación de servicio le pareció entrever en el vidrio que daba al playón un rostro desdibujado, aún sin identidad, que parecía mirarlo. Instintivamente pasó la mano por el vidrio empañado por la lluvia queriendo borrarlo. Apuró el café y con el cigarrillo en los labios prosiguió nerviosamente con su ronda. En forma impensada buscó la culata de su arma y nuevamente revisó la carga. El tosco revólver le mostró sus proyectiles dorados dispuestos circularmente en el tambor que brillaron por un momento en la luz de un relámpago.

Terminada la guardia regresó a su departamento, se desvistió nervioso, aseguró la puerta, corrió la gruesa cortina en la ventana para que no entrara ni un atisbo de luz y se acostó; se colocó los auriculares, los tapaojos y trató de dormirse.

Ya nada le parecía inocente, una alarma se estaba encendiendo en su cerebro. De pronto todas sus precauciones le parecieron inútiles para protegerse y mal durmió con ese pensamiento. Afuera la ciudad recibía la lluvia y el día en ese orden.

## Capítulo once

no tenía opinión sobre nada,

ese día a las veinte horas, Miguel, respondiendo a un llamado se adelantó al reloj despertador, se sacó los auriculares, apartó sus párpados de tela y se dio una ducha. Contempló en silencio, antes de vestirse, su uniforme de guardia de seguridad y lo guardó en un bolso. Las gruesas cortinas de las ventanas amortiguaban los ruidos de la calle. Antes de salir, sin una intención definida dispuso en la mesa del living el encendedor tipo ZIPPO, unos cigarrillos y jugó con ellos dándoles distintas posiciones. El encendedor era dominante en el centro, los cigarrillos jugaban en la periferia como subordinados. Iban y venían sobre la mesa en forma caótica, a Miguel parecía no importarle lo que hacían sus manos, no estaba pensando en algo determinado, simplemente dejaba fluir su mente sin forzarla. Sabía que aún no era tiempo de

conclusiones. Solamente trabajaba, por ahora, con impresiones personales, percepciones; las llamaba para que se acercaran a él, descuidadas, sin miedo y así poder atraparlas y sacarlas desde el interior de su mente como a un pez del agua, agitándose mojado y pleno de vitalidad.

Una paloma desvelada sobrevoló la Catedral y volvió a posarse en la Torre de Jesús, la del mirador. Miguel cerró los ojos y trató de recorrer con sus oídos los ruidos que llegaban desde la calle, a su séptimo piso; analizó cada sonido, buscando distinguir unos de otros, diferenciándolos en su cerebro. Y en esa sinfonía de sonidos diarios y conocidos trató de distinguir otra sinfonía singular, algo que se le escapaba. Luego de un tiempo guardó el encendedor, los cigarrillos y se dirigió a la estación de servicio.

Saludó brevemente, y dirigiéndose al baño trabó la puerta y se cambió. Luego fue hasta el escritorio de Luis.

—Hola.

—Miguel, puntual como siempre.

Luis abrió el cajón de su escritorio y le entregó el vetusto revólver calibre .32; Miguel lo abrió, comprobó la carga y lo enfundó al tiempo que salía del recinto y comenzaba su rutina nocturna de vigilancia. Luis lo siguió con la vista y volvió a sus papeles.

La noche se desarrollaba fresca y rutinaria. Miguel, después de la primera ronda, le pidió un café a la vendedora del bar. Estaba más pensativo que de costumbre. Los cigarrillos se esfumaban en sus labios. Se sentó a una de las mesas del café y poniendo nuevamente el encendedor en el centro de la mesa, colocó alrededor varios cigarrillos en círculo y se quedó contemplando el conjunto en silencio. Finalmente, incorporándose tomó el teléfono público y discó un número. Eran ya las tres de la mañana.

El sonido despertó a Mendoza, que adormecido contestó con rapidez.

— ¿Sí, Miguel?

— ¿Cómo supiste que era yo?

— ¿Quién otro me puede llamar a esta hora y desde un público?

— ¿Aún me querés en el equipo?

Mendoza se incorporó a medias, miró por la ventana y entrevió las luces de la Ciudad desde su cama. Todo estaba inmóvil, nada había cambiado. Sólo una decisión se sumaba al silencio de la madrugada.

—Te espero en la oficina a media mañana.

—Está bien.

Esa mañana, Miguel, al llegar de la guardia se duchó y vestido dormitó un rato. Después de un breve desayuno tomó el colectivo; no le gustaba manejar, le quitaba tiempo a su mente el ajetreado tránsito de los autos. De esa manera podía seguir inmerso en sus pensamientos sin distracciones y se dedicaba a observar a la ciudad, a la gente. El chofer manejaba diestramente en el caos vehicular. El interior del micro era sencillo, un banderín de Gimnasia y Esgrima de La Plata se destacaba en la parte superior de la cabina. La imagen de dos niños, seguramente hijos del conductor, sonreía desde una foto instantánea.

En un asiento individual viajaba una mujer gorda y vieja que trataba de entablar conversación con el chofer, este le contestaba tratando de no distraerse. Dos oficinistas de traje que viajaban parados en el pasillo comentaban los aumentos de los precios, y los magros sueldos tratando de tranquilizarse uno al otro que todo estaba bien.

La ciudad transcurría por la ventanilla aceleradamente, sólo interrumpida por las frenadas en los semáforos. Miguel finalmente tocó el timbre en plaza San Martín y caminó hasta la Comisaría Primera, donde Mendoza tenía su base; allí se estaban

concentrando todos los expedientes de los asesinatos, del sujeto que aún no tenía rostro ni nombre, como una recopilación de partituras a ejecutar y a Miguel le tocaba ser uno de los potenciales intérpretes. Llegó a la puerta de la Primera, por un instante se detuvo y girando sus espaldas observó el contrafrente del Teatro Argentino; luego entró con paso decidido.

El Ayudante de Guardia miró al hombre que terminaba de ingresar y trató de adivinar para qué trámite venía, y molesto decidió que no podía llegar a ninguna conclusión. Finalmente interrogó:

—Sí Señor, ¿qué desea?

—El Comisario Mendoza por favor.

—¿A quién anuncio, Señor?

—A un amigo, él me espera.

Miguel trató de recrear la poca información que tenía hasta ese momento y se le ocurrió que no podía llegar a esbozar ninguna pista. De pronto se interrogó: ¿qué es lo básico para seguir vivo? La respiración se escuchó decir en su fuero interno. ¿Qué es lo básico en estos casos que nos ocupan? La primera información del primer crimen cometido. Correcto, le dijo su voz interior y volvió a callar tras un muro infranqueable.

Mendoza lo hizo pasar, llamándolo desde la puerta de su despacho.

—Miguel, me hubieras llamado, te hubiera mandado a buscar. Te viniste en micro, como de costumbre.

Miguel al tiempo que ingresaba sonrió, buscó un cigarrillo y se acomodó en la silla que le acercó el Comisario. Por la ventana se podía observar la calle, a la gente que pasaba despreocupada de la violencia contenida paredes adentro de la Seccional. La oficina se veía cargada de papeles, transmitía una atmósfera de conflictos irresueltos, de pasiones humanas desbordadas que parecían sujetarse a duras penas en el interior de los

gruesos expedientes cosidos; los voluminosos evidenciaban conflictos y rencores de larga data; otros breves y finos mostraban su reciente manufactura. Odios nuevos, desencuentros mirándose con ojos achatados por el peso de las hojas.

Los hombres se miraron en silencio, entre ellos un grueso expediente fotocopiado parecía observarlos.

—No te quiero apurar Miguel, te hice una copia de todo lo que hay, creo que tenemos tiempo hasta el próximo, está utilizando las estaciones del año. Es evidente por las fechas. También hay algo que no te comenté. Un asesinato atípico, pero está relacionado. Lautaro Arenales, un detective aficionado que iba por la recompensa. Está en el expediente que te llevás, lo mató antes de la tercera mujer. Luego charlamos en detalle. Felizmente la prensa se aquietó además aún no han relacionado los distintos hechos y eso nos da un cierto tiempo de maniobra.

Miguel en ningún momento dirigió su vista al grueso fajo de hojas, seguía mirándolo a Mendoza a los ojos, este se sintió algo incómodo y lo interrogó:

—¿En qué pensás?

Miguel apuró su cigarrillo como quien apura una respuesta.

—No esperes mucho de mí, sólo voy a mirar un poco.

—Está bien, pero llevatelo y teneme al tanto.

—Otra cosa, necesito un permiso de la empresa de seguridad en la que trabajo. Algo, no sé. Una licencia especial.

—Por supuesto —dijo sonriendo Mendoza—, eso ya lo tengo previsto, el dueño es conocido mío.

—O sea que siempre me tuviste vigilado.

—No uses esa palabra entre amigos.

Miguel sonrió al tiempo que apagaba el cigarrillo en el cenicero.

—Uno no puede estar a solas ni con su locura.

Recién entonces dirigió su mirada al grueso expediente, lo evaluó en sus manos y lo sintió más pesado de lo que hubiera deseado

— ¿Estás bien?

Con una sonrisa triste Miguel lo miró desde otra distancia, desde un lugar muy lejano.

— ¿Quién puede estar bien con esta carnicería?

Mendoza se revolvió incómodo en su sillón y sin responder simuló acomodar unos papeles.

## Capítulo doce

no tenía ninguna costumbre,

En sentido académico un túnel, de acuerdo al diccionario significa: “galería subterránea abierta para dar paso a una vía de comunicación, comunes en la antigüedad como vías de escape, de tránsito, de maniobras militares en las ciudades de antaño”. En este caso, al hombre, los túneles simplemente lo sedujeron desde ese comienzo en que los descubrió accidentalmente. Aunque en su fuero interno siempre intuyó que existían. Tal vez los oyó respirar en su cabeza como animales subterráneos atrapados.

La primera información del tema le había llegado a través de la prensa. Esta daba noticia del hallazgo de un supuesto túnel en la zona de diagonal 80 y calle 44. Tiempo después pasando accidentalmente por la zona de calles 7 y 49, en una reparación del edificio del Pasaje Dardo Rocha, pudo confirmar lo que había leído alguna vez. La boca de un túnel disimulado entre las obras de reparación, pero concreto y definido se abría en una mueca desdentada a la luz del sol de la ciudad. Indiferente esta a esa boca negra semiescondida entre los cimientos del edificio centenario. A Marcos la visión de la

entrada al laberinto a plena luz del día le pareció un horroroso grito de socorro, más siniestro cuanto mayor era la indiferencia del ajetreo diario de la ciudad, de la gente. En ese instante sintió que ambos se pertenecían y se necesitaban. Así, a veces, un niño maltratado y un perro de la calle se miran a los ojos y ya no pueden abandonarse. Los obreros de la construcción que circundaban la entrada, indiferentes a la boca del laberinto, con sus comentarios triviales y sus preocupaciones diarias acrecentaron su curiosidad. No le costó mucho, a pesar de su timidez, entablar relación con esos sencillos trabajadores que, en alguna medida amedrentados por el traje del interlocutor, creyeron ver en él algún tipo de control de parte de la empresa que los contrataba y le contestaron respetuosamente todas sus preguntas. Pero no la principal. El gran interrogante era ingresar a esa boca oscura y preguntarle sobre su misterio al propio túnel. Esa noche en su casa Marcos se revolvía inquieto en la cama. Finalmente, como a las dos de la mañana, se levantó, se vistió sencillamente para no llamar la atención; tomó un pequeño bolso, una cámara de mano, una linterna, una pinza alicata, una campera de abrigo, zapatillas y a último momento agregó una cantimplora con agua, este último detalle le pareció estimulante. La ciudad dormía cuando salió con su andar ligeramente bamboleante hacia la zona. Un día de semana y a esa hora no se veía gente en la calle, aparte el frío desanimaría a cualquier caminante. Llegó hasta las inmediaciones del Pasaje que se levantaba en medio de la semioscuridad como una especie de castillo antiguo. Se dirigió a la franja de reparaciones y como había previsto, el ingreso estaba impedido por un simple portón de chapa, asegurado con dos vueltas de alambre retorcido que ni valía la pena romper. De repente la luz de un patrullero flasheó las paredes del edificio tiñendo todo de un amenazador color azul. Marcos tuvo que dar una vuelta a la manzana para disimular su interés por el portón de chapa. Al fin, cuando pudo confirmar que nadie lo observaba, enfrentó el portón; con rapidez sacó el alambre

que encerraba el misterio y bajó hasta la obra en reparación, justo en los cimientos del edificio. Dedujo que la luz de su linterna no era visible desde el exterior de la obra y la prendió. La boca del túnel parecía una trampa que bajaba hacia las profundidades de la tierra y Marcos dudó temeroso. Finalmente se decidió a bajar. Los primeros metros prácticamente los hizo a gatas por la estrechez del conducto, y estuvo a punto de volverse ya que sólo veía paredes de tierra y temía que se desmoronaran. Se preguntaba hasta dónde sería respirable el aire. Ya dudaba entre seguir o abandonar cuando de pronto, arrodillado y desde su posición pudo ver que el irregular túnel llegaba hasta una pared de barro, de aspecto precario. Instintivamente hundió su mano derecha y sintió que esta avanzaba traspasándola; la retiró y la miró interrogante. Una convicción fue ganando su cerebro y febril se encontró cavando ahora decididamente con ambas manos, logrando con rapidez una pequeña abertura de unos veinticinco centímetros de diámetro. Sintió que por el hueco venía una leve corriente de aire fresco y esto lo animó. Tomó la linterna y enfocó hacia el orificio que había logrado. Pudo observar que el túnel se ensanchaba; tomaba otra dimensión, paredes de ladrillo así lo confirmaban. En un momento de temeridad y arrebató irracional se sacó los lentes y hundió su cabeza por el estrecho agujero y empujando con todo el cuerpo logró vencer la pared de barro que lo detenía, pasando hacia el otro lado, exhausto por el esfuerzo. Estaba eufórico y sucio; se recogió instintivamente en posición fetal en una especie de subterráneo alumbramiento. Luego con creciente ansiedad prendió nuevamente la linterna e incorporándose comenzó a sondear el misterio. Una profunda emoción lo embargaba y las lágrimas acudieron a sus ojos. Se dio cuenta que el túnel no lo abandonaba y se pertenecían. Comenzó a dar los primeros pasos, prendió la cámara y pudo observar que tenía aproximadamente dos metros de alto por un metro y medio de ancho, y que estaba conformado por sólidos ladrillos. Sonrió, se dio cuenta de que los antiguos

constructores, como así los dignatarios que los mandaron a edificar, no habían escatimado calidad en los materiales, ni en la perfección que evidenciaba tan importante obra. Comenzó a recorrerlo; el aire era perfectamente respirable y hasta fresco.

No se sorprendió al comprobar que había pequeñas claraboyas de ventilación muy bien disimuladas que daban al nivel de las veredas de la ciudad. Marcos llenó de aire sus pulmones y resopló con alivio. Con este hallazgo se dio cuenta de que la última parte de su plan estaba a punto de cumplirse. Si los túneles de la Ciudad lo acompañaban, podría desarrollar plenamente su sueño.

Esa noche y después de haber recorrido unos doscientos metros por debajo de la ciudad ignorante del explorador subterráneo, volvió sobre sus pasos lleno de proyectos. Antes de abandonar el túnel, y casi en la boca de ingreso, súbitamente tuvo una idea que lo sobresaltó. Sacando de su mochila una bolsa la llenó de tierra. Luego incorporándose tomó el camino de regreso. Cuando llegó a su casa, casi jadeando y transpirado, llenó la bañera de agua tibia y volcó el contenido de la bolsa. Prendió una cámara con trípode. En una ceremonia silenciosa se desnudó y se sumergió en el oscuro y tibio líquido, reposando en el fondo asomando apenas la nariz para respirar. Marcos sintió que en ese íntimo contacto sellaba una relación definitiva con los túneles. Luego de un rato de esa suerte de renacimiento, ya de pie se dio una ducha y los pedazos de barro cayeron por su cuerpo como los restos de una placenta siniestra. El agua surcó las duras líneas de su rostro mientras miraba el lente. Se sentía relajado y dispuesto a cumplir su destino. Ahora la ciudad lo aceptaba plenamente, le correspondía y lo recibía en forma incondicional en su propio vientre, en su útero.

Esa mañana, a horario aunque algo cansado, partió para el Banco enfundado adecuadamente en su impecable traje negro, con los anteojos de aumento enmarcados por la gomina del pelo. El pequeño portafolio en la mano derecha, con los nudillos

blancos por la presión ejercida. El caminar como una nave que ahora sabe que se dirige finalmente a puerto. Cuando llegó al banco eran las nueve. Las puertas de acero sólido se abrieron para recibirlo. Esas mismas puertas que transmiten seguridad a la gente. Marcos de pronto atrapó un pensamiento que giraba alrededor como una mosca, lo observó y lo guardó. Esa noche lo resolvería. El maletín se abrió con un seco chasquido, la caja de té con la cuchara y la taza emergieron sobresaltadas y acompañaron al hombre hasta la cocina a preparar la infusión de la mañana. Aún había mucho por hacer.

### Capítulo trece

se sentaba en cuclillas.

Esa tarde Miguel aprovecharía el franco en la guardia para mirar la causa, sin embargo, no se había atrevido; el grueso fajo de papeles se hallaba intacto sobre la mesa. Llegada la noche decidió salir del departamento, pensó que el aire fresco lo sacaría de su embotamiento. Se había puesto un pulóver y una campera liviana. Desacostumbrado a caminar la ciudad a esa hora observó algunos autos dispersos; el escaso movimiento de peatones le devolvía a la ciudad el protagonismo de sus calles, monumentos y estatuas. Miguel interrogó a estas una por una y parecían decirle que no esperara nada de ellas. El arquero sin arco con su gesto adusto, la estatua de Mariano Moreno con su ademán sombrío, el centro de la plaza con su monolito fundacional, todos le dijeron que no. Desanduvo Diagonal 74 hasta Plaza Italia y llegó a la estación de trenes. En el andén de pasajeros intuyó la pequeña figura de Aurelio en un recodo con su venta callejera de libros, folletines, fascículos y mapas de viaje. El hombrecito aprovechaba a esa hora los últimos trenes para vender.

—Hola Aurelio —. Se acercó ofreciéndole un cigarrillo que el otro tomó de buen agrado.

— ¿De nuevo a la caza? —.El hombre lanzó una bocanada de humo no coincidente con su estatura.

Miguel observó nervioso los grandes arcos de la estación y le parecieron sombríos túneles de hierro.

— Aún no lo decido, ¿cómo te enteraste?

—Todo se sabe en la ciudad.

— ¿Importa acaso a alguien?

—A mí me importa.

Miguel lo invitó con un ademán a tomar un café en la misma estación.

— ¿Cómo anda tu trámite de jubilación?

—Eso tal vez ya no me importa —respondió el hombrecito con tono molesto.

Los cafés llegaron bien calientes, mientras Miguel pensaba en las palabras del vendedor callejero. Un tren tardío depositó a la gente en el andén que apurada comenzó a dirigirse a la salida con caras de piedra y cera.

— ¿Qué dice la calle?

Miguel observó con detenimiento el rostro de Aurelio, los rasgos estaban marcados por las inclemencias de la vida, pero no era un rostro quebrantado.

—Comentarios, rumores; nada en concreto.

—Y vos Aurelio, ¿qué pensás?

—Aún nada. No es algo común. No será fácil, rompe todas las reglas. No lo hace por dinero, lo hace porque le gusta —el rostro del hombre denotaba una inquietud desacostumbrada en él.

Miguel lo escuchaba en silencio.

—Atrapó a Lautaro sólo por diversión. Ese aprendiz de detective nunca podría haber llegado a él.

De pronto Aurelio interrumpió sorpresivamente la charla.

—Ya me voy. Gracias por el café —.Al ponerse de pie no aumentó su estatura.

Miguel no intentó retenerlo, lo conocía. Lo último que alcanzó a ver de su pequeña y nerviosa figura fue la enorme joroba de la espalda.

Al otro día, por la mañana, Aurelio metía nerviosamente sus manos en los bolsillos del saco gastado, mientras el ascensor de la Catedral lo llevaba al último mirador, ubicado en la Torre de Jesús. Al llegar a lo más alto olfateó brevemente el aire, queriendo atrapar un cierto olor, un indicio. Cuando giró para cambiar el punto de vista se topó con los ojos de una gárgola de piedra que, ubicada en la otra torre de la Catedral, miraba directamente a los suyos. Sintió un estremecimiento y volvió su rostro hacia el centro de la Plaza Moreno. Desde esa altura y posición observó la cuadratura del plano, las diagonales que convergían justo ahí en el centro y se perdían en el horizonte. Vino a su mente el recuerdo de las tres mujeres asesinadas, el cadáver de Lautaro, el estado en que lo encontraron y no pudo evitar un escalofrío que lo recorrió íntegramente. Los minutos que tardó en bajar del mirador le parecieron infranqueables. Algo desconocido crecía en la ciudad y lo atemorizaba.

Esa noche Miguel se sentía inquieto, notó un peso desacostumbrado sobre los hombros. Dio de comer a su gato, cerró la gruesa cortina de la ventana que daba a la plaza y se acostó. Se puso los auriculares, los tapaojos y respiró con lentitud buscando una dimensión de paz y de tranquilidad. Muy a su pesar y antes de dormirse recorrió mentalmente el trayecto desde su cama al ropero y buscó con la imaginación una caja de zapatos, tapada y anudada con varias vueltas de hilo de embalar. Ya casi perdiendo la

conciencia le llegó un leve sonido de la calle, varias veces amortiguado por los auriculares y las gruesas cortinas de la ventana.

Pasado el mediodía se levantó y se sacó los auriculares y las gafas de tela. El gato abandonó la parte inferior de la cama y se dirigió con rapidez al balcón. Miguel fue directamente al ropero y sacó la caja de zapatos, depositándola en el centro de la mesa junto al grueso expediente. Tomó un cuchillo y cortó las múltiples vueltas de hilo de un solo tajo, como quien rompe una promesa. Fue hasta el baño y mirándose en el espejo se le ocurrió pensar en que todos los días veía lo mismo, justamente por mirarse todos los días, y le vino a la mente qué vería en el espejo después de dormir un año seguido. Sonrió nervioso después de este pensamiento y buscó ordenar su cabeza. Esas irrupciones de su mente lo desorientaban, a veces lo divertían, las más lo angustiaban. Secreta e íntimamente sabía que esas bruscas irrupciones conformaban una zona de su mente agazapada. Esos pensamientos lo visitaban a menudo, lo obligaban a mirar otras cosas de sí, desagradables. Desayunó a un costado de la caja de cartón observándola ensimismado. Finalmente la destapó. El revólver calibre .38 con caño de dos pulgadas parecía palpar cuando lo tomó en sus manos. Sintió el peso y el frío del metal, tomó un puñado de cartuchos y dejándolos sobre la mesa los observó rodar brillantes y desorientados. El arma no había sufrido deterioros desde que la había guardado mucho tiempo atrás, pero habría que limpiarla. Así cada hombre cuida con esmero sus herramientas de trabajo, pensó, aunque aún no estaba seguro de querer volver a tomar un arma de fuego en forma permanente.

La mujer se sentía bonita y sabía que lo era. Se dirigió al banco como lo hacía con frecuencia y se paró frente al empleado de la ventanilla de siempre. Le agradaba ese

cajero tan correcto y reservado porque no la importunaba invitándola a salir, como lo hacían otros. Sí, pensó que en definitiva le agradaba. Nunca lo había comentado con nadie, pero ese hombre era útil en su vida y ocupaba un lugar sin molestar. Este último pensamiento la sorprendió por su practicidad. Nunca pensó que llegaría a considerar a una persona simplemente útil, sin sentimientos hacia ella y decidió que no era un pensamiento muy agradable. Pero más se habría sorprendido si hubiera sabido que precisamente ese hombre la consideraba útil a ella, un medio, un camino para sus metas. Le habría sorprendido y helado la sangre. Pero ese hombre sabía esperar su oportunidad, como esos peces de profundidad asentados en la arena del fondo del mar que semejando una piedra muestran un apéndice inocente y apetitoso a los peces que andan en busca de alimento y cuando estos se acercan por un fácil y simple bocado, son ellos los que terminan siendo comida.

La muchacha se retiró de la caja con la operación terminada y detrás de ella, imaginariamente, ese cajero enrolló su apéndice atrapa peces en forma lenta y calculada, y volvió a su condición de pez piedra-espera.

Su trabajo diurno era soportado decorosamente, como una obligación de sobrevivencia económica; el verdadero objetivo era su transformación, la sentía crecer en su interior con regocijo secreto y la plasmaba en imágenes, estaba creando su propio tiempo. Lo demás era anecdótico, accidental e inevitable. Un precio a pagar por la meta propuesta, y este hombre sabía pagar con holgura los precios. Siempre lo había hecho, así también cobraba con soltura.

En el Banco sus compañeros se habrían sorprendido de su fuerza, ese era todo un secreto. Se había preocupado de trabajar sus músculos con detenimiento, sin desarrollar tanto la masa sino su potencia y lo había logrado con un equilibrio notable. Sus

esporádicas visitas al médico eran de rutina; nunca se enfermaba, solamente de niño lo aquejó alguna dolencia recriminada con severidad por su padrastro. Por eso había jurado cuidarse de no caer enfermo con una dureza y determinación que hubiera asombrado a muchos si hubieran conocido la mente del pequeño. Cuando el rigor es extremo, tal vez un niño se pierde y aparece tempranamente un adulto definitivo. Sin un niño que recordar.

### Capítulo catorce

Tenía un remolino en el cabello.

Al día siguiente sobre el mediodía Miguel tomó su revólver, una caja de cartuchos semi-encamisados punta hueca completó el equipo. Se dirigió al polígono de Berisso, el día se presentaba soleado y la temperatura otoñal agradable. Tomó el micro que lo dejaría en la puerta del polígono en Plaza San Martín. Pidió una línea para practicar y con los mismos auriculares que utilizaba cuando dormía se protegió los oídos. No había mucha gente. Un día de semana y a esa hora el lugar estaba casi desierto. Observó a un instructor con una mujer a la que estaba enseñando con una pistola semiautomática calibre .22; las risas nerviosas de ella le indicaron que recién empezaba. Era joven, bonita. Concentrándose en lo suyo, Miguel, en una vieja ceremonia tomó una baqueta de alambre de cobre y la pasó con firmeza por el breve cañón del arma. Luego con una de cerda repitió la operación. Con un trapo embebido en aceite lubricante le dio acabado al ánima del cañón. Comprobó el mecanismo del revólver, su correcto funcionamiento y finalmente abrió la caja de cartuchos. Colocó una carga completa de seis municiones y puso el arma en la cartuchera sobre la ingle derecha. No le incomodaba, después de tanto tiempo, no le incomodaba. Sacó el arma con rapidez y buscó el tiro instintivo, apuntando al bulto; lo hizo una y otra vez sin efectuar descargas, con una hipótesis de disparo a ocho metros máximo del objetivo.

Esta distancia, recordó, era el promedio establecido en la estadística policial en los enfrentamientos con la delincuencia; estos se desarrollan a una distancia máxima de quince metros en las zonas urbanas. ¿Pero a qué se enfrentaría Miguel?, si es que decidía volver. ¿Qué clase de hombre estaría del otro lado de la ecuación? ¿A qué distancia llegarían a enfrentarse? ¿O el asesino lo haría solapadamente sin que tuviera tiempo a defenderse? Este último pensamiento lo inquietó. Comenzó a disparar con pausa, en posición isósceles, tiro de academia, los brazos semi-flexionados, las piernas ligeramente abiertas a la altura de los hombros. Siete segundos entre tiro y tiro, manteniendo la respiración entre las detonaciones. Con cada explosión el arma se estremecía como un animal atrapado en las manos de Miguel. La silueta de cartón tipo FBI representando un torso humano no acusaba en toda su dimensión el impacto del poderoso proyectil. Habría sido necesario colocar un pan de jabón para evaluar el poder de ese tipo de punta, pero el tirador ya lo sabía; lo comprobó en cuerpos de verdad. Al respetar los pasos del tiro de academia Miguel trataba de poner orden en su cabeza. Sentía en su mente un rostro indefinido que se negaba a hablar y él esperaba alguna palabra. Abandonó la posición isósceles y se preparó para el tiro instintivo, cargó el revólver, lo puso nuevamente en la cartuchera y respiró pausadamente. Ladeó un poco el cuerpo, disminuyendo así la exposición, al eventual oponente, de sus órganos vitales. Desenfundó el arma sin apuntar y descargó los seis cartuchos con rapidez sobre la silueta. Abrió el arma con un resuelto ademán, sacó las vainas servidas y con un cargador rápido volvió a poner al revólver en condiciones de disparo. Repitió la operación varias veces, hasta terminar la caja de cartuchos. La imagen del expediente que aún no se había atrevido a indagar vino a su mente entre las nubes de pólvora que lo circundaban. Su respiración se había vuelto entrecortada, observó las vainas diseminadas en el piso, el cañón del revólver quemaba en sus manos y lo apartó

contrariado. Recogió sus cosas y regresó a la ciudad. La cicatriz en su cuello palpitaba como una vieja pregunta para la cual no tenía respuestas.

Cuando Miguel llegó a su departamento, el orden reinante le evidenció que Letizia había pasado; sonrió mientras habría la heladera que apareció cargada de alimentos frescos. Volvió a la realidad diaria de comer, darse una ducha, tal vez de plantearse la vida, de pensar en la relación con ella. Comió y se recostó. Más tarde se obligó a realizar ejercicios con las pesas. Más tarde en la terraza de su edificio miró hacia el río lejano, este era una mancha marrón más adivinada que presente en el contexto de la ciudad expuesta. El viento le golpeaba el rostro y lo apaciguaba, desde esa altura tenía una buena panorámica y todo parecía pacífico y armonioso. Desde esa perspectiva parecía que nadie tenía culpa de nada.

Bajó hasta el departamento y comenzó a darse una ducha. Mientras lo hacía escuchó el ruido de la puerta de calle. En silencio y con lentitud tomó el arma que había colocado sobre la tapa del inodoro y con cautela fue hacia el living. Las gotas de agua escurrían sobre su cuerpo en un ritmo nervioso. Irrumpió bruscamente y apuntó con decisión a la figura que se recortaba en la puerta, Letizia gritó al mismo tiempo que dejaba caer los libros que traía en los brazos. Miguel dejó el arma y corrió a abrazarla, besándola en silencio. Ella recorrió con sus manos el cuello endurecido de nudos y falto de sol. Luego lo llevó al dormitorio como a un chico que no se logra terminar de convencer de que debe dejar por el momento sus juegos de mente. Sabía que una vez que lo conectaba con ella, el juego cambiaba a su favor. Surgía otro Miguel, instintivo, visceral. Le gustaba cuando él se iba relajando, y la miraba como la primera vez en que se encontraron en un supermercado, él con su aire distraído, con sus lentes de aumento, su barba de dos días, flaco y de sport. En aquella ocasión intercambiaron palabras ágiles y faltas de intenciones. Todo pertenecía al momento. Tal vez eso le había atraído de él.

A través de la relación se dio cuenta de que a Miguel le preocupaba mucho el tiempo. Pero ella lo sabía sacudir adecuadamente para que su mente inquisitiva lo dejara vivir. Eso sí, respetando sus pausas, por eso vivían separados. Más tarde abrazados y somnolientos disfrutaban de la serenidad de los cuerpos satisfechos. Letizia recorrió con un dedo la cicatriz de Miguel al tiempo que interrogó dubitativa.

— ¿Qué vas a hacer?

Miguel permaneció con los ojos cerrados y habló en voz baja.

— No hay motivos para volver.

— ¿De todas maneras te inquieta, verdad? Ya estás alerta de nuevo.

— Sí —. La respuesta de Miguel fue muy rápida, al tiempo que levantaba la cabeza y buscaba los ojos de ella.

— ¿Vos qué pensás?

— ¿Por qué buscás que yo te confirme?, es tu decisión.

Miguel recorrió con la vista las gruesas cortinas y luego agregó:

— Mendoza tiene el equipo completo para hacer frente a ese hombre, lo mío pertenece al pasado.

Letizia recorrió con una mano su espalda queriendo retenerlo. Sabía que en esta instancia Miguel ya estaba a miles de kilómetros de ella. Analizando, sopesando, pero ése era el juego y ella lo respetaba. Desde la calle aparecieron los ruidos de la ciudad, como una lenta marea que crecía en forma incontrolable.

Miguel cerró los ojos con fuerza y le pareció que los tenía abiertos como en una pesadilla. Su pasado se agolpó con nitidez. Su cicatriz retrocedió en la memoria, a su nacimiento y eso dolió. Se vio persiguiendo a un hombre en otras circunstancias, pero casi con los mismos pensamientos. Ese hombre iba sembrando pistas para que Miguel las siguiera. Cuando él se acercó el asesino lo atacó en forma repentina y casi lo mató

con un cuchillo. Miguel atinó a descerrajarle un disparo de su .38, antes de perder la conciencia. Los encontraron tirados juntos. Uno muerto. Miguel agonizando.

Luego de una larga internación lograron restablecerlo, pero su mente ya no fue la misma, pensaron en jubilarlo y lo hicieron. Él se convenció de que era lo mejor. En la indiferencia de los días se empleó en una empresa de seguridad para pasar el tiempo y ganar algo de dinero. Letizia se fue del departamento a media tarde.

## Capítulo quince

Y no ponía caras cuando lo fotografiaban.

A partir del hallazgo del túnel, el hombre estuvo atareado en la zona de las calles 7 y 49, siempre en horas de la madrugada. El ingreso a través del portón de chapa se mantenía inalterable, la obra de reparación parecía detenida. Sumida en algún desacuerdo administrativo, había sido abandonada por los operarios. La vieja furgoneta le servía para pasar inadvertido y transportar los elementos que necesitaba. Antes, el vehículo, había acarreado a las jóvenes que lo habían ayudado en su proyecto, también a Lautaro. Marcos recorría cada vez con más confianza los corredores subterráneos. Un antiguo plano de la ciudad y una brújula le ayudaban en sus desplazamientos. Pero aún no estaba seguro de lograr su objetivo final en esos túneles. Tenía miedo de averiguarlo para no sufrir un desencanto. De día en el banco pensaba y de noche recorría los secretos laberintos con su cámara, sin atreverse a ir más allá de unos doscientos metros. Por las distancias y el mapa dedujo que ya había recorrido a través de los distintos pasadizos las zonas del Banco Hipotecario, de la Gobernación, de la Plaza San Martín y de la Legislatura Provincial. Las sólidas paredes y el aire perfectamente respirable le transmitían confianza.

Ese día en el Banco, si sus compañeros se hubieran fijado en él, lo habrían visto preocupado. Cuando fue a la cocina para hacerse el té del mediodía, se quedó mirando la taza. Bebió con rapidez la infusión y volvió a su trabajo.

Esa noche Marcos estuvo particularmente atareado en su casa. A las dos de la mañana se preparó, preparó su acostumbrada mochila, la cámara, verificó la linterna; tomó dos pilas de repuesto, y también una larga y delgada bolsa de tela que pesaba bastante y se dirigió a la calle 7 esquina 49 en la furgoneta. Llegó a la boca del túnel y bajó sin temor y empezó a recorrer pausadamente los pasillos conocidos temiendo romper alguna suerte de encanto. Cuando llegó al límite de lo que había explorado, a la altura de la Legislatura Provincial, extendió el mapa, asió la brújula y respiró nervioso. El temor a lo desconocido lo embargó y en ese instante fue conciente de que no podía hacer otra cosa, una suerte de correspondencia, de inevitabilidad se le impuso en esa hora de dudas. Observó lo que ya había visto otras noches y no se había atrevido a plantearse. Recorrió con la luz el lugar y enfocó la linterna en la pared de ladrillos distinta en su textura que bloqueaba el laberinto hacia el sudoeste, hacia la zona del Teatro Argentino. Puso la cámara en un trípode, con cuidado sacó una gran maza de mango largo que traía disimulada en la bolsa de tela y comenzó a golpear la pared. Los primeros golpes lo desalentaron, pues no había signos en los ladrillos de la pesada herramienta. Oyó su propia respiración jadeante en la semioscuridad y en ese momento lamentó no haber traído más que una simple linterna, la luz de la cámara era insuficiente. Descansó brevemente y volvió a tomar la maza. Los golpes sordos retumbaron quedamente y ahora sí al cabo de un rato de lidiar parecía que los ladrillos comenzaban a mostrar los efectos de los violentos golpes. Marcos al ver que cedían, entre risas nerviosas por el logro y sollozos por el tremendo esfuerzo físico, redobló sus golpes. Finalmente pudo observar, dejando la maza a un costado, que había logrado un

agujero y logró ver más allá. Tomó la linterna y la enfocó en el hueco. El haz de luz le permitió establecer que el túnel continuaba. Entusiasmado y nuevamente con la maza terminó de derribar los ladrillos. Dejó parte de su equipo en el lugar para ir liviano, pero la maza la llevó consigo, tomó la cámara y prosiguió. El túnel era recto en el nuevo tramo y similar, en la calidad de la construcción, a la primera parte ya explorada. El aire seguía respirable y aquí también había pequeñas claraboyas de ventilación que daban a la altura de las veredas. No se detuvo a mirar, tenía prisa por confirmar sus sospechas; esa convicción lo movilizaba y lo hacía sentir vivo como nunca. Tal vez esa noche podría preparar el final de su proyecto. La transpiración corría por todo su cuerpo, podía sentir el aire ingresar a sus pulmones ansiosos y su mano derecha guiaba la cámara que con su luz alumbraba aquí y allá como una especie de pincel gigante, dando vida y color a esas viejas paredes. Llegó hasta la altura del Teatro Argentino. Lo confirmó asomándose muy brevemente por una de las claraboyas de ventilación que mostraba una complicada perspectiva de la calle. Prosiguió su caminata subterránea hacia lo que creía Plaza Moreno, con asombro comprobó lo que intuía, el túnel se dirigía al centro de la Ciudad. Comenzó a caminar más despacio, la mano izquierda arrastrando la maza por el suelo; el torso ligeramente inclinado por el esfuerzo le daban a Marcos un aspecto de hombre primitivo explorando una caverna. La luz de la cámara alumbró a la distancia una puerta que al acercarse le mostró el polvo del tiempo. Gruesos sellos de lacre agrietados por los años, pero no violentados. El hombre sintió el latido del corazón y la sangre golpeando en sus sienas. La respiración entrecortada se cruzaba con los pensamientos en su mente febril. La camisa se pegoteaba a la espalda por el esfuerzo y el miedo. Su mano derecha latía ardiente como un animal enfermo y agazapado. Sus viejas quemaduras le recordaban el dolor con juicio propio. Se sentó en el piso, una idea fue germinando en su cerebro, como una semilla guardada que ahora en la tierra fértil

puja por salir. Más tranquilo, se incorporó con una decisión delineada en el rostro, tomó el picaporte de la puerta y lo accionó con angustia. Estaba previsiblemente cerrada. Dejó el grueso picaporte de bronce, a un lado la cámara y tomando la maza golpeó a la altura de la cerradura, la vieja madera de la puerta cedió junto al metal y los sellos y quedó entreabierta. Indiferente a su miedo o tal vez a sus fantasmas traspasó el umbral. La luz de la cámara comenzó a recorrer ese otro lado violentado. Una gran escalera que bajaba se abrió ante sus ojos, la siguió con cautela. Marcos sintió que la luz dudaba y finalmente se convirtió en un haz. Percibió en la quietud de la oscuridad el sonido del agua corriendo. Presa de un repentino pánico buscó en la pequeña mochila y con ademanes nerviosos logró componer su linterna. Animado con la luz renovada terminó de bajar la escalera y empezó a explorar el lugar con más detenimiento; era una gran bóveda. Buscó la fuente del sonido y su linterna enfocó por partes, como en una secuencia, un formidable Klepsydra, un reloj de agua, grandes recipientes trasvasaban el líquido de uno a otro, en un reciclaje sin fin. Cada recipiente estaba grabado con la figura de Cronos devorando a sus hijos. Las imágenes del dios le produjeron un satisfactorio escalofrío. Las paredes eran de fino ladrillo rojo. Las juntas eran milimétricas. Un suave desnivel en el piso percibido con sus zapatos le hizo dirigir la luz hacia él y entonces sintió una descarga de la tensión. Así en el desierto, el beduino acostumbrado a ver solamente la línea de arena en el horizonte, cuando se topa con un oasis impensado lo agradece y lo celebra como una bendición. La luz de la linterna alumbraba la piedra fundacional de La Plata, colocada al ras del piso. Marcos sintió que finalmente llegaba a su meta, al centro de su destino.

Dejó la cámara superado por la emoción; tal vez por la soledad y el olvido de esos túneles, no pudo reprimir un alarido que retumbó sordo en las venas ocultas de la ciudad. Estuvo un tiempo en silencio sentado en el suelo, con los ojos cerrados en la

oscuridad, escuchando su propia respiración, apretando los párpados; temiendo que al abrirlos descubriera que todo era un sueño. Se fue calmando y tomando conciencia de la realidad.

Ya amanecía. Una claridad incipiente fue ganando el recinto. Marcos sorprendido pudo observar que grandes escudos de bronce, ubicados estratégicamente, y en un juego de espejos enfrentados iluminaba el lugar con la luz del sol que rebotaba en múltiples rayos y se proyectaba sobre el magnífico Klepsydra. Estaba conmocionado, los constructores habían adoptado el sistema de iluminación de las pirámides de Egipto. Respondiendo a una orden invisible prendió nuevamente la cámara y registró las magníficas visiones. Luego desanduvo el camino. Ahora la ciudad lo vio con otro rostro, el de un hombre decidido a provocar su destino en forma definitiva.

## Capítulo dieciséis

Cuando el niño era niño,

Miguel estaba ante su página en blanco, extensa, delineada en sus perfiles, en sus dimensiones, perfecta, inmaculada; con la profundidad horizontal intacta esperando su aporte. Estaba también ante Marcos que tal vez era un grito de socorro equívoco. Sintió que debía auxiliarlo, neutralizarlo por la sociedad, por sí mismo. Así el cazador en el bosque se toma tiempo para analizar el terreno; evalúa personalmente, observa y limpia sus armas, purifica su pensamiento y se entrega a la caza, pero no improvisa. Estudia cada huella, cada olor, la dirección del viento; luego estudia del animal sus pisadas, en los restos de las presas-víctimas, sembradas de muerte y signos. También estudia sus desventajas, miedos. Luego actúa; así el tigre observa el movimiento de los antílopes, así el cazador estudia el movimiento del tigre.

A Miguel las diagonales le parecieron senderos en el bosque. Los cuerpos de las víctimas eran el botín de ese tigre que debía atrapar. Descorrió las cortinas de la ventana, ya la noche se dejaba caer como un disfraz inapelable de la luz. El gato maulló quedamente desde la cama. Llevó el grueso expediente a la mesa del living, prendió un cigarrillo y con las primeras volutas de humo abrió las hojas. Desanduvo hasta las partes importantes, el primer cuerpo había sido hallado el 21 de septiembre del año anterior. La mujer había aparecido en la Plaza Alsina; en la zona de Diagonal 74 y 1, en inmediaciones de la vía del tren. A Miguel le llamó la atención la posición del cuerpo, recostado sobre su lado izquierdo, con los brazos recogidos y extendidos hacia delante.

El rostro estaba tapado con un pañuelo. La autopsia y el aspecto general de la mujer se repetían en las otras dos víctimas. Veno puntura en el brazo izquierdo, le había suministrado un gas volátil, probablemente natural por vía inhalatoria; previamente podría haber sido usado un sedante. No había signos de violencia, ni de violación. La mujer también vivía sola. Muy conveniente para el asesino, pensó Miguel. El cigarrillo terminó de consumirse en el cenicero. Solamente se escuchaba el firme tic tac de un antiguo reloj de pared. Se detuvo en las fotografías, en ellas habría indicios, pero él no lograba captarlos. Decidió no apurar su mente. Se concentró en la descripción del lugar hecha por el oficial de la Inspección Ocular: frondosos árboles, juegos para chicos, pinos, amplios espacios con partes de tierra y otras de césped. Palmeras, araucarias, buena iluminación y visibilidad desde la calle en horas nocturnas. Importante tránsito diurno. Un colegio al oeste. Óptima visibilidad desde Diagonal 74 hacia la Plaza Moreno. En otro sentido y desde la mitad de la plaza se ve la estación de trenes. Los arcos de metal lo miraron desde las fotos, y por un instante le parecieron túneles aéreos. Sonrió con la ocurrencia. La plaza estaba cortada en dos por la vía del tren. Recordó que por ahí circulaban trenes de pasajeros y de carga, aunque a la madrugada disminuiría notablemente el ritmo del tránsito. Miguel hizo una pausa y prendió otro cigarrillo. Por la ventana la ciudad circulaba en su ritmo acostumbrado, ajena a todo. Sólo hombres como Miguel sumergían la cabeza en el barro, tratando de recobrar alguna forma de equilibrio. La segunda víctima apareció el 21 de diciembre; marcaba el verano, esto le confirmó una secuencia en las estaciones observada antes por Mendoza; el tercer cuerpo había sido encontrado en el presente otoño, el 21 de marzo. Retomó el análisis del segundo hecho: el cuerpo había sido encontrado en Plaza Alberdi de diagonal 73 entre 24 y 26. Desde las fotos se le mostraba a Miguel una joven mujer, de espaldas a la

cámara, con las piernas estiradas y los brazos abiertos a los lados, a la altura de los hombros. A pesar de estar de espaldas un pañuelo de hombre le tapaba la cabeza.

El informe de la autopsia se repetía como en los demás. Se repetía el autor, pero no se sumaban elementos para atraparlo. Miguel recorrió las páginas: las tres mujeres vivían solas; eran bonitas, independientes, sin enemigos. Nada las vinculaba entre sí, ni amistades o causas laborales, lugares en común, deportes o hobbies. Dejó por un momento el grueso expediente y decidió darle a este cigarrillo la atención que no le había dado al anterior. Miró por la ventana; la noche era una realidad completa. Las estatuas ya se habían escondido en la oscuridad de los árboles. Volvió a sentarse, y revolviendo las hojas buscó los informes y la autopsia de Lautaro. Había sido encontrado en un basurero clandestino en las afueras de la ciudad, vestido y en posición fetal; sin ataduras, pero con señales de ellas. A cara descubierta, en esta ocasión el asesino sí estuvo orgulloso de lo que hizo, reflexionó Miguel. En el interior de la boca cosida se había encontrado un billete de cien pesos, hecho un bollo. El símbolo de los delatores.

Recorrió las fotos con aprehensión, la autopsia. Había sido encontrado con un pañal descartable, meado y cagado con restos de sangre; tal vez eran signos de su esfuerzo por sobrevivir. La metodología de la muerte coincidía con la de las demás víctimas, pero no había marcas de veno puntura en los brazos, tampoco había usado sedantes. El asesino lo quería conciente. Esta circunstancia hizo que Miguel se sintiera mal. Se había acercado demasiado, ¿pero qué es lo que habría descubierto el caza recompensas? Mendoza no le había comentado demasiado. El Comisario tenía una deuda con el muerto y había cumplido mostrándole el expediente. Miguel reflexionó, era indudable que el crimen de Lautaro fue una anomalía en la conducta del asesino. Lo había matado sólo porque estaba acercándose. No se le ocurrían otros motivos. Los

símbolos y los signos, tan cuidados en las otras muertes, contrastaban con el lugar y el estado en que había sido abandonado el cazarecompensas. Tragó saliva, se le ocurrió pensar que él podría haber estado tirado en ese basural. En definitiva no se sentía mucho más hábil que el cazarecompensas muerto.

Trató de concentrarse nuevamente en la investigación. De pensar en cómo las seleccionaba y no se le ocurrió en ese momento ninguna idea. Colocó un gran mapa de la ciudad en la pared del living y fue ubicando las plazas, las fechas y fue confirmando gráficamente lo establecido hasta el momento. Se le ocurrió pensar que el asesino estaba usando también el plano de la ciudad, su cuadratura, las plazas y las estaciones del año de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha, en sentido contrario a las agujas de un reloj. Sintió que había un eje en todo ese accionar, justamente en el centro de la ciudad. De pronto los dedos de Miguel, con creciente preocupación, recorrieron el mapa dirigiéndose a la cuarta plaza de ese eje mortal, ¿cabía esperar que una cuarta víctima apareciera en la Plaza Matheu, de la calle 1 y Diagonal 73? ¿O tal vez eso era lo que quería hacerles creer el asesino? ¿Era pura coincidencia y había usado las plazas aleatoriamente?, ¿y las fechas tan precisas de los asesinatos? Miguel se frotó el rostro con preocupación, todas eran posibilidades y no podía descartar ninguna. Pensó que una custodia permanente y disimulada que vigilara las veinticuatro horas, durante todo el invierno, hasta que el asesino eventualmente dejara un cuerpo en el caso de que el 21 de junio respetara la continuidad de las estaciones, daría buenos resultados. De todas maneras sería tarde porque moriría la cuarta víctima, ya que siempre las mataba en otro lugar. Reflexionó que debían armar un plan para atraparlo. Sólo faltaban dos meses para el invierno. La idea de una fecha límite lo incomodó; cada día que pasara sin adelantar en la investigación, iba a pesar como una sentencia. Volvió a lo que ya tenía, las posiciones de los cuerpos eran un rompecabezas incomprensible. Las autopsias

concordantes marcaban una metodología de trabajo minuciosa. Trató de imaginar: ¿qué pensaba?, ¿qué clase de hombre era? ¿Qué soñaba?, ¿en qué se diferenciaba de él? ¿En el tipo de pesadillas que sufrían?, ¿por qué eran peores las de ese hombre?, ¿porque lo arrojaban a la acción?, y ¿qué detenía a Miguel entre sus pesadillas y la acción? Este último pensamiento lo incomodó y se dirigió a la heladera, tomó una gaseosa de lata y la abrió con estrépito. Fue hasta la ventana y cerró las cortinas. Se acostó, se colocó las gafas de dormir, los auriculares y trató de calmar su respiración. La lata de gaseosa quedó intacta en la mesa de luz, un mundo de burbujas se dispersaron blandamente durante el resto de la noche por la habitación.

## Capítulo diecisiete

andaba con los brazos colgando.

Esa mañana el Comisario Mendoza hojeaba expedientes donde la violencia se entremezclaba con solidez y sin sentido; de todas maneras le seguía preocupando, especialmente, los asesinatos de las mujeres. Un cigarrillo lo observaba desde el cenicero a medio terminar, definitivamente olvidado. Sonó el teléfono.

—Mendoza.

—Sí, ¿qué hacés levantado a esta hora?, recién son las diez.

—Quiero ver el departamento de Lautaro —la voz de Miguel resonó imperiosa.

—Ya estuvimos, no encontramos nada.

—No importa, igual quiero verlo. Nunca se sabe.

El Comisario resopló con fastidio, lo conocía bien y sabía que no desistiría.

—Está bien, pasá a buscar las llaves, todavía está precintado —. Por la ventana la mole del Teatro Argentino parecía abrir un imaginario telón, para una nueva escena que aún no se definía.

Miguel llegó al edificio y comprobó que no estaba lejos del suyo, tampoco era muy distinto. Abrió la puerta con las llaves que le había facilitado Mendoza, entró al ascensor y se dirigió al último piso. No había nadie en el pasillo. Enfrentó la puerta de Lautaro precintada en forma desprolija, como si la muerte fuera una cosa con la cual no hay que meterse mucho. Sacó un pequeño cortaplumas y cortó los precintos. La llave giró con facilidad en la cerradura, la puerta no tenía signos de violencia. Entró, el

interior le recordó a su departamento, con las ventanas cerradas. Prendió las luces y observó que la quietud de los días había depositado polvillo en todos los muebles. La heladera, preventivamente desenchufada, mostraba restos de queso y huevos podridos, cerró la puerta con violencia. Fue hasta la ventana y abrió la cortina de enrollar, afuera la ciudad le mostró una vista parcial de la Plaza Moreno, se asomó y respiró el aire con ganas; tal vez le sirviera para indagar el rostro oculto de las muertes. Volvió al living, en un llamativo perchero vio el revólver con su sobaquera. Lo descolgó con cuidado y comprobó la carga, estaba intacta; el caño no tenía signos de haber sido disparado recientemente. Los grandes proyectiles rodaron por la mesa hasta detenerse, como testigos callados.

Sopesó el arma, voluptuosa, mortal, —aunque para Lautaro inútil— pensó. Recorrió con la mirada los pisos, las paredes; se detuvo en el cuadro de Bucht Cassidy. Recordó las fotos de la autopsia de Lautaro, el modo en que había sido hallado. Era indudable que el asesino en este caso se había ensañado, el investigador privado se habría acercado peligrosamente. Salió del departamento sin el arma: ¿Por qué? ¿Qué habría descubierto? Repasó los apuntes y las notas que le facilitó Mendoza; nada en el departamento, ninguna pista ni huellas. Se sintió vacío de intenciones, no había conseguido nada. Los días pasaban y se acercaba el tiempo de una nueva potencial víctima. En un momento de descontrol agarró el pesado revólver y lo arrojó con furia al retrato de Butch Cassidy. El cuadro cayó, y se hizo añicos. Arrepentido lo levantó y trató de recomponer la imagen. En la parte de atrás del retrato dañado observó un sobre cuidadosamente pegado con cinta de embalar. Lo arrancó con rapidez, destruyó el sobre para ver su contenido. Dibujos, las mismas pistas a las que habían arribado: las mujeres, las plazas. Había un indicio más, una gruesa lámina había sido arrancada de un libro. Miguel observó detenidamente la imagen, la leyenda al pie. Las Tres Gracias de

Rubens. Sí, era evidente; comparando las posiciones de las víctimas, el asesino estaba reproduciendo, en su locura, el famoso cuadro. Observó con detenimiento los dibujos de Lautaro, era un buen dibujante, había logrado traducir el espíritu de las víctimas en esos bocetos. Su habilidad le costó la vida —pensó Miguel— tal vez me cueste la mía. Aún había entre los papeles una foto, Miguel la observó, era la reproducción de Rubens, pero en un vitral. Una toma a distancia aunque nítida, se dio cuenta que era una cúpula, ¿de dónde? Lo que alcanzaba a observar debía ser una construcción importante; ¿quién podría gastar en semejante lujo?, pensó. Probablemente tenía que ser un edificio público.

Dejó los restos del cuadro sobre la mesa, volvió a poner el revólver en la sobaquera y lo llevó al perchero. Nunca le fue útil a su dueño, ni lo sería. Miguel se fue del departamento con una nueva pista, sintió la adrenalina de la caza como hacía mucho no la percibía. Las huellas en el bosque a veces desaparecen, más tarde o días después surgen nuevamente y hasta más nítidas; el cazador recupera el optimismo. Suspiró nerviosamente. Aún falta, reflexionó.

La comisaría Primera estaba llena de gente.

—Rompiste un poco, pero encontraste algo —sonrió Mendoza.

—No es mucho, sólo es llamativo el vitral de la cúpula.

Mendoza dejó de sonreír y prendió dos cigarrillos, pasándole uno dijo:

—La foto, se acercó demasiado. Llegó a conocer a Lautaro.

Esta reflexión preocupó a Miguel, eran las reglas del juego, el que descubre primero tiene la ventaja: el ciervo, el tigre, el cazador; si se rompe el orden, puede perder el cazador. Sintió que todo se relativizaba, él perseguía al asesino, ¿pero cuánto sabía el asesino? Terminó el cigarrillo con premura y se fue de la comisaría. Afuera la

ciudad lo recibió con displicencia, nadie parecía enterado de las letales melodías que surcaban la atmósfera. Y así será siempre, reflexionó Miguel.

Esa tarde cuando Marcos regresó del trabajo, revisó los monitores de las cámaras que tenía repartidas en algunos puntos de la ciudad. También en el departamento de Lautaro. Se había divertido cuando la policía y Mendoza habían revisado el departamento sin encontrar nada. Pudo ver el gran revólver del cazarecompensas durante días esperando a su amo, que ya no volvería, por decisión suya. Cuando miró pudo observar en la penumbra del ambiente que el cuadro de Bucht estaba roto y arriba de la mesa del living. Buscó las grabaciones y pasó con rapidez las imágenes anteriores. Vio a Miguel tirando el revólver contra el cuadro, recogéndolo, encontrando un sobre en la parte de atrás, su contenido, los dibujos, los bocetos, finalmente la foto de la cúpula. Marcos con desesperación buscó y enfundó su mano derecha en el largo guante de cuero marrón, eso lo ayudaba a pensar y lo tranquilizaba. Se estaban acercando a él y lo enfurecía. No estaba en sus planes inmediatos dar a conocer su transformación, no aún. Venía observando a Miguel con cierto interés, cuando se reunió con Aurelio en la Estación, cuando recorría las calles de la ciudad en busca de pistas sobre él, hasta se sentía honrado. Pero no ahora, se estaba acercando demasiado y eso ponía en peligro su proyecto. Sintió que debía poner orden. Miró con ternura el largo guante de cuero marrón en su mano y de pronto sintió que tenía la solución para que las cosas se encarrilaran nuevamente, algunos viejos contactos, en un banco uno conoce a toda clase de clientes, y a veces los ayuda con determinadas transacciones bancarias, nada lo detendría.

Esa tarde Letizia estudiaba en su departamento. Había aprovechado la lluvia para descansar y se había puesto a leer. El sonido del portero la sobresaltó.

—Sí.

—Envío editorial, señorita.

No le extrañó a Letizia, recibía libros y revistas sobre crítica histórica desde muchas partes. Lo que debería haberle extrañado era el tono demasiado correcto del cartero.

—Suba —mientras apretaba el botón de apertura de la puerta del edificio Letizia sintió una inquietud, pero no fue suficiente.

El timbre resonó con fuerza. Letizia abrió con cierta aprehensión.

—Buenas tardes señorita. Sírvase y firme acá por favor.

Cuando Letizia se acercó al cartero, no supo si vio o pensó que en la otra mano tenía un gran pedazo de algodón, que con rapidez le tapó la boca y la nariz. Y luego pensó o soñó, tal vez, que perdía la conciencia y que no era tan malo. Todo adquiriría una dimensión de paz que luego descubriría engañosa.

El departamento estaba en total quietud, Miguel descansaba en la cama vestido, de pronto le empezó a doler la cabeza, se sintió mareado; las cosas daban vueltas alrededor suyo, se sentó en la cama y trató de recuperar el equilibrio. Esos síntomas ya los había tenido en otras ocasiones, y siempre le resultaban premonitorios. Era como un sexto sentido que no deseaba para nada, pero ahí estaba como una aguja implacable penetrando su cerebro. Con creciente angustia marcó el teléfono de Letizia y luego de una breve pausa una voz masculina, precisa y educada habló:

—Letizia está bien, Miguel. Tendrá noticias —. Luego colgó.

Sintió que el piso del departamento se alejaba, se alejaba y no terminaba de tomar distancia. Corrió hasta el cajón de la cómoda, tomó su revólver y revisó la carga. Advirtió que todo se precipitaba, que los tiempos ya eran otros, que debía robarle tiempo al tiempo.

#### Capítulo dieciocho

Quería que el arroyo fuera un río,

cuando Letizia despertó le dolía la cabeza y todo daba vueltas a su alrededor, una náusea estuvo a punto de hacerla vomitar; sólo le salió una arcada. Estaba sentada y con sólidas ataduras en sus manos. Por un momento y en forma instintiva quiso gritar; pero tenía la garganta y la boca seca y no pudo emitir más que inaudibles sonidos. De todas maneras, si hubiera observado con detenimiento el recinto donde se encontraba hubiera considerado inútil pedir ayuda, no tenía ventanas, era húmedo y una escalera caracol daba la impresión de que estaba en un sótano. A medida que recuperaba la conciencia sus ojos recorrieron el entorno, un cuadro en un caballete mostraba a tres mujeres desnudas, había pomos de pintura y pinceles por todos lados. Un mapa de La Plata con bocetos, cámaras con trípodes y monitores poblaban el espacio. Se veían diseminadas garrafas de gas, mangueras, trapos, algodones, y un gran baúl de encomiendas. Letizia no sabía que cerca de allí estaba el garaje y estacionada, en un costado la combi blanca; esta era toda la logística que apoyaba a Marcos en su transformación. Letizia respiró hondo y apostó a que todo fuera un sueño, mordió con fuerza su labio inferior hasta dañarse para convencerse que no era verdad, pero no habría de despertar de un sueño, era la realidad.

Miguel dudó entre llamar o no a Mendoza, si lo ponía en alerta este desplegaría toda la policía y pondría en peligro a Letizia. Llegó a la certeza de que debía trabajar solo. ¿Pero por dónde empezar? Más allá de lo que tenía, ante un hecho puntual como el

secuestro de su mujer por parte del asesino, no sabía hacia dónde moverse. Con un primer impulso se dirigió rápidamente al departamento de ella. El tiempo que le llevó arribar se tornó angustiante, de todas maneras sabía que a Leticia no la encontraría. Cuando llegó la puerta estaba sin llave, sintió un persistente olor a cloroformo, pero no había signos de lucha en el entorno. Recordó las palabras de Aurelio, “es bueno en lo suyo y se está perfeccionando, no se detendrá”. Desesperado Miguel sacó su arma y disparó repetidamente hacia la pared. Terminada la carga dejó el revólver y con una mano arrasó una pila de libros y carpetas de Letizia, que se encontraban sobre la mesa del living. Luego se sentó y lloró con desesperación.

Cuando llegó Mendoza con una comitiva policial aún estaba sentado con su rostro entre las manos. El Comisario miró los impactos en la pared, los libros en el piso.

— ¿Cuánto hace que la tiene?

— Dos horas, cuatro tal vez.

Mendoza prendió dos cigarrillos y le pasó uno.

— Inmediatamente desplegaré...

— No hagas nada, voy a hacerlo sólo.

Miguel clavó su vista en los ojos del Comisario. Este comprendió que tenía razón, que un despliegue sería un circo que pondría en peligro a Letizia.

— Al menos te llevo a tu departamento.

— Está bien.

Los hombres se retiraron en silencio. En el pasillo del edificio algunos vecinos los miraron con curiosidad. Al ver personal uniformado se tranquilizaron y aprovecharon a preguntar.

— Buenas tardes, Letizia.

Ella miró al hombre que, momentos antes, levantando su mentón interrumpió un sueño liviano; en el rostro resaltaban los anteojos de armazón negro y el aspecto formal.

— ¿Qué quiere, quién es usted?—. Las palabras salieron pastosas, aún no recuperaba totalmente la conciencia.

Marcos sonrió y se alejó de ella sin dejar de mirarla.

—De usted no, de todas maneras me va a ayudar.

Se acercó a una mesita y levantando una taza de té simuló un brindis y bebió. Hizo una llamada telefónica y coordinó todo. Sus ángeles negros, como le gustaba llamarlos, se encargarían. Él los ayudaba, ellos lo ayudaban. Eso estaba bien, eso era correcto.

Esa tarde sonó el teléfono de línea de Miguel.

—Sí.

—Veo que está atento, me parece bien. Lo debe estar.

—Si le hace algo...

—Está equivocado no le voy a hacer nada, siempre que cumpla —interrumpió

Marcos.

La voz educada y correcta molestó a Miguel, reconoció en esas inflexiones una mente minuciosa y precavida. No sería fácil.

—Hoy a la noche, a las veintidós espere en la esquina de las calles 7y 48; un auto lo recogerá. Por favor no lleve armas, sería descortés. Colgó el teléfono.

Mendoza en un rincón del departamento insultó por lo bajo, no había podido rastrear la llamada, era indudable que el asesino sabía moverse.

Miguel miró al Comisario.

—No hay nada que puedas hacer por mí ahora. Si intentás seguirme la puede matar.

Mendoza bajó la mirada, Miguel tenía razón, por ahora no podía hacer más que confiar en la pericia de su hombre. Por otra parte recordó que estaba latente la fecha de un posible nuevo asesinato, se acercaba el 21 de junio, el comienzo del invierno. Un antiácido voló resignado hasta su boca, y fue masticado sin clemencia.

Más tarde Miguel se preparó para acudir a la cita, miró con detenimiento su revólver y finalmente lo dejó en la mesa de luz. Se fue caminando hasta el punto de encuentro, no era lejos y aún tenía tiempo. La ciudad ya se refundía a negro y la gente iba guardando sus libretos para el día siguiente. A las veintidós horas estaba en el lugar, que se veía solitario. No tuvo que esperar mucho, un auto lujoso le hizo señas de luces. Se dirigió con lentitud, los vidrios polarizados y a esa hora no permitían ver. Se bajó un hombre fornido, una cicatriz en la barbilla le dibujaba una amplia y segunda sonrisa. Lo palpó de armas con habilidad. Le ordenó subir en el asiento de atrás. Observó que había quedado en medio de dos hombres. Adelante, solamente un chofer.

—¿Cómo saben quién soy?

—Debemos saberlo— respondió el de la cicatriz y no volvió a hablar.

Recorrieron una cuadra y el auto se detuvo. Uno de ellos sacó una capucha y se la colocó.

—Precauciones, no lo tome a mal.

Miguel perdió la noción de las vueltas que dio el auto. Por momentos parecía ir en línea recta, en otros en círculos. Finalmente se detuvieron.

—Acá la tienen a Letizia —. Aventuró Miguel.

—Esto no tiene nada que ver con Letizia —dijo uno de ellos.

Aún encapuchado lo llevaron y lo introdujeron en un recinto. Finalmente se la sacaron. Con los ojos un poco cegados observó el lugar: un gran salón, con mesas arregladas para comensales. Una rica araña colmada de luces enmarcaba el techo. En un costado, un mozo con tono sobrio observaba en silencio. En medio del salón una mesa se destacaba de las otras, estaba preparada para dos invitados. Uno de los hombres le indicó que se sentara. Luego se apartó y se quedó a prudente distancia, junto al de la cicatriz.

Miguel miró la rica vajilla, los vasos, los finos cubiertos. Reparó que en un trípode había una cámara dirigida a la mesa que ocupaba. Se reacomodó nervioso en la silla, no sabía qué ocurriría a continuación, se sintió indefenso y lo estaba. Apareció un hombre, vestido formalmente y se dirigió a la mesa, ocupando la otra silla. Miguel lo miró con sorpresa, no sabía qué pensar; aparentemente serían los únicos que cenarían en ese grandioso salón. El otro, en silencio, sacó una pequeña grabadora y la prendió:

Una voz correcta y educada le evidenció a Miguel de quién se trataba:

“Hola Miguel, me alegra que haya aceptado mi invitación; bueno, seamos sinceros, de todas maneras sabemos que no tenía opción. Ya que estamos aquí tratemos de pasarla bien. Le cuento, la cena de esta noche es especial en todo el sentido de la palabra”.

Miguel escuchaba con atención, mientras sus alarmas internas se iban prendiendo, pero ¿qué podía hacer?, tenía a Letizia. Siguió escuchando.

“El plato central de esta noche como ya dije es especial, aunque esa palabra creo que no le hace justicia, yo me inclinaría a la palabra de único. Le cuento, Miguel, Takifugu es un género de pez globo; conocido también como Fugu, esta palabra significa buena suerte, ¿no es eso hermoso?”.

La voz abandonó de pronto el tono agradable y agregó con frialdad:

“Un pez globo Fugu contiene toxina suficiente para matar a treinta personas. Pero contradictoriamente en Japón lo consideran una delicia. El veneno se encuentra sobre todo en el hígado, en las gónadas y en ínfimas proporciones en la piel. Sólo algunos cocineros autorizados pueden prepararlo”.

Hubo un silencio en la grabadora, luego la voz prosiguió sentenciosa:

“Si falla la preparación del plato, el veneno paraliza los músculos mientras la víctima permanece completamente consciente, hasta que al final muere por asfixia”.

La voz en la grabadora parecía regodearse, finalmente agregó: “no hay antídoto. Bon appetit”. La grabadora se detuvo con un chasquido y ya no hubo más sonidos. El hombre la guardó nuevamente en el bolsillo y sirvió dos copas de vino. Miguel bebió un poco para calmar sus nervios, el otro hizo lo mismo y parecía muy entusiasmado. Un mozo irrumpió en el gran salón, traía una bandeja y la colocó en una pequeña mesita junto a los comensales. Se podía observar un hermoso abanico hecho con fetas de pescado crudo, ricamente decorado con vegetales y había recipientes con salsas de variados colores. El mozo comenzó a servir. Miguel pensó en Letizia y tragó saliva. Debía ganar tiempo.

## Capítulo diecinueve

que el río fuera un torrente

Letizia observaba aterrada a Miguel en el monitor; a su lado Marcos acariciaba su pelo. De fondo y suavemente sonaban Las Cuatro estaciones de Vivaldi. A su vez una cámara grababa el recinto. En el fondo se destacaba la pintura de Rubens.

Miguel dejó la copa de vino y observó su plato, el hombre que estaba en frente ya se había llevado a la boca una porción de pescado con salsa, y lo miraba sonriente.

—Está muy bueno, anímese.

Miguel lo miró a los ojos con detenimiento y luego los fijó en su menú.

Una voz desde un parlante resonó:

“Adelante Miguel, es muy bueno y también costoso. Son muy pocos los privilegiados que pueden pagar su precio”.

Miguel levantó con el tenedor una porción y la sumergió en salsa, luego con lentitud se la llevó a la boca.

“No hay nada que temer si el cocinero es el adecuado”.

Miguel comenzó a masticar y experimentó un cosquilleo y un ligero ardor en la lengua.

“Sentirá nuevas sensaciones, pero no se preocupe; ese es el atractivo del plato.

El hombre comía con buen apetito y vaciaba repetidamente su copa de vino. Los guardias contemplaban en silencio. La mente de Miguel volaba a gran velocidad pensando cómo podría burlar la trampa del asesino. ¿Lo quería matar?, pero ¿por qué tomarse tanto trabajo?, pensó que en definitiva estaba jugando, que le gustaba apostar teniendo el control de la situación. Letizia, obligada por Marcos, miraba el rostro de

Miguel en el monitor. Trataba de observar si había algún cambio visible, alguna pista de que su hombre en cualquier momento caería envenenado. A su lado Marcos parecía muy entretenido y atento. Un té ocupaba sus manos mientras por momentos seguía con la cabeza el ritmo de Las Cuatro Estaciones. Miguel tomó otro trago de vino intentando digerir sin consecuencias el alimento. Los minutos se habían detenido definitivamente en su cabeza, y sólo tenía ojos para las delgadas fetas del letal pescado que aún le quedaban en su plato. El otro comensal se había aflojado la corbata y se notaba su semblante rojo, tal vez por la cantidad de vino que había ingerido. Miguel trataba de comer el pescado con lentitud, intentando adivinar en cada bocado si el mortal veneno podía encontrarse en esa porción que consumía. Las lágrimas de Letizia recorrían sus mejillas y se detenían en la mordaza que tapaba su boca; las manos atadas se encontraban laceradas por las sogas. Marcos ya no registraba el estado de la mujer, sólo se concentraba, a través del monitor, en los comensales que compartían el exótico plato. Miguel miró de reojo a los guardias, no se habían movido de sus lugares y no parecían interesados en la escena. Por un momento pensó en reducirlos. El hombre que compartía la mesa, parecía bastante alcoholizado y no sería problema. Pero ¿qué ganaría? El asesino tenía a Letizia y podría terminar con su vida al primer movimiento. De pronto el otro comensal se llevó una mano al cuello y tosió, trató de hacer una inspiración profunda y no lo logró, luego cayó al piso. Miguel se levantó con rapidez y trató de socorrerlo, los guardias se aproximaron y lo hicieron sentar. El hombre permanecía en el suelo inmóvil, con los ojos desorbitados por el espanto, respirando con dificultad.

Nuevamente la voz habló:

“El veneno del Fugu paraliza los músculos, pero lo bueno es que la persona permanece totalmente consciente hasta que finalmente muere por asfixia”.

Miguel al escuchar todo eso no soportó más, y dirigiéndose a la cámara descargó su ira:

“Usted es un monstruo, suelte a Letizia, llegaré a encontrarlo como sea”.

Hubo un silencio, luego la voz volvió a escucharse:

“Debe guardar compostura Miguel, así no ayuda a su mujer. Usted estuvo muy bien, comió el pescado, confió en mí. Eso es bueno, nos permite seguir en el juego”.

Miguel observó al hombre que proseguía inmóvil en el piso y respirando con gran dificultad.

“Pero él está muriendo”.

Marcos desde el otro lado se tomó tiempo para responder, acarició una vez más el pelo de Letizia y secó sus lágrimas con un delicado pañuelo.

“Miguel, ese hombre no entraba en el trato, está agonizando porque hizo algunas delaciones. Además sirve para que usted vea que no bromeo. No está en mis planes matarlo, al menos no aún”.

Miguel se sentó a la mesa y tomó un trago de vino, respiró hondo y observó con aprehensión la bandeja con los restos del pescado. Los hombres miraban con atención la agonía del comensal, custodiando que no se interrumpiera por ningún motivo. Finalmente se lo llevaron del salón, ya inerte.

“Miguel, se puede retirar, gracias por compartir la cena conmigo, ha sido un verdadero placer, ya tendrá noticias mías, adiós”.

Terminadas las palabras de Marcos los guardias se acercaron y lo condujeron nuevamente con una capucha al auto que lo había traído. Luego de varias vueltas para despistarlo, lo abandonaron sano y salvo en el mismo lugar donde lo habían convocado. Marcos apagó el monitor y se dirigió a Letizia que había devorado con los ojos todo lo acontecido.

—Deberá tener paciencia, señorita, esto recién comienza.

Las palabras del hombre golpearon el ánimo de Letizia y sintió que no le quedaban lágrimas para soportar el tormento.

Miguel llegó al departamento, se desvistió y en el baño se metió dos dedos en la boca y vomitó, repetía la maniobra hasta que le dolía la garganta y el estómago, finalmente tomó un gran vaso de agua. Fue hasta la ventana y miró la noche, las estatuas de la Plaza Moreno, la Catedral, todo estaba en su lugar. Sólo había una modificación en su cerebro, y en su ánimo. La locura del asesino y la captura de Letizia, esa combinación le hizo pensar que estaba perdido, que no tendría fuerzas de seguir. Llamó a Mendoza por teléfono y le contó lo ocurrido.

Más tarde se dio una ducha y se fue a la cama, los auriculares y las gafas ocuparon su lugar. La gruesa cortina de la ventana lo separaba de todo lo que había vivido hacía pocas horas. De todas maneras sabía que no lo ponían a salvo de ese hombre que tenía a Letizia, las cartas estaban a su favor. Antes de conciliar un ligero sueño pensó que debía luchar, no podía entregarse, Letizia dependía de él.

Miguel comenzó a agotar sus jornadas en recorrer la ciudad a cualquier hora. Lugares, sospechosos se repetían en un vértigo vacío que no aportaba mayores datos. Sentía a las jornadas calcadas porque no surgían elementos para la investigación. Llamadas de delirantes, pistas falsas, informadores que se deshacían en explicaciones y datos que no conducían más que a otros delirantes o locos. Todo se sucedía en un juego trágico que carcomía su voluntad, y el tiempo corría febrilmente poniendo en peligro a Letizia y también a otra víctima que fuera eventualmente elegida para el día fatal. Miguel no contestaba el teléfono a Mendoza, la última vez que habló con el Comisario le había pedido que lo dejara tranquilo.

La ciudad se desplazaba a través de ese otoño con sus dos mundos, uno diurno, el otro nocturno. De noche la ciudad simulaba dormir, aunque preparaba los libretos de todos sus habitantes. Los ponía en sus mesas de luz; algunos entreabiertos, otros cerrados. Tal vez la mañana habría los libretos obligándolos a actuar.

Marcos dejó la tasa de té a un costado y tomó con ambas manos un grueso revólver calibre .357 Magnum de dos pulgadas. Abrió el tambor y colocó solamente un cartucho, lo hizo girar y luego lo cerró. Buscó un espejo, sopesó el arma y la dirigió a su sien derecha. Por un momento dudó en apretar el gatillo y probar suerte en la ruleta de la vida y de la muerte, pero no lo hizo. Servirá perfectamente, pensó; y dejó el arma a un costado.

## Capítulo veinte

y que este charco era el mar.

Miguel aún dormía a pesar de que el sol marcaba el mediodía; sus auriculares, las gafas y las gruesas cortinas lo aislaban de todo. Un plano de La Plata, libretas con apuntes, el revólver dejado en forma descuidada en la mesa de la cocina, todo esto conformaba los elementos de una batalla, batalla que se perfilaba desigual en la maraña de la historia.

El teléfono sonó una sola vez, luego volvió a sonar y persistió en el sonido; Miguel trató de ignorarlo, pero recordando a Letizia saltó de la cama.

—Hola.

—Mendoza.

Miguel se aflojó y soltó un suspiro agregando:

—No tengo nada nuevo.

—Tampoco yo, pero la fecha se acerca rápidamente.

El Comisario luego de hacer ese comentario se arrepintió; tal vez Miguel asociara que en la fecha clave el asesino elegiría matar a Letizia.

—No me olvido de la fecha, ¡tiene a Letizia! La voz de Miguel sonó a reproche.

Mendoza no quiso intranquilizar a su hombre:

—Estamos en contacto, cuidate.

—Vos también —agregó Miguel y cortó.

Enseguida volvió a sonar el teléfono, Miguel levantó rápidamente el auricular:

—Sí Mendoza, ¿qué te olvidaste de decirme?

Hubo un silencio breve en la línea, suficiente para intranquilizar a Miguel.

—Hola, hola.

El silencio subía como una marea negra que amenazaba con ahogarlo.

Finalmente.

—Hola Miguel, soy yo.

La voz correcta lo ubicó rápidamente en tiempo y espacio.

— ¿Cómo está Letizia?, suéltela. Esto es entre usted y yo.

—De ninguna manera, si la suelto será muy difícil que usted cumpla sus compromisos. Ella está bien.

Miguel escuchaba la respiración del asesino, acompasada y tranquila. La voz agregó:

—Esta noche en el mismo lugar, ¿por qué no a la misma hora? lo pasarán a buscar.

—Espere, quiero preguntarle...

El hombre cortó. Sólo le quedó a Miguel el débil sonido de su teléfono. Dirigió la mirada a su revólver, aunque sabía que no podía contar con él. Se dirigió al baño y se miró en el espejo, era el rostro de un hombre avejentado por el tiempo y las vivencias, en este orden de continuidad.

La esquina de 7 y 48 a las 22 horas lo encontró a Miguel listo y atento. El mismo auto de la primera vez apareció con puntualidad, se detuvo al lado de él. Bajó el mismo hombre de la cicatriz y lo palpó de armas. Luego le indicó con la cabeza que subiera. Miguel se acomodó entre dos hombres. La misma capucha le ocultó el destino. Giros y rectas lo desorientaron, hasta que se detuvieron. Miguel y los tres hombres ingresaron caminando juntos a un edificio. El sonido de una gran puerta le dio a Miguel la pauta de un lugar amplio. Le sacaron la capucha y lo dejaron solo.

El lugar era sobrio, pero con la belleza de las cosas antiguas, pisos de parquet, muebles de madera trabajada. Paredes tapizadas, una inmensa araña de múltiples luces presidía la escena. En el centro una gran mesa de madera sólida y ricamente labrada. Miguel observó una caja de madera lustrada que poseía una cerradura. Caminó un paso, y escuchó un sonido que le llamó la atención, miró al piso y pudo observar que estaba parado sobre un nylon grueso; pudo ver que el nylon cubría totalmente la estancia, por debajo de los muebles y la mesa. Pensó por un momento cuál sería su significado.

Se abrió una puerta y entraron los guardias con dos hombres. Uno de ellos colocó una cámara en un trípode. Miguel no pudo más que sonreír con tristeza, no parecía que el asesino llegara a perderse el espectáculo. Los guardias lo obligaron a sentarse en una de las cabeceras. Todos se sentaron. Estaban callados e inmóviles como esperando una señal. De pronto una voz en off estalló:

“Buenas noches Miguel, nuevamente nos encontramos, ha cumplido en venir sin contratiempos, eso es bueno para usted, también para Letizia”.

Miguel al oír hablar de su mujer apretó los puños con impotencia.

La voz prosiguió: “Unos creen en las casualidades, yo creo en las causalidades. Otros en el destino, algunos en el libre albedrío. En fin, yo creo en el destino. ¿Usted en qué cree?” La voz parecía hacerse más inquisidora.

“Yo creo en que uno siempre puede elegir, no creo en el destino”, Miguel contestó sin saber hacia dónde quería ir el asesino, su cabeza no dejaba de pensar en cómo estaría Letizia.

La voz prosiguió con tranquilidad: “Bien, basta de teorizar, pasemos a los hechos. Los señores presentes lo van a asesorar. Hasta luego”.

Miguel se acomodó en su silla al tiempo que miraba con desconfianza la gran caja de madera lustrada que presidía el centro de la mesa. Los individuos se pusieron de

pie y se dirigieron hasta esta, uno de ellos sacó una llave con una larga y fina cadena que parecía de oro y la abrió. Luego fueron poniendo ante Miguel, con gran delicadeza, tres revólveres ricamente trabajados de distintos calibres, con los tambores abiertos y descargados. Los hombres regresaron a sus asientos observándolo fijamente. Miguel evaluó las armas y los miró interrogante.

—La antigua ruleta rusa señor Miguel —dijo uno de ellos con voz impersonal.

—Muchos la toman como un barbarismo, una locura, yo como a un arte mayor.

Tosió brevemente y se llevó un rico pañuelo a la boca y prosiguió:

—Usted cree en el libre albedrío, yo creo en el destino. Me pregunto, ¿dónde estaría su libre albedrío en este juego? El hombre fijó la mirada en Miguel.

—Mi libre albedrío estaría en no jugar —respondió con ironía.

El hombre bajó la mirada y respondió en voz casi inaudible.

—Usted no está en posición de elegir.

Los ojos volvieron a fijarse en los de Miguel, este sintió un escalofrío que recorrió toda su humanidad, sus ojos iban de las armas a la figura del extraño hombre. Sus sienes latían con violencia, y por momentos quería creer que todo era irreal, no obstante el recuerdo de Letizia y el peligro que corría lo traían de vuelta a la escena. El hombre se puso de pie y se dirigió a Miguel:

—Debemos ponernos en marcha, no tenemos toda la noche.

El avanzar de sus zapatos produjo un sonido descorazonador en el grueso nylon. Miguel comprendió su sentido. ¿Cómo no lo había advertido antes?, el nylon evitaría que la sangre se desparramara y manchara la madera. El hombre se acercó:

—Elija una de las tres armas, en eso tendrá libertad. Yo tomaré la mía después. Haremos solamente un disparo cada uno, suficiente para tentar al destino.

Miguel observó al hombre, luego a la cámara que filmaba, finalmente a las armas: un revólver calibre .357 Magnum, otro .38, y un tercero de .22.

— ¿Ya eligió?

—Sí —endureció su gesto y señaló una.

El individuo tomó la que le indicó Miguel e introdujo un solo cartucho en el tambor, luego lo cerró y colocó el arma en la mesa, frente a él. Seguidamente eligió una. Luego fue hasta su asiento. Miguel miraba el revólver que ahora estaba cargado; la transpiración iba ganando su cuerpo. Se restregó las manos sudorosas y pensó si podría intentar algo con un sólo cartucho. Todos estaban mirándolo, no lograría nada. El hombre desde el otro lado de la mesa lo esperaba. Se oía el tic tac de un gran reloj antiguo de pared.

—Señor, sólo puede confiar en el destino, ya no hay lugar para decisiones.

Miguel lentamente la levantó, sintió en sus manos el frío del arma, su peso, la empuñadura; de pronto la abrió e hizo girar el tambor y volvió a cerrarlo. Pensó en Letizia, si no jugaba el asesino la mataría, si él moría el asesino la mataría igual. Sintió que estaba en un callejón sin salida. Levantó con lentitud el arma y llevó el cañón a su sien derecha, luego miró a los que lo observaban con detenimiento, pensó en Letizia, pensó en toda su vida y en este laberinto final, ¿quién lo colocaba? ¿El destino? o ¿el libre albedrío?, ya no importaba, el dedo en el gatillo se iba contrayendo más allá de su voluntad. El martillo se iba alejando del revólver para tomar impulso y volver con violencia contra el fulminante del cartucho, ¿cuántas veces creemos que elegimos? finalmente el martillo se abatió y resonó un disparo en la habitación. El humo y el olor de la pólvora inundaron el recinto. Los hombres corrieron hacia Miguel y lo agarraron

antes de que cayera al suelo. El proyectil había dado en la pared, produciendo un gran destrozo. Miguel lo miraba hipnotizado, a punto de desvanecerse.

—Suele pasar, no se preocupe. Muchas veces los jugadores nuevos, a último momento, desvían el arma, es instintivo. Pero nosotros evitaremos que vuelva a pasar.

## Capítulo veintiuno

Cuando el niño era niño,

Miguel quedó arrodillado junto a la silla y vomitó repetidas veces; lo ayudaron a incorporarse. Tenía la vista nublada, la cabeza le daba vueltas, pero aún en ese estado era consciente de que el juego proseguía. Miró sus manos temblorosas y trató de respirar hondo; tenía que seguir adelante, como sea. La imagen de Letizia en manos del asesino le infundía fuerza. El mortal juego al que estaba sometido lo hacía sentir impotente, aunque por el momento no tenía opciones.

—Cuando se sienta bien proseguiremos.

La voz del hombre lo trajo nuevamente a la brutal realidad. Todos lo miraban con atención, pero Miguel no observaba emociones en ninguno de los rostros. Esta gente está acostumbrada a todo pensó. De pronto una voz en off resonó:

“Por esta vez cambiaremos el orden, así nuestro amigo recupera la calma”.

El hombre no se inmutó en absoluto, tomó el revólver que había elegido, colocó un cartucho en el tambor, lo hizo girar con rapidez y volvió a cerrar el arma. Luego la depositó en la mesa. El silencio que rodeaba la escena era concreto, se podía tocar con las manos. Miró a Miguel a los ojos:

—Me ve tranquilo, debo estarlo, si no estaría traicionando mis convicciones, yo creo en el destino —Acarició el arma—. El mío dice que no moriré por arma de fuego.

Tomó con resolución el revólver y lo apoyó en su sien derecha. El dedo índice comenzó a doblar el gatillo, el martillo se replegó hacia atrás, como una cobra

definitiva. Ese hombre estaba impasible, el movimiento de su mano en el arma era el único signo de vida en la escena. Miguel no dejaba de mirarlo hipnotizado, se veía en idéntica situación unos momentos antes, y luego el sonido del disparo que instintivamente había desviado. Volvió a concentrarse en su oponente. El martillo ya terminaba su trayectoria y en cualquier momento se abatiría sobre el fulminante del cartucho. Miguel pensó en el libre albedrío, en el destino, y en ese crucial momento no pudo llegar a ninguna conclusión. El característico clic del arma que no ha disparado resonó en la habitación como un puño lanzado. El hombre sonrió confiado y dejó el revólver sobre su mesa.

—Se ha cumplido el destino.

Miguel respiró con cansancio y replicó:

—Sólo es azar.

El individuo endureció el gesto y señaló el arma de Miguel, la cual había sido recargada.

—Su turno.

No era su decisión, tampoco creía en el destino, en todo caso se aferraba a que si sobrevivía tendría posibilidades de salvar a Letizia, de atrapar al asesino. Pensó en la eternidad, que ese minuto también era parte de la eternidad, y que ya no había lugar para dilaciones y se llevó el arma a la sien.

Miguel comenzó a presionar el gatillo, el tambor giró para alinear uno de los alvéolos con el martillo, ¿contendría este el cartucho? Sintió que la situación era en definitiva sencilla, sólo era un acto mecánico, breve, sincronizado, que lo separaría del tiempo de la vida, o del tiempo de la muerte. Tiempo de robar el propio tiempo.

Cerró los ojos, sintió que no los precisaba, se concentraba en el recuerdo de Letizia y en definitiva si así debía ser, quería que fuera su último recuerdo. El caño del

revólver en su sien era una incógnita a develar rápidamente. Sentía acalambrado el brazo por la posición, por los nervios. De pronto, en la estancia, resonó claramente el conocido clic del arma que ha sido martillada sin cartucho. Miguel permaneció inmóvil con el arma en la sien. No reaccionaba. Recién cuando fueron hasta él y le sacaron el revólver de la mano logró aflojarse y tomar conciencia de que estaba vivo. Luego se desplomó desmayado.

Cuando Letizia ingresó una tarde con su llave al departamento, Miguel aún dormía. Miró el expediente en el suelo lleno del polvo de los días, el mapa arrancado y comprendió todo. Fue hasta la cocina, hizo café y preparó la ducha. Miguel proseguía en la cama con los auriculares y las gafas, indiferente a todo; una barba de varios días le comía el rostro. Letizia se sentó en el borde de la cama y tomándolo de los hombros lo besó largamente. Hubo un estremecimiento nervioso en él, parecía resurgir de alguna profundidad. La miró somnoliento y con un dejo de reproche. Ella fue hasta la cocina y regresó con el café humeante en las manos, su rostro estaba serio.

—Ya está bien Miguel, tomá el café y date un baño.

El tono imperativo de ella no daba lugar a disquisiciones. Miguel bebió el café en silencio, perdiendo su mirada en las gruesas cortinas de la ventana. Al advertir esto Letizia se levantó y las descorrió con violencia. El sol entró de lleno en la pieza buscando cada rincón. Ya no había dónde ocultarse. Miguel terminó el café y se dio una larga ducha. Ella se puso a preparar algo de comer. Cuando salió del baño había un plato de comida caliente en la mesa. Comieron juntos y en silencio. Al terminar ella habló:

—No podés seguir así.

—¿Así cómo?

—Escondiéndote de vos mismo.

—No es lo que pensás.

—Lo que pienso es lo que tengo a la vista —dijo ella con tono de reproche.

—No estás enfrentándolo a él, ese hombre es una circunstancia. No te atrevés a enfrentarte a vos mismo.

Miguel estaba pensativo y permaneció en silencio. Trataba de poner en orden su cerebro, sus sentimientos. Sentía que todo era un caos en su cabeza y no estaba seguro de nada.

—Tengo miedo.

— ¿Miedo de qué?

—Miedo de perder —. La miró con desesperación.

Ella le devolvió la mirada con ternura, pero con firmeza.

—No hay garantías en nada, pero la diferencia está en intentarlo. De lo contrario no podremos vivir con eso.

Miguel no respondió. Terminó de comer en silencio. Letizia levantó los platos. Acomodó un poco el departamento. Él la dejó hacer. Finalmente ella tomó con delicadeza el grueso expediente, el plano de La Plata, los cigarrillos y el revólver y dejó todo sobre la mesa frente a Miguel. Lo besó en la cabeza y con su propia llave se fue, al tiempo que dejaba flotando un incierto adiós en el aire. Miguel se quedó sentado ante todo y estuvo mucho tiempo mirando los distintos elementos sin hacer nada. Las campanadas de la Catedral interpretaron una melodía que llegó, a sus oídos, como de otra dimensión. Miguel se despertó sobresaltado, arrancándose las gafas y los auriculares. Con dificultad fue hasta el baño. Bruscamente su cuerpo se dobló sobre el lavatorio y vomitó lo poco que había comido al regreso de esa noche terrorífica que le había tocado. El sueño tan vívido que había tenido con Letizia lo hizo resoplar de

impotencia, encorvado en el lavabo. Su mujer seguía en manos del asesino. Hasta el momento sólo tenía humillación e impotencia. Sentía que no estaba haciendo todo lo que podía para salvarla.

Mendoza estaba en su oficina. Faltaban pocos días para que se cumpliera el plazo y miraba impotente la montaña de informes y expedientes que se amontonaban sobre su escritorio. Simplemente no tenía nada. Había dispuesto duplicar los patrullajes, aumentar las averiguaciones de identidad de todo sospechoso que apareciera. Estableció discretas vigilancias en las plazas de la ciudad. Había leído y releído los expedientes, las pericias, las autopsias, los domicilios de las víctimas y no tenía nada que lo condujera al asesino.

El sonido del teléfono sacó a Mendoza de sus cavilaciones.

—Hola.

—Soy yo —. Miguel buscaba las mejores palabras, pero en ese momento no sabía cuáles eran, entendió por sus silencios que Mendoza estaba algo dolido.

El Comisario ensayó un reproche, finalmente se contuvo.

— ¿Cómo andás? —. La voz del funcionario denotaba una angustia apenas disimulada.

—Bien —mintió Miguel, tratando de parecer sereno.

—Se acerca la fecha y no tengo nada, ¿por qué no venís y miramos un poco entre los dos y tomamos un café?

—Voy para allá.

Tomó su expediente, el mapa y ya cuando salía advirtió que el revólver quedó apoyado sobre la mesa. Volvió sobre sus pasos, lo tomó, comprobó la carga de los cartuchos y se lo puso en la cintura. El aire fresco de la vereda lo reanimó. Un taxi lo depositó rápidamente en la Comisaría Primera. Cuando Miguel entró a la oficina del

Comisario lo encontró ojeroso. Una pastilla antiácida terminó el vuelo en su boca, seguida de un trago de agua. Los hombres se miraron en silencio. Medían mutuamente su impotencia. Miguel dejó sobre el escritorio su expediente y el mapa. Luego prendió dos cigarrillos y le pasó uno al Comisario.

—Te cuento lo de anoche.

Mendoza estudió el rostro de Miguel mientras lo escuchaba, y se le ocurrió pensar que había alguna forma de resolución en ese rostro cansado que conocía de tantos años.

## Capítulo veintidós

no sabía que era niño.

Miguel esa noche, instintivamente, se dirigió a la estación de trenes; mientras caminaba sentía la presencia tranquilizadora de su revólver, había agregado dos cargadores rápidos que pendían de su cinturón. La ciudad desierta en la noche fría le parecía esconder en cada esquina, en cada rincón, una amenaza latente. Se sentía observado. Apuró el paso. Cuando llegó al andén pudo entrever, mimetizada con el entorno, a la breve figura de Aurelio. Este dejó unas revistas que tenía en sus manos y se dirigió a su encuentro. Miguel extendió un cigarrillo que fue bien recibido.

—¿Tomamos un café?

—¿Por qué no? —. Respondió Aurelio al tiempo que saboreaba el cigarrillo.

Frente a las tazas humeantes los hombres se miraron.

—Estoy desesperado Aurelio, tiene a Letizia.

El pequeño hombre estudió el rostro del policía y sonrió con tristeza.

—Vos no estás desesperado, estás desorientado. El cazador nunca desespera.

Miró al hombrecito con sorpresa pero no insistió en el tema.

—Contame, ¿qué tenés hasta ahora?

—Es el mismo hombre.

—Eso lo sabemos los dos hace rato —interrumpió Aurelio—. Tratá de ser más específico.

Miguel se removió inquieto y se reacomodó en su silla.

—Si no vas a ser sincero conmigo me levanto y me voy.

Su pequeña figura amagó levantarse y dando el perfil a su interlocutor le mostró su prominente joroba como una amenaza. Miguel extendiendo su mano lo tomó del brazo.

—No, escuchame por favor.

—Así está mejor, pedime otro café y dame otro cigarrillo.

Un tren partió de la plataforma siete, con inquietantes ruidos metálicos.

—Son tres mujeres asesinadas con diferentes fechas y transportadas a tres plazas distintas —comentó Miguel.

Aurelio lo miraba a los ojos y no hablaba, se limitaba a observarlo como dueño de un secreto.

—Espero que no termines como Lautaro.

Miguel se detuvo en seco, la referencia al detective privado por parte de Aurelio le llamó la atención. No se sabía mucho hasta el momento, pero el pequeño hombre parecía saber más sobre lo que había pasado. Decidido lo interrogó:

—¿Qué sabés vos?

—Solamente lo que hablé con él. Estaba cerca, pero lo atrapó primero el asesino.

Miguel revolvió con violencia su café, sintió que Aurelio jugaba, más allá de su estima hacia él, las apuestas eran muy altas.

— Quiero que seas más específico.

Aurelio prendió un nuevo cigarrillo y miró a Miguel, este observaba en ese momento por la ventana con ademanes de cazador en reposo. Sabía que estaba a la altura de las circunstancias, pero a su vez temía por su vida, ya en una ocasión se había salvado por azar.

—Había una foto de un vitral, probablemente de un edificio público, estaban reproducidas las Tres Gracias de Rubens — acotó Miguel.

Aurelio con satisfacción interrumpió:

—Fíjate las posturas de las víctimas con las imágenes del cuadro, verás que coinciden. El asesino ha visto ese vitral.

Las palabras de Aurelio golpearon en el cerebro de Miguel. Luego lo miró con detenimiento.

—¿Qué más?

— Sólo te diré lo mismo que a Lautaro: “nos terminan obsesionando las cosas que vemos todos los días”

Miguel pensó en estas palabras y trató de ahondar en su significado, pero no pudo lograrlo.

Aurelio rápidamente interrogó:

—¿Esperás que complete el ciclo el 21 de junio con otro asesinato?

Miguel demoró su respuesta, miró a la gente que caminaba por la calle, y pensó por un momento en que las probabilidades de atraparlo estaban en su contra.

—Supongo que sí —prosiguió Miguel—, pero no creo que vuelva a usar las plazas, sería muy evidente y no se va a arriesgar a que lo atrapemos. Igual con Mendoza duplicamos todos los controles.

Aurelio al escuchar el nombre del Comisario, cambió el rostro.

—Una vez me hizo llevar por vagancia —expresó con descontento.

—Eso fue hace mucho, ahora sabe quién sos —dijo Miguel con tono conciliador.

Aurelio apuró su cigarrillo.

—Seguí contando, estoy interesado —. El tono del hombrecito inquietó a Miguel.

—Las tres vivían solas, jóvenes, bonitas, sin enemigos conocidos. Nada que las vinculara entre sí. Las tres vivían en casas, en zonas semi céntricas de la ciudad, empleadas, de clase media. Por los horarios en que fueron vistas por última vez y las pericias realizadas, establecimos que fueron secuestradas en sus viviendas y transportadas con vida a otro lado. Las tres le abrieron la puerta al asesino, era conocido de las víctimas o le tenían alguna forma de confianza. Su fuerza física nos llevó a establecer que era un hombre. Ninguna forma de violencia en las viviendas, ni faltantes de valores, no lo hace por dinero.

—Lo sé —interrumpió Aurelio.

Miguel lo miró interrogante, de todas maneras prosiguió.

—De acuerdo con las autopsias las reduciría con alguna forma de narcosis vía aérea, probablemente cloroformo. Las mantenía con vida unas pocas horas desde el momento del secuestro.

—Un hombre metódico, diligente y apurado —acotó Aurelio— ¿Por qué pensás que las abandona relativamente rápido?

Miró al hombrecito, confiaba en él, pero sentía que sabía mucho más de lo que le contaba, y él necesitaba toda la información posible, para llegar al asesino, para salvar a Letizia.

Aurelio batió las palmas en la cara de Miguel.

—Hola, hola, ¿estás ahí?

—Sí, está bien, perdoname.

—Te decía, las abandona con rapidez porque ellas no son fines en sí mismos para él, sino medios para algo superior.

Miguel movió la cabeza afirmativamente y por un momento el pequeño hombre, más allá de la fragilidad de su aspecto, ya no le pareció tan indefenso, su mente parecía escarbar en la misma cabeza del asesino. Miguel le pasó un nuevo cigarrillo y prendió uno para él. Las nubes de humo agregaron una cuota londinense a la escena.

— ¿Qué es lo superior para él? — interrogó Miguel con ansiedad.

Aurelio se tomó un tiempo para responder, parecía que la pausa le agregaba importancia a sus propios ojos.

— Está en sus sueños, Miguel, está en sus sueños — repitió, al tiempo que aspiraba profundamente una pitada de su cigarrillo.

Las colillas se amontonaban en el cenicero, las tazas de café iban y venían en la pequeña mesa.

— Quiero más detalles — inquirió Aurelio.

El mozo trajo más café y vació los ceniceros, hubo un momentáneo silencio.

— Querés saber todo.

— ¿Tenés alguna otra cosa más urgente que hacer ahora, que tratar de entender a ese hombre?

Miguel lo escuchó en silencio, la imagen de Letizia se recortó en su mente.

— En los tres casos las mujeres fueron desvestidas y vueltas a vestir en vida, esto se estableció por varios detalles. No hubo violencia sexual.

— Sí, algunos asesinos guardan pedazos de sus víctimas — acotó Aurelio —, no es este el caso.

La reflexión del pequeño hombre hizo correr un escalofrío por el cuerpo de Miguel.

— Todo muy extraño — agregó Miguel.

— No es extraño, está expresando sus deseos más profundos.

Miguel lo miró interrogante.

— ¿Acaso no creés que tuve deseos de medir un metro ochenta para poder agarrar a un hombre del cuello y darle su merecido? —Dio una larga pitada a su cigarrillo y prosiguió con voz grave—: Todos tenemos nuestros sueños.

Luego prosiguió:

—Finalmente, cuando ya tuvo a Letizia, te llamó a tu casa, bien, ¿y qué te dijo?

Miguel se sorprendió por la afirmación y lo interrogó nervioso.

— ¿Cómo sabés que me llamó?

Aurelio sonrió brevemente y apagó su cigarrillo en los restos del café.

—Un hombre así llama a su cazador. Es más fuerte el desafío del combate que su instinto de conservación. Ahí radica su debilidad.

Miguel le contó las llamadas, los desafíos por lo que había tenido que pasar y su estado de angustia por Letizia. La noche se retiraba de la estación de trenes y encontraba a los dos hombres entremezclados con pocillos de café vacíos y ceniceros colmados. Aurelio estaba recostado sobre la mesa en un sueño liviano, su joroba era una montaña en plena evolución. Miguel lo miraba con los codos apoyados y las manos en la cabeza; parecían dos hombres luego de una noche de juerga. Miguel se levantó despacio para no molestar al hombrecito. Este parecía transportado muy lejos.

—Ya te escuché, ¿te vés?

—Sí, tenés todo en tus manos —Aurelio lo miró aún somnoliento. Luego agregó—: Estás muy estresado, a propósito, el 21 de junio, hay un concierto interesante en el Teatro Argentino, sería bueno que vayas, como lo hacías antes. Un poco de música clásica te va a distender.

Los hombres se despidieron en silencio.

## Capítulo veintitrés

Para él todo estaba animado.

Marcos Marques, en su casa, realizaba preparativos para su proyecto final; sostenía un té en su mano derecha, enguantada. Observaba con ternura los diversos elementos dispuestos. Un impecable traje de etiqueta estaba recostado sobre el sofá cama. Unas cajas con balizas a batería se encontraban en un sillón. Una botella de champán colocada en una delicada canasta de mimbre. Una pequeña mesa de fina madera, dos sillas haciendo juego, un mantel de hilo. Dos candelabros de plata con grandes velas estaban colocados sobre un aparador. Marcos terminó de repasar con la mirada y se sintió plenamente satisfecho. Luego descorriendo un lienzo observó el cuadro terminado de “Las Tres Gracias”, era una buena obra. Pensó que había conseguido finalmente la misma carnación viva que había logrado su maestro espiritual, Rubens. Lo volvió a tapar. Todo iba tomando su lugar como en un rompecabezas inexorable y satisfactorio. Pensó en Miguel y sonrió. Letizia se hallaba sedada en un cómodo sillón, y no participaba de la alegría del hombre. Esa noche la furgoneta realizó más de un viaje hasta la zona de las calles 7 y 49, llevando todos los elementos que había preparado. La madrugada lo encontró a Marcos extenuado y satisfecho.

El teléfono de línea de Miguel resonó inquieto. Este corrió rápidamente para atenderlo volteando una silla en el camino.

—Hola, ¿Mendoza?

—Equivocado —Le contestó una breve risita.

— ¡Usted!

—Sí, ¿acaso no esperaba mi llamada?

— ¡Sólo quiero que suelte a Letizia y se entregue!

—Los dos sabemos que eso no va a suceder. Hay que saber respetar los tiempos del impedimento.

Miguel resopló maldiciendo.

—Todo tiene su tiempo Miguel, todo vuelve a su origen, a su centro. Tiempo de robar el propio tiempo.

—No sé qué quiere decir. ¿Qué es lo que quiere ahora?

—Simplemente que esté abierto a nuevas experiencias, hasta ahora se ha portado bien. Quiero que siga así, de esta manera podremos llegar a un arreglo.

Miguel recordó las pruebas por las que había tenido que pasar y tragó saliva.

—Quiero una prueba de vida de Letizia, de lo contrario no obtendrá nada más de mí.

—No está en condiciones de exigir nada, pero si cumple, le daré con gusto una prueba.

Miguel reflexionó, ¿quién estaba más loco de los dos? El asesino ordenándole cosas o él obediéndole ciegamente, en lugar de que actúe Mendoza con toda su experiencia.

—Miguel, ¿aún está ahí?

—Sí.

—Deje de pensar tanto y actúe por favor. Ese es el mal del mundo, pensar y no actuar.

Miguel con rabia le gritó al teléfono:

— ¿Por qué me hace todo esto?

Marcos, acariciaba el suave pelo de Letizia con su mano enguantada.

—Ya nadie le presta mucha atención a nada. Nadie se interesa por los demás. Quiero que usted se interese por mí. Quiero edificar en usted un odio auténtico, sincero.

—Usted está loco.

—Tal vez —replicó Marcos.

—Concentrémonos Miguel, por favor. Esta noche a las veintidós horas espere en el andén de la estación, alguien bajará del tren y lo contactará. Adiós.

Miguel colgó el auricular y se sentó. No podía más que esperar. De todas maneras el tic tac de la fecha límite para la aparición de una nueva víctima proseguía corriendo ajeno a todo, y ¿cuál era la fecha límite para Letizia?

Cuando Miguel arribó a la estación de trenes ya casi eran las veintidós horas. Hacía frío y no había mucha gente, algunos vendedores ambulantes se entrecruzaban por las inmediaciones. No vio a Aurelio. Mejor así, pensó. No necesitaba en ese momento que el hombrecito se enterara de lo que estaba ocurriendo. Olor a panchos recalentados, papa fritas aceitosas y hamburguesas grasientas inundaba el lugar; una vez había comido en uno de los carritos con lamentables resultados. Era para hígados muy buenos, reflexionó. Finalmente un tren estaba arribando desde estación Once. Se puso en alerta y comenzó a observar detenidamente a los pasajeros que bajaban, ¿quién sería el que lo contactaría? Un hombre de traje, fornido y de gesto serio se dirigió a él. Miguel lo evaluó, sería un contrincante difícil en caso de intentar algo. El hombre le preguntó:

—Por favor, ¿la parada de taxis?

Miguel lo miró con sorpresa y apenas atinó a señalar la salida de la Estación.

—Sobre calle uno, por esa puerta, se va a dar cuenta enseguida.

—Gracias —. El sujeto se retiró rápidamente.

Miguel quedó algo desorientado, su olfato le había dicho que ése era su contacto y el individuo se había dirigido a él. Quedaban pocos pasajeros y Miguel se encontraba confuso. De pronto alguien, desde sus espaldas, lo tomó del brazo con familiaridad y lo hizo avanzar.

—Vamos.

Miguel instintivamente miró a su costado para ver quién lo tomaba del brazo con tanta confianza y pudo ver a una joven mujer que lo miraba sonriente.

—Soy Marina. Vos sos Miguel. En la foto parecés más joven.

Miguel sobreponiéndose a la sorpresa, se detuvo, la miró detenidamente e interrogó:

—¿A dónde vamos?

La muchacha volvió a sonreír con frescura, mientras acomodaba un bolso que traía al hombro.

—A tu departamento, por supuesto.

La noche se consolidaba en oscuridad e interrogantes. Un taxi los llevó hasta el departamento. Apenas entraron Miguel se dirigió a su revólver, lo descargó y lo guardó bajo llave. Ella lo miraba en silencio con una media sonrisa.

—Como quieras, igual, no era necesario. Lo que sirve está en este bolso.

La muchacha lo arrojó al piso del living y se dirigió al baño.

—Me daré una ducha, me hace falta entrar en ambiente.

Miguel observaba a la joven y sintió que era un mero espectador.

—No sé que pensás hacer, pero no cuentes conmigo.

La joven rio divertida detrás de la puerta.

—No pasa por pensar o decidir, vos y yo recibimos órdenes, sólo eso cuenta.

Y sintió que tenía razón; todo este tiempo desde que el asesino tenía a Letizia sólo se había limitado a obedecer, por otro lado no había avanzado en la investigación, el asesino lo tenía hipnotizado. Pensó en llamar a Mendoza, ¿pero qué ganaría? Sólo poner en peligro a Letizia. Decidió que era mejor que los acontecimientos se fueran desarrollando. Cerró la ventana, no quería de ninguna manera que lo que pudiera llegar a ocurrir con esa mujer llegara a trascender.

La joven salió secándose el pelo con resolución no tenía nada puesto. Miguel no pudo dejar de observar su cuerpo moldeado, sus pechos erguidos apuntándole como una silenciosa provocación. El vello pubiano no existía por debajo de un estómago chato y trabajado. Miguel no podía dejar de mirarla.

—De todas maneras, yo y Letizia...

—Ya lo sé —interrumpió Marina—. Sólo son órdenes. Miralo así.

La mujer se dirigió a su bolso, sacó una cámara y un trípode, luego fue al dormitorio y los instaló enfocando la cama. Miguel la siguió, sin aliento; su cabeza daba vueltas, y su deseo luchaba con la fidelidad a Letizia.

—No tenés que hacer nada, dejame a mí.

Miguel rechazaba la idea, pero esa mujer era una trampa que lo iba consumiendo minuto a minuto. Ella arrodillada en la cama era un llamado del instinto. Miguel aún dudó un momento más.

—Pensá en Letizia, si la querés recuperar.

Miguel avanzó lentamente, en su cabeza luchaba la imagen de Letizia, pero también la posibilidad de que el asesino la matara. La joven con lentitud le fue quitando la ropa. Miguel sintió que estaba perdido y que ya no tenía poder de decisión, el deseo y la amenaza formaban una combinación extraña que lo superaban.

—Recostate —Marina con autoridad lo empujó.

Del bolso salieron dos pares de esposas. Miguel las miró con aprehensión. La mujer sonreía ahora con un marcado deseo en el rostro. Por un momento se dirigió al foco de la cámara y las esgrimió como ante un espectador invisible. Luego se las colocó en ambas muñecas y las cerró al respaldo de la cama. Miguel sintió que no podía hacer otra cosa que dejarse llevar por su ocasional compañera. Probablemente el asesino estuviera observando todo a través de esa cámara. Miguel miró el foco, y pensó en insultar, impotente por la situación.

## Capítulo veinticuatro

Y todas las almas eran una.

Una voz en off resonó en la habitación.

“Letizia no está mirando, sería deshonesto de parte mía”.

Miguel reconoció la voz, tensó sus brazos y las esposas se hundieron en la carne, un gesto de dolor tergiversó su rostro.

“No tiene que dañarse Miguel, trate de disfrutar el momento, ¿acaso esa mujer le resulta desagradable?”.

Miguel dudó en contestar, finalmente guardó silencio. La bella muchacha se subió sobre sus piernas y este se debatía entre el deseo y el recuerdo de Letizia.

“No quiero interrumpir la intimidad. Hasta luego”.

Miguel sintió que quedaba a solas con esa mujer y con sus instintos, en su cabeza racional estaba presente Letizia y esto le producía un dolor visceral que se mezclaba con los deseos de poseer a esa muchacha.

La joven se dirigió con decisión al sexo de Miguel y lo introdujo en su boca, luego comenzó a lamerlo mientras con sus manos acariciaba el miembro en toda su extensión, sus ojos transmitían deseo y se fijaban en los de él. El pene de Miguel tomó una rigidez que le hizo olvidar la situación en que estaba y poco a poco, a su pesar, se fue desconectando su faz racional, surgiendo su parte más instintiva.

Miguel respiraba agitado, el deseo iba creciendo en él y deseaba penetrar a esa muchacha en ese mismo momento. Ella adivinando su pensamiento se sentó sobre su sexo y con una mano lo introdujo con un rápido movimiento. Miguel sentía contradictorias sensaciones, su conciencia luchaba con el placer que lo colmaba. La muchacha galopaba con suavidad, luego fue llevando sus manos hacia el pecho de Miguel, a la vez que sus labios buscaban su piel. Miguel no recordaba haber estado tan

excitado y se sintió culpable por ello, tal vez la rutina con Letizia lo había llevado a dejar de lado la sorpresa, la improvisación, y ahora con esta mujer manejada por el asesino se sentía pleno. La joven fue llevando sus manos hacia el cuello de Miguel, a la vez que proseguía moviéndose rítmicamente. Él llegaba al clímax y la muchacha jadeaba satisfecha. Nuevamente las manos de ella sobre el cuello del hombre se fueron cerrando con determinación. La falta progresiva de oxígeno transportó a Miguel a un estado de placer que nunca había experimentado.

—Apretá más. Apretá más —. Las palabras de Miguel salían entrecortadas de su boca, sus puños cerrados hacían blanquear los nudillos.

Ella le sonreía y mantenía la presión mientras seguía cabalgando sobre el placer del hombre. Miguel iba perdiendo la conciencia, pero a medida de ello, su placer aumentaba en un círculo vicioso y mortal. Por momentos trataba de rebelarse, por otros quería terminar con todo a través de ese placer supremo y letal. Sin querer y sin saber siquiera que eran sus propias palabras Miguel se escuchó gritar:

—Apretá más. Apretá más.

La joven tomó impulso y comenzó a oprimir con más fuerza el cuello de Miguel.

“Basta”.

La voz resonó seca e imperativa en la habitación. La joven no parecía haber oído, tampoco Miguel.

“Basta”. Nuevamente la voz.

Ella aflojó la presión y al mismo tiempo lo desmontó. Él estaba seminconsciente, con las muñecas sangrando por la presión de las esposas. Poco a poco Miguel recobró la conciencia, la joven ya se estaba vistiendo. Él se dirigió a la cámara.

“¿Por qué no dejó que me matara?”.

“¿Qué apuro tiene en morir Miguel? Hay que respetar los tiempos”.

A Miguel le pareció percibir una breve risa. Observó a la joven aún con deseo, la vio tomar su bolso, levantar la cámara.

— ¿Nos volveremos a ver?

La joven lo miró con ternura, luego con una voz fría le contestó:

— ¡No!

— ¡Sacame las esposas!

La muchacha ya desde la puerta le sonrió con indiferencia.

— Ya vendrán por vos — Y se fue.

Mendoza llegó solo al departamento, quedando su gente en el pasillo del edificio. Encontró a Miguel en la posición que lo había dejado la joven y llorando. Lo tapó rápidamente con una sábana y le dio de beber un vaso de agua. Miguel lo interrogó con la mirada.

— Me enteré por una llamada anónima y vine lo más rápido que pude.

Lo liberó de las esposas con su propia llave. Miguel observó sus muñecas heridas y luego recordando a Letizia se sintió avergonzado de haberla traicionado, de haber gozado tanto con otra mujer hasta pedirle que lo matara. Por la ventana del departamento la noche se desplazaba por toda la ciudad, buscando tal vez con esperanza el nuevo amanecer.

Marcos volvió a ver por quinta vez el último video de Miguel, la joven casi lo mata por asfixia erótica. No se lo había mostrado a Letizia, no era su estilo. Ella vivía prácticamente sedada, no habría entendido mucho. Puso en el equipo de música a Vivaldi, luego se colocó el guante de cuero marrón, tomó el cuadro ya terminado, lo abrazó sobre su pecho y se recostó en su sillón. Cerró los ojos y trató de dormir. Vivir

en la cabeza. Pensar. Sólo pensar. Ya está. Cerrar los ojos o no cerrarlos. Da lo mismo. Vivir en la cabeza, el olor a pintura, el olor de la pintura sangre, vivir en la cabeza, cerrar los ojos o no cerrarlos, da lo mismo. Rubens, Vivaldi, la Carnación viva de Las Tres Gracias, vivir en la cabeza, cerrar los ojos o no cerrarlos. La Plata, el centro de La Plata, la periferia de La Plata, los mendigos, los aguafiestas. La Catedral, las estatuas, vivir en la cabeza, cerrar los ojos o no cerrarlos, Rubens, la gota que carcome su voluntad, su mano, el guante de suave cuero marrón de Rubens, el Banco, la caja del Banco, el cambio, las monedas, el Coliseo Romano, el centro del Banco, los clientes, ser aplaudido, aclamado. Té del mediodía, vapor humeante en la nariz, nariz entintada, enlutada de tanta rutina, indiferencia. Vivir en la cabeza o no vivir. Coliseo romano, espada en la mano derecha, porque finalmente la gota vence su mano, su voluntad, su talento, no su hombría. Vivir en la cabeza o no vivir. Pensar o no pensar. Cerrar los ojos o no cerrarlos. Da lo mismo. Vivaldi, “Las Cuatro Estaciones” en este orden: invierno, otoño, verano, primavera, vivir en la cabeza o no vivir, cerrar los ojos o no cerrarlos, da lo mismo. La transformación.

En otra parte de la ciudad, esa madrugada, sentado en un banco de Plaza Moreno; apenas tapado con un sobretodo liviano, Miguel, con la mirada perdida y un cigarrillo colgando en los labios trataba de ordenar sus ideas. Una fina lluvia enmarcaba la escena que se diluía entre las sombras menguantes.

En el mirador de la Catedral ubicado en la Torre de Jesús, una pequeña figura encorvada observaba en silencio, luego se escurrió entre las sombras por una escalera lateral.

Cuando ese día Miguel entró a la oficina de Mendoza lo encontró ojeroso, una pastilla antiácida terminó su vuelo en la boca del Comisario seguida de un trago de agua. Los hombres se miraron en silencio. Miguel dejó el grueso expediente y el mapa en la mesa, luego al momento en que se sentaba dijo:

—¿Tenés algo nuevo?

—No. ¿Y vos?

—Supongo que la certeza de un próximo asesinato el 21 de junio.

—A esa conclusión llegamos hace rato Miguel —interrumpió algo molesto Mendoza—, redoblé las custodias en todas las plazas, de civil; sobre todo nocturnas. Aunque no creo que vuelva a usarlas, sería demasiado previsible.

Miguel lo miraba en silencio, pensativo. Mendoza prosiguió acomodándose en el sillón.

—Supongo que estás concentrado en Letizia.

—Sí, de todas maneras si me bajoneo no la ayudo.

Mendoza trató de no seguir ese tema.

—Controles, seguimientos, ¿qué otra cosa puedo hacer sino cubrir todas las posibilidades?

—Está bien —prosiguió Miguel, al tiempo que prendía un cigarrillo— nunca hubo algo concreto para anticiparlo.

Mendoza se paró y miró a Miguel directamente a los ojos, cargados de angustia.

—¿Por qué es tan difícil, Miguel?

Miguel de pronto sintió la vieja cicatriz reptar por su cuello, sobresaltada.

—Porque está en sus sueños.

El Comisario se sentó y pareció hundirse en su sillón detrás del escritorio. En sentido contrario la montaña de papeles parecía aumentar de altura en un juego óptico trágico. Luego habló, a pesar de recordar que Letizia estaba cautiva:

—Entonces no tenemos alternativa hasta después del próximo asesinato, aunque ya será tarde.

—Tal vez sea tarde para mí. Pero no para este caso —interrumpió Miguel—. Dame un teléfono celular y un Handy, quiero llamarte desde cualquier lado y a cualquier hora, queda poco tiempo.

Miguel apagó su cigarrillo a medio terminar y salió nuevamente con el expediente, el plano de la ciudad iba enrollado bajo su brazo. Esa noche se instaló en su departamento. El mapa entrecruzado con líneas de todos los colores parecía henchido de venas, colgado lo miraba desde la pared del living. El expediente estaba subrayado con fibra roja. Varias fotos, bocetos y apuntes, se entremezclaban sobre la mesa. El Handy policial relataba las noticias de la calle, de la ciudad, detenciones, pedidos de paraderos, persecuciones. La vida en directo. El revólver lucía limpio y lubricado sobre el aparador de la cocina. Así la tensión de la selva se puede medir en el lomo de una pantera negra agazapada en lo profundo de la noche.

## Capítulo veinticinco

Cuando el niño era niño,

ese día Marcos Marques se levantó de su cama, se dirigió al baño y se lavó la cara. Se secó meticulosamente el rostro y las manos, al tiempo que observaba como todos los días, en una ceremonia repetida, la vieja quemadura de su mano derecha. Le pasó la lengua como un perro abandonado. Fue hasta el living, llevaba un té con galletitas. La media mañana del 21 de junio se desplegaba a pleno sol. Había tomado el día en el Banco, con la excusa de un viaje de placer. No le habían hecho objeciones, era un muy buen empleado, nunca pedía nada. Eso ahora le servía. Sonrió al pensarlo y observó con satisfacción el impecable smoking colocado cuidadosamente en el sofá cama. Al lado del traje de etiqueta, como una nota disonante, se veía un overol de mecánico color azul y unos zapatones gruesos y viejos, con tierra de muchas plazas en las suelas. En el otro extremo del living, en un lugar reservado había un vestido de noche color negro, con unos exquisitos zapatos de taco alto. Reflexionó que ese día tenía mucho por hacer aún, pero no se sintió acobardado por la tarea. Muy por el contrario la idea lo entusiasmaba sobremanera. Mentalmente repasó los elementos que había transportado en varios viajes la noche anterior. Se sintió satisfecho. Luego cambiando imágenes mentales repasó los elementos que lo aguardaban en la amplia furgoneta, también estuvo conforme. Se sirvió otro té, se colocó el suave y largo guante de cuero marrón, fue hasta el equipo de música y “Las Cuatro Estaciones” de Vivaldi comenzaron a inundar el living, en un ciclo renovado una y otra vez. En la mesa de la cocina había un sobre lacrado y un cofre de metal oscuro cerrado con llave.

Ese mismo mediodía y de común acuerdo, Miguel y el Comisario se habían establecido en el departamento del primero como base de operaciones. Habían desplegado planos en las paredes, archivos; tres celulares esperaban llamadas titilando en la mesa del living. Dos Handy transmitían en frecuencias distintas las actividades de la policía en la calle y en las bases, las denuncias a las cuales acudían los patrulleros, los sospechosos que eran identificados. Un televisor encendido con noticias locales. Las redes de pesca eran amplias y estaban dispuestas. Los ojos de la ciudad se concentraban en el departamento de Miguel y de ahí partían hacia todos los puntos. Ambos sabían que el hombre era extremadamente astuto y no cometería errores. El gato había optado por refugiarse debajo de la cama, no estaba acostumbrado a tanta actividad. Se sentaron a la mesa del living con jarros de café y provisión de cigarrillos. Miguel había agregado en una pared las fotos de los tres cuerpos, y la del vitral que encontró en lo de Lautaro. Mendoza atento a los Handy esperaba con ansiedad una llamada de su gente. De vez en cuando agarraba un transmisor y daba órdenes de reforzar la custodia en alguna plaza determinada, corría de lugar una vigilancia, más por rutina que por la convicción de lograr algo. La impotencia se le dibujaba en el rostro.

Cada minuto que pasaba sin novedades los intranquilizaba. Sentían que se deslizaban hacia un desenlace fatal. Los dos pensaban en Letizia, pero ninguno hablaba sobre el tema temiendo romper una especie de encanto. Se percibía la calma que precede a la tormenta. Tal vez íntimamente los hombres querían que ocurriera todo de una vez y no tener la incertidumbre de esa espera. Poco a poco, Miguel comenzó a replegarse dentro de su mente, dejó que Mendoza se concentrara en las órdenes de último momento, en las estrategias de la calle, con los patrulleros, los servicios. Hablaba en voz alta, reflexionando:

—Tres cuerpos, tres plazas, tres estaciones del año. Las posiciones de las víctimas, el vitral de Rubens, un artista trágico y letal, pero artista al fin.

Miguel se incorporó y fue hasta la ventana, se puso a mirar hacia fuera a través del vidrio. Mendoza lo comenzó a observar intrigado en medio del estrépito de los Handy y el noticiero del televisor.

—Se terminaron los tiempos del impedimento. Todo tiene su ciclo, todo vuelve a su centro, a su origen, ¿no es cierto maldito?

El Comisario proseguía observando y escuchando a Miguel, había bajado un poco el volumen de los transmisores y del televisor, los celulares seguían sobre la mesa esperando una llamada salvadora. De pronto, Miguel, volviéndose hacia Mendoza y con el rostro cambiado lo interrogó:

— ¿Dónde elegirías tus víctimas?

El Comisario lo miró y ensayó una sonrisa, pero se dio cuenta de que hablaba en serio y contestó:

—No lo sé.

— ¿No las elegirías en un lugar que no despertaras sospechas? ¿Buscándolas al azar?

—Sí, tal vez.

—Por supuesto —dijo Miguel, regresando la vista a la ventana y apoyando ambas manos en el vidrio intentando ver más allá.

Unos instantes de silencio y de repente Miguel volvió a interrogar.

— ¿Dónde puedo relacionarme con alguien sin despertar sospechas, dónde puedo conseguir un domicilio aunque no me lo quieran dar? ¿Dónde puedo elegir víctimas que no tengan ninguna relación entre sí?

Mendoza continuaba observando a Miguel, este se dio vuelta y se acercó a él.

— ¿Dónde Comisario?

Mendoza guardaba silencio reflexionando entre serio y sorprendido por el planteo. De pronto había vuelto a la ventana y parecía querer entrever un rostro en el vidrio. Hubo un momento de silencio entre los hombres, entrecortado por los transmisores que seguían dando novedades de denuncias e identificación de sospechosos. El canal de televisión pasaba noticias de interés nacional.

—Creo que las elige en algún lugar de atención al público. Estoy seguro de que nuestro hombre atiende público. Algún negocio, o tal vez una oficina.

Mendoza estaba pendiente de las palabras de Miguel.

—Es una intuición, pero no tenemos nada mejor.

El Comisario se aferró también a la idea y pensó cómo manejarla. Miguel lo interrumpió en el pensamiento.

—Las tres eran empleadas, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Mendoza.

—Fijate en los expedientes, en los informes. Repasemos los lugares de trabajo.

El Comisario tomó un fibrón rojo y comenzó frenéticamente a repasar las hojas del grueso expediente, iba subrayando aquí y allá, cada vez con más decisión. Miguel seguía mirando por la ventana, como en un trance.

—Tiene que haber un punto en común en esas tres mujeres tan distantes entre sí.

Mendoza terminó de buscar y subrayar, anotó algo en una libreta de apuntes y finalmente con una expresión de asombro miró a Miguel. Este proseguía observando la ciudad con las manos apoyadas en el vidrio como queriendo atrapar una verdad y con mirada interrogadora se dirigió a Mendoza:

—Hay un punto coincidente, ¿no?

El Comisario pareció reaccionar y dijo con voz entrecortada por la emoción.

—Las tres realizaban operaciones diariamente en distintos bancos de la ciudad.

Miguel no abandonó la ventana. Mendoza, reaccionando, tomó uno de los celulares y llamó a su grupo de trabajo, ya eran las trece horas de esa soleada tarde.

—Quiero dos oficiales en cada banco de la ciudad. Ningún empleado deja su trabajo, nadie se retira a su domicilio, nadie sale para comer. Quiero listados completos del personal de todas las entidades bancarias de la ciudad, desde el gerente hasta el que barre. Los legajos personales de todos, con sus fotos, antecedentes, informes médicos, internaciones psiquiátricas.

Cortó la llamada e hizo otra:

—Comunicate con el Fiscal, con el Juez y la Distrital La Plata.

La maquinaria parecía haberse puesto en marcha hacia un objetivo concreto, pero Miguel no demostraba estar muy seguro de nada.

—Nosotros vamos a recorrer personalmente algunos bancos —dijo el Comisario.

Miguel lo acompañó en silencio. El auto comenzó a desgranar las diagonales a gran velocidad.

—¿Por dónde empezar?

—Supongo que por el Banco Provincia Casa Matriz—respondió Miguel.

## Capítulo veintiséis

no sabía que era niño.

Cuando llegaron al Banco vieron a la policía de refuerzo disimulada de civil entre el público, notaron que las salidas también eran vigiladas. El grupo policial ya tenía en su poder los listados de personal. Mendoza interrogó a uno de sus hombres y comprobó con satisfacción que todas las medidas de prevención ya funcionaban, pero aún no se había establecido en qué bancos las víctimas hacían operaciones. Ante la duda el Comisario había cubierto todas las posibilidades. Miguel tenía sus propios pensamientos y sentía que cada minuto que pasaba era inapelable y que más allá de la convicción de que el hombre podía trabajar en un banco, cuando llegaran a establecer algo concreto sería tarde. El recuerdo de Letizia se instaló en su mente y tuvo que hacer un esfuerzo para no desfallecer. Mendoza proseguía a través del celular y el Handy estableciendo controles. Era todo lo que tenían hasta ese momento.

—Voy a caminar un poco, cualquier cosa estoy en el celular.

Mendoza sabía lo que eso significaba. Necesitaba su cuota de soledad para conectarse con la parte inexplicable de su mente, su parte cazadora.

—Está bien —respondió Mendoza tomándolo del hombro.

—Pero quiero que estés cerca, gracias a vos lo estamos rodeando.

—Aún no estoy seguro de nada —respondió Miguel, alejándose por la vereda.

El sol daba de lleno en la ciudad, eran las dos y media de la tarde y aún no había novedades. Estaban comenzando a enfriarse los ánimos de los pesquisas. Miguel desandaba la ciudad en busca de signos, de referentes. En los bancos que había visitado no había encontrado nada en particular, los pocos legajos que había visto no habían arrojado ninguna pista. En la urgencia nada se podía analizar con detenimiento, salvo que surgiera algo realmente importante. Miguel llegó al banco de 7 y 54, le llamó la

atención la rica arquitectura del edificio, las grandes columnas de ingreso, la puerta de acero de doble hoja que franqueaba el paso. Cuando ingresó por la escalinata sintió que adentro estaba un poco oscuro. El hall central era circular, con un importante balcón en el primer piso. Por un momento le vino a la mente la imagen de un coliseo romano. Sonrió por la ocurrencia y se dirigió a los dos oficiales que estaban a cargo del control del lugar y del dispositivo de emergencia montado. Cuando iba llegando a la parte central del hall comenzó a sentir una sensación de aprehensión inexplicable. Percibió una claridad a la altura de los zapatos, miró el piso y vio los rayos del sol jugar en los llamativos cerámicos. Una luz coloreada venía directamente desde arriba. Con curiosidad creciente levantó la cabeza y miró hacia el techo central. Había una cúpula, artísticamente trabajada y en el medio un hermoso vitraux de ricos y variados tonos. Se sintió paralizado, al mismo tiempo experimentó la sensación de flotar, no sentía las piernas. Las imágenes de tres mujeres desnudas, en tres posiciones distintas, entrelazadas a la altura de los brazos, jugaban con el sol. Se quedó mirando por unos instantes y no atinaba a reaccionar. Finalmente, visiblemente emocionado, corrió hasta los oficiales, al tiempo que sacaba su celular y marcaba el teléfono.

—Mendoza, te veo en el Banco de 7 y 54, después te explico.

Más tarde en una oficina, a puertas cerradas, estaban reunidos el Gerente, el Comisario y Miguel. Varios legajos del personal ya habían sido revisados y estaban diseminados sobre el escritorio. Seguían buscando puntos claves.

Al fin el Gerente habló:

—El único que faltó hoy porque estaba con permiso por viaje es el cajero Marcos Marques —expresó con recelo—, pero no es motivo para dudar de él. Es uno de nuestros empleados más cumplidores. Meticuloso en su trabajo, no molesta a nadie y es muy reservado.

Miguel al escuchar esto sonrió al tiempo que decía:

—Acaba de describir al tipo de hombre que buscamos.

Sin salir de su sorpresa el Gerente les alcanzó el legajo de Marcos. Miguel y Mendoza miraron ansiosos. En una oficina cercana los demás policías entrevistaban al resto de los empleados, casi era la hora del cierre al público.

Miguel observó la foto, un rostro neutro, enmarcado con gruesos anteojos; el peinado con fijador. Percibió la tristeza de los ojos, el llamado de auxilio del hombre.

Se miraron en silencio.

—Necesitamos ya una orden de allanamiento para el domicilio —dijo el Comisario.

Miguel no podía apartar la vista de la foto del hombre. Ambos se incorporaron despidiéndose rápidamente del Gerente, que todavía no estaba muy convencido de nada ni parecía entender la gravedad de la situación.

Puestas al tanto de lo investigado las autoridades judiciales tuvieron con rapidez a disposición del Comisario la orden de allanamiento. La manzana completa de la vieja casona ubicada en la zona semicéntrica de la ciudad fue rodeada rápidamente y asegurado el perímetro en forma disimulada. Ya eran las cuatro de la tarde cuando llegaron con chalecos antibala colocados y armas en mano. Estaban ubicados estratégicamente sin que los pudieran ver desde la casa. Había un jardín delantero de unos cinco metros de largo, custodiado por una puerta de rejas y al costado una entrada de garaje con portón. Al fondo se observaba una puerta de madera. Al costado de esta se podía ver la puerta de un garaje de chapa.

—Un lugar muy conveniente —acotó Miguel.

—Por cierto —respondió Mendoza, acomodándose el chaleco antibalas.

Uno de los policías se acercó vestido de cartero y tocó timbre. El sonido se expandió, seco y fuerte. Esperaron unos breves minutos. Nadie abrió la puerta, no se veía ningún tipo de movimiento. El falso cartero volvió a tocar esta vez con insistencia. Transcurrieron unos minutos muertos. Entonces Mendoza miró a Miguel:

—Tenemos que entrar, no hay otra forma de proteger a Letizia.

Miguel apretó los dientes

—Lo sé.

El Comisario dio unas últimas indicaciones a sus hombres, éstos ya estaban preparados esperando su orden.

Mendoza por un momento pensando en Letizia dudó, pero no tenía alternativa:

— ¡Adelante!

Personal especializado abrió la cerradura de las rejas, rápidamente y cubriéndose arribaron a la puerta de madera. Estaban actuando contra reloj. Si el hombre estaba adentro ya habría advertido que estaban forzando el ingreso, había que actuar con rapidez. La puerta de madera se abrió con estrépito a consecuencia del ariete y los policías irrumpieron en el interior con las armas listas y cubriéndose con escudos antibalas. Mendoza y Miguel se adelantaron y recorrieron con la mirada alerta el amplio living: muebles antiguos, pesadas cortinas en las ventanas daban una sensación de detención en el tiempo, de aislamiento. Sus armas instintivamente apuntaron a una figura que se recortaba sentada en un sillón del fondo, parecía indiferente a toda la actividad. De espaldas a la entrada, sólo se alcanzaba a ver el cabello por la parte superior del respaldo. Ambos avanzaron por los dos lados del sillón y enfrentando la figura sentada la apuntaron. La sangre galopaba en las sienes de los hombres y las respiraciones aceleradas inundaban el recinto.

Finalmente bajaron las armas. Un maniquí ricamente ataviado con ropa masculina, y un largo guante de cuero marrón colocado en la mano derecha los miraba, cómodamente sentado. En la pared había fotos del cuadro de Rubens, “Las Tres Gracias”, se veían imágenes de las tres víctimas fatales, tal como habían sido encontradas en las plazas. Recortes de diarios daban noticias de los asesinatos. Miguel se acercó al maniquí, y retiró de su cara una mascarilla de oxígeno; una larga y fina manguera llegaba hasta una garrafa oculta detrás de un mueble. Miguel probó la llave, estaba cerrada. Apesadumbrado dijo:

—Letizia.

Mendoza lo tomó del hombro:

—Lo siento.

Miguel guardando el revólver le contestó:

—Aún no terminamos, los encontraré.

La voz del ex policía denotaba una furia contenida.

—Ahora entiendo algunas cosas —agregó Miguel al tiempo que se sacaba el chaleco y se lo devolvía a unos de los policías de los grupos especiales. Ya le avisaban que el resto de la casa había sido revisado por el personal.

—Sí, de todas maneras ahora que entendemos huyó —acotó Mendoza con desgano.

—Tanto esfuerzo para nada —agregó.

—No, no huyó —argumentó Miguel.

Acercándose al maniquí observó ahora con más detenimiento y aire pensativo el largo y suave guante de cuero marrón colocado en la mano derecha.

—No huyó —volvió a decir—, él no huiría, sigue preparando su sueño. Lleva mucho tiempo en esto y no se traicionaría. Está en alguna parte esperando.

— ¿Esperando qué?

—Aún no lo sé. No creo que haya dejado pistas, es muy astuto. Me voy al departamento. Estaré en el celular.

—Está bien —respondió Mendoza—, me quedo a supervisar el registro de todo.

—Tal vez no sea una buena idea difundir su foto ni la identidad, tiene a Letizia en su poder, si no la mató hasta ahora podría hacerlo si se siente acorralado. De todas maneras probablemente ya sepa que lo estamos buscando.

—Sí —agregó Mendoza preocupado.

Marcos acomodó la mascarilla de gas en el rostro de Letizia, que inconsciente se hallaba recostada en la parte de atrás de la furgoneta. La delgada manguera llegaba a una garrafa de gas. Se sentía acorralado y al límite de sus fuerzas. Había logrado huir de su casa con tiempo, pero sentía que su proyecto peligraba. Ahora sólo le quedaba tomar una decisión, seguir con el plan preparado o terminar. Pequeñas gotas de sudor corrían por su frente y se desprendían. Sus manos parecían haber cobrado decisión propia y se dirigían inapelables a la llave del gas.

## Capítulo veintisiete

Para él todo estaba animado.

Miguel se preguntó cuánto tiempo les quedaba y quiso pensar que siguiendo los casos anteriores secuestraría una nueva víctima al anochecer, luego de pocas horas la mataría, ¿como a las otras? También podría ser Letizia. El asesino no se había vuelto a comunicar, y él sentía que cada hora que pasaba tenía el peso de una sentencia. De todas maneras el hombre ya no contaba con su casa, ¿sabría que lo habían descubierto? ¿Que habían estado en su trabajo? Miguel dudó si toda esta información que ahora tenían les jugaba a su favor. Ese hombre con Letizia en su poder, ahora se mimetizaba en cualquier parte de la ciudad.

Llegó a su departamento, era media tarde. El celular alerta, los dos Handy policiales desgranaban a los gritos las oscuridades de la sociedad por todo el ambiente. Estaba cansado, vestido se recostó en la cama. Quedó sumido en un profundo e inquietante sueño. Al rato se despertó sobresaltado, se dio una ducha y fue al ropero por una camisa limpia. Cuando abrió la puerta del mueble se enfrentó con su viejo smoking. Recordó la sugerencia de Aurelio de ir al Teatro Argentino. En la urgencia que le tocaba vivir, el pensamiento le resultó absurdo y lo desechó rápidamente.

A las ocho de la noche llegó Mendoza con el rostro macilento. Fue hasta la cocina, regresó con un vaso de agua y se tomó un antiácido.

—Una casa amplia y cómoda para su tarea —observó el Comisario—. Hay pruebas para incriminarlo en los cuatro casos —agregó—, si es que lo encontramos.

—Lo encontraremos, Letizia está en su poder —acotó Miguel.

—Pintaba con sangre de las víctimas, seguramente los estudios de ADN van a corresponder. Traje algunos elementos que encontramos en la casa, ya fueron peritados y son parte del secuestro. Podrías darles un vistazo.

Mendoza le alargó una bolsa de nylon conteniendo varios objetos. Miguel la tomó con desgano y se puso a revolver el contenido: pomos de pintura, pinceles, varios CD. Uno de ellos llamó la atención de Miguel e interrogó a Mendoza.

—Estaba puesto en el equipo de música —respondió.

Miguel volvió a mirar el CD que tenía en sus manos reafirmando lo que veían sus ojos.

—“Las Cuatro Estaciones” de Vivaldi —se escuchó decir en voz alta.

Una alarma se prendió en el cerebro de Miguel, al tiempo que corría a la guía telefónica buscó frenéticamente un número y lo marcó.

—Teatro Argentino, buenas noches —lo atendió una voz femenina.

—La función de hoy, ¿a qué hora es?

— A las veintidós horas, señor, pero ya no hay más entradas.

—Está bien —replicó Miguel — ¿qué presentan hoy?

—Señor, le repito que no hay más entradas.

Miguel ya se exasperaba.

—Está bien señorita, de todas maneras simplemente quiero saber que presentan hoy.

Finalmente, la telefonista con evidente molestia y con un versito aprendido respondió:

—La orquesta estable del Teatro Argentino de la Ciudad de La Plata, interpretará hoy a las veintidós horas, “Las Cuatro Estaciones” de Vivaldi, y no hay más entradas, señor —remarcó el “señor” y colgó.

Miguel apartó con lentitud el tubo del teléfono de su oído y miró a Mendoza que lo observaba con curiosidad. Eran las nueve de la noche cuando Miguel sacó del ropero el viejo smoking, lo repasó y quedó aceptable. Se cambió con rapidez. Miró en el espejo

su pelo, optó por un poco de fijador en gel. Se colocó la faja. Fue hasta la cómoda del dormitorio, extrajo un cofre y sacó un pequeño catalejo de bronce, recuerdo de su padre cuando iban juntos a los conciertos. Luego tomó el revólver, comprobó la carga de cartuchos y guardó el arma en la cintura por debajo de la faja. Observó en el espejo el conjunto y se sintió satisfecho. Respiró nerviosamente y escuchó el teléfono en el living y a Mendoza que mantenía una conversación. Este después de hablar fue hasta el dormitorio y lo encontró enfundado en el traje de noche y le llamó la atención.

— ¿Quién llamó?

—Era el coordinador de los peritos y el médico forense. Tienen todo dispuesto, para actuar lo más rápidamente posible.

Mendoza leyó la desaprobación en los ojos de Miguel.

—Por ahora es todo lo que podemos hacer. Ya es muy tarde para neutralizarlo. Tenés que comprender que...

—Aún no es tarde —lo interrumpió Miguel, al tiempo que tomaba uno de los celulares comprobando la carga de batería del aparato y agregó—: Aún no.

Reflexionaba en voz alta mientras la imagen de Letizia venía a su mente.

— ¿A dónde vas? —interrogó el Comisario.

—Al Teatro Argentino, y voy a cometer un sacrilegio. Entraré al concierto con el celular prendido.

Cerró la puerta. Mendoza pensó que Miguel estaba totalmente fuera de control.

Marcos Marques exactamente a las 16:37 horas de ese 21 de junio se enteró accidentalmente de que lo buscaban. Trató de pensar si tal circunstancia lo sobresaltaba y llegó a la conclusión de que no. Se pasó a la parte de atrás de la furgoneta y con total

indiferencia y resolución se afeitó la cabeza y se colocó un discreto bigote postizo. Había tomado la precaución de hacerse lentes de contacto, esto le permitió prescindir de sus característicos y gruesos anteojos negros. Luego de los cambios producidos observó su obra en un pequeño espejo y se sintió orgulloso. Se le ocurrió pensar que ya no podría volver a su casa y esa circunstancia le transmitió una nueva y rara sensación de paz. Dentro del amplio y desolado estacionamiento del subsuelo del Teatro Argentino trataba de dormir. Todo estaba dispuesto según lo había planeado, ahora simplemente debía dejar transcurrir el tiempo. A las seis de la tarde, se despertó de buen ánimo aunque algo incómodo en la posición fetal que había adoptado para descansar. Comenzó con lentitud a vestirse, con esmero a pesar del poco espacio con que contaba. Cuando terminó observó el resultado en el espejo. El elegante smoking contrastaba con su reluciente calva. Las lentes de contacto le hicieron extrañar sus viejos anteojos. Sonrió satisfactoriamente y se sintió un hombre nuevo. Colocó el pelo en una bolsa y lo puso debajo del asiento del conductor, junto a la navaja que había utilizado. Se quedó unos minutos en silencio, reflexionando. Abrió un bolso, extrajo un mameluco azul de mecánico y se lo puso encima del traje de noche. Todo estaba dispuesto. Puso en marcha la furgoneta, le colocó una propaganda autoadhesiva de una lavandería. Cambió las patentes, y partió.

Cuando Marcos entró al departamento de Lautaro, observó que Letizia seguía dormida. Pensó que esto favorecía a sus planes, la joven estaba atada y amordazada, nadie la habría escuchado. Con esfuerzo la subió al baúl. Cuando el hombre salió del edificio de departamentos con su preciada carga no despertó ninguna sospecha en el vecindario. Rápidamente subió a la furgoneta. Dentro de su encierro Letizia, inconsciente, se bamboleaba con los virajes del vehículo; junto a ella y a un costado en una percha cuidadosamente colgado, un largo vestido negro de noche ondeaba al

compás de los badenes de la calle. Los vidrios polarizados de la furgoneta alejaban cualquier mirada indiscreta. Marcos a paso de hombre ingresó con su vehículo nuevamente al estacionamiento del subsuelo del Teatro Argentino. Miró con satisfacción la hora, las ocho y media de la noche. Aún no se observaba ningún movimiento de público en las inmediaciones. Descendió con cuidado el baúl y bajando por una explanada hasta un segundo subsuelo, ingresó por una puerta de servicio, caminó unos metros en las penumbras empujando el carrito con su carga, sobre el mismo, aún con la percha colocada iba el largo vestido de noche, arrastrándose por el viejo piso del túnel. Se ayudaba con una linterna de mano. De improviso comenzó a prender balizas que encontraba a su paso y que había llevado con antelación; en el oscuro túnel parecían luciérnagas subterráneas gigantes. Marcos observó el efecto del juego de luces en el túnel y miró su reloj, pensó que los músicos a esa hora de la noche estarían llegando al Teatro. Los intérpretes estarían en la parte superior sacando con lentitud y cuidado los distintos instrumentos, probándolos buscaban la perfección. Se imaginó al director de la orquesta en su camarín repasando el concierto. Todo para él. Se sintió poderoso y agradecido, la noche de La Plata giraba en torno suyo y a sus sueños. Siguió avanzando hacia su objetivo final, no tenía que atrasarse para que todo saliera según lo planeado. Sintió el traje un poco incómodo debajo del overol, pero sabía que era por poco tiempo. En la superficie la ciudad preparaba una velada musical, precisa y coincidentemente recibiendo al invierno real; precisa y coincidentemente con los anhelos de un hombre.

#### Capítulo veintiocho

Y todas las almas eran una.

Miguel llegó a la puerta del Teatro Argentino, subiendo las escaleras de dos en dos sin estar muy seguro de lo que buscaba, con más interrogantes que certezas. Por un

momento sintió que el revólver le abultaba por debajo de la faja, pero mirándose en un espejo en el hall comprobó que solo era una falsa impresión. Tanteó en uno de los bolsillos el celular y lo puso en función vibrátil. Había decidido no cometer un sacrilegio durante la función. Ya eran casi las nueve y media y el concierto empezaría a las veintidós. Miguel reunió a la guardia del Teatro y los puso sobre aviso de que estuvieran alertas a cualquier anomalía, pero con mucha reserva. Dio una descripción de Marcos; aunque no estaba seguro de nada, la intuición le decía que tal vez el hombre presenciaría el concierto. Con esa convicción y acompañado de dos guardias de civil, ingresó a la sala.

Un hombre calvo y de cuidado bigote, con impecable smoking se ubicó en un palco preferencial a último momento. Los músicos estaban terminando de calentar sus instrumentos y sus manos en un murmullo de notas encontradas. Miguel sentado con los guardias en la parte de abajo de la sala esperaba impaciente el comienzo del concierto. Sintió que tras la pared del fondo del escenario, en el edificio de la Comisaría Primera, se amontonaban todos los antecedentes del hecho que los ocupaba y semejaba una preparación de una gran partitura superior. En la sala se respiraba el aire de la contención previa, del suave murmullo del público que esperaba ansioso las primeras notas. Las luces de la araña central se fueron atenuando y las del escenario cobraron fuerza, se destacaron las figuras de los músicos y sus instrumentos. El hombre calvo se reacomodó en su palco, el concierto comenzaba y lo quería disfrutar. Las butacas de fina pana roja y la alfombra se perdieron en la oscuridad. Los músicos en silencio se pusieron de pie y recibieron al Director. Saludaron en conjunto, sonaron los aplausos entusiastas en la sala y luego reinó el silencio total. A una orden del Director los violines atacaron la primavera de “Las Cuatro Estaciones” de Vivaldi con decisión. Miguel por un momento y a su pesar se relajó, se dejó envolver por la música y sintió

que regresaba en el tiempo, cuando venía de la mano de su padre a escuchar los conciertos. Volviendo al presente contempló las innovaciones en el flamante edificio, la gran sala y pensó que el tiempo es inexorable, pero el teatro mostraba la misma majestuosidad de antaño. Despertando de un sueño volvió a estar alerta, se paró y fue hacia un costado, tomando del bolsillo el pequeño catalejo comenzó a buscar en la semioscuridad de los palcos, de las butacas la presencia del hombre. Recorrió con detenimiento y cualquier indicio. Por una puerta lateral se dirigió a la parte delantera y pudo observar a la sala de frente. La cercanía de la orquesta lo emocionó y hasta lo hizo pensar por un momento que todo era un mal sueño. Que el hombre no tenía nada que ver con ese ambiente, que no había venido a ese lugar y que lo suyo era un presentimiento disparatado.

Sintió a su lado al Comisario:

—Creo que entendí —le dijo—, hice copias de las fotos de Marcos y de Letizia y ya las están repartiendo a todo el personal de seguridad.

—No sé qué pensar —respondió Miguel—. Sólo es una corazonada, pero es lo único que tenemos.

Mendoza lo palmeó en el hombro y se dirigió a otro sector del teatro para coordinar los controles. Policías de civil patrullaban, disimuladamente, en busca de una nota disonante.

Miguel no se daba por vencido, volvió a repasar con el catalejo los palcos de la sala, su hombre si es que había acudido, no se mezclaría con el grueso del público. Por un instante enfocando un palco preferencial se detuvo en un hombre calvo de fino bigote que contemplaba absorto el concierto, aunque siguió de largo. Apartó el catalejo y mirando nuevamente la orquesta trató de ordenar sus pensamientos. Llegó el intermedio y Miguel, saliendo de la sala, se dirigió al foyer a despejarse. Estaba

desorientado y pensaba que se había dejado llevar muy lejos por su imaginación. De repente vio venir hacia él a Mendoza muy agitado.

—Tenías razón, está aquí. Encontramos la furgoneta en el estacionamiento del subsuelo, tiene las patentes cambiadas y una calcomanía de una lavandería falsa. Dentro había una bolsa con pelo y una navaja, probablemente se haya afeitado la cabeza, también encontramos un par de lentes negros.

Miguel ya no lo oía, la gente estaba volviendo a sus asientos; la segunda parte del concierto estaba por comenzar y todos ocupaban sus lugares con rapidez. Corrió con su catalejos en la mano por un costado de la sala y enfocó el palco donde había observado brevemente al hombre que le había llamado la atención, pero la butaca estaba letalmente vacía, comenzó el concierto y no fue ocupada. Mendoza llegó a su lado, Miguel señalando el lugar le dijo:

—Estaba en aquel palco, efectivamente tiene la cabeza afeitada, bigote y no tiene los lentes de la foto.

—Que cierren las salidas, no entra ni sale nadie —agregó Mendoza volviéndose hacia un ayudante que se hallaba próximo—. La furgoneta tiene una custodia discreta por si vuelve —agregó Mendoza.

Miguel no estaba seguro de las intenciones de Marcos ni dónde estaría Letizia, comenzó a recorrer frenéticamente todos los lugares. El Comisario hacía lo mismo. La orquesta ya desgranaba la segunda parte del concierto, comenzando con el Otoño. Miguel sintió con angustia que cada momento que pasaba sin encontrarlo estaba sentenciando a Letizia. Y no quería pensar en lo peor, no se lo podía permitir. No ahora. Tocó con su mano el bulto del revólver en la faja y deseó tenerlo en frente para terminar con todo aquello. Luego de revisar se reunieron con el Comisario en el hall.

—No salió —dijo Mendoza agitado.

—Tampoco está adentro —respondió con nerviosismo.

Miguel reflexionó en voz alta, al tiempo que el Comisario observaba hacia todos lados tratando de descubrir al hombre como si fuera a materializarse delante de sus ojos.

—“Las Cuatro Estaciones” de Vivaldi, “Las Tres Gracias” de Rubens. Los tiempos del impedimento, todo tiene su ciclo, todo vuelve a su centro. Las tres plazas equidistantes y circulares respecto a...Plaza Moreno. El centro. Los subsuelos del Teatro —dijo de pronto Miguel gritando y salió corriendo hacia las escaleras descendentes.

Cuando Miguel llegó al último subsuelo, intuitivamente se metió por la parte vieja del Teatro, la que había sobrevivido al incendio. También alguna vez la había recorrido de niño de la mano de su padre. Avanzó con lentitud al tiempo que sacó su revólver .38, revisó la carga y apagó el celular. Comenzó a avanzar examinando pasillos. Viejas escenografías se cruzaban en su camino como paisajes de planetas distantes. Fue hasta el fondo del depósito. Encontró una puerta disimulada. La empujó con decisión y comenzó a avanzar por un breve túnel desconocido, de pronto llegó a un recodo y al girar tomó precaución con su arma lista, y lo que vio lo dejó mudo de asombro. Otro túnel amplio y sólido, totalmente iluminado con balizas. Miguel aceleró el paso y se dejó ir sin precauciones ni refuerzos. Se dio cuenta que el tiempo se terminaba y no tenía el beneficio de la duda, Letizia dependía de él. Tenía la convicción de que estaba en el camino correcto. Arriba el público y la orquesta proseguían con el concierto ajeno al drama que se desarrollaba en las entrañas del Teatro.

## Capítulo veintinueve

Cuando el niño era niño,

mientras avanzaba con precaución Miguel instintivamente se llevó una mano a su vieja cicatriz y la apartó rápidamente tratando de olvidar viejos los fantasmas que lo asaltaban en ese momento. Temblaba mientras sostenía el revólver y su respiración sonaba descontrolada. De todas maneras siguió, el túnel era recto y con las balizas

perfectamente visibles, no habría forma de que lo emboscaran. Las paredes del túnel comenzaron a vibrar con sonidos metálicos que llegaban apagados. El ex policía reconoció las campanas de la Catedral. Prosiguió caminando con el arma enfocada hacia adelante, no estaba seguro hacia dónde se dirigía, pero calculó que estaba avanzando hacia la Plaza Moreno. Las balizas se sucedían alumbrando el laberinto casi con naturalidad, como si hubieran estado siempre allí.

Miguel vio en la distancia una puerta, comenzó a avanzar con lentitud, sentía retumbar el corazón en el pecho y su respiración era un sonido silbante en sus oídos. El revólver atenazado en la mano derecha se resbalaba en la transpiración. El miedo estaba presente, lo reconocía. Lo animaba el recuerdo de Letizia. Llegó hasta la puerta, estaba entornada. Se acercó con precaución y adelantando su arma la abrió de golpe.

La escena ahogó un grito en su garganta, mezcla de aprensión y asombro. Letizia elegantemente vestida de negro, sentada en una silla, parecía desvanecida. Ante ella una pequeña mesa colocada en el centro del recinto, con un fino mantel blanco, un servicio de mesa de plata para dos personas, candelabros con velas encendidas, una canasta con una botella de champán. En un atril a un costado un cuadro de “Las Tres Gracias” de Rubens remarcando la carnación viva, en una versión casera. En la otra silla, mirando a Miguel, estaba Marcos Marques, tranquilamente sentado, vestido de etiqueta. Con un suave guante de cuero marrón colocado en su mano derecha. Las luces de las velas se reflejaban en la calva brillante mientras bebía una taza de té. Dos cámaras con atriles parecían registrar todo lo que ocurría.

Reaccionando ante la sorpresa, Miguel lo apuntó. El hombre no se inmutó y rompió el silencio y la tensión del momento:

—Por fin nos conocemos personalmente Miguel. No sabía si vendría. Le agradezco la deferencia. Finalmente se ocupó de mí.

Miguel miraba a Letizia y a Marcos y no dejaba de apuntarle.

—Está bien Marcos, ya no hay tiempo. Levante las manos.

—Tenemos opiniones sobre el tiempo totalmente distintas, Miguel —dijo Marcos a la vez que proseguía tomando su té.

Al fondo del gran recinto el murmullo del agua sorprendió a Miguel, de pronto pudo observar en la semipenumbra un colosal juego de recipientes que trasvasaban agua de uno a otro en un juego aparentemente sin fin.

—Te sorprenderá esta hermosa maquinaria, es un klepsydra.

Miguel observó que Letizia se removía y parecía que iba a despertar.

—Quedese tranquilo Miguel, sólo está sedada. Marcos lo amonestó con la mirada.

—Prosigo, lo interesante del Klepsydra es cómo funciona, cada recipiente le roba el agua al otro.

Marcos terminó de beber el té y se puso de pie a una distancia prudencial de Miguel, que no dejaba de apuntarle.

—En definitiva, el sentido de esta reliquia es que roba el propio tiempo.

Miguel trataba de entender hacia dónde iba Marcos, mientras trataba de adivinar si el hombre tenía un arma, no quería poner en peligro a Letizia.

El rostro de Marcos se puso serio:

—Este es mi tiempo Miguel, esta es mi noche.

Había una inflexión inquietante en su voz. Miguel comenzó a respirar con dificultad y a sentirse mareado.

—Letizia, la he invitado —prosiguió Marcos—, ha venido a cenar conmigo aquí esta noche, arriba de la piedra fundacional de la Ciudad, ¿no es un lugar digno, Miguel?

Mire todo el trabajo que me he tomado para acondicionarlo. No puede decir que no me esforcé.

Miguel seguía apuntando a Marcos, pero no podía dejar de oírlo presa de un encantamiento, ¿o ese hombre expresaba todos sus fantasmas?, en ese instante no lo sabía.

—Finalmente entendió todo Miguel, aunque debemos reconocer que le costó. Los tiempos del impedimento, “Las Cuatro Estaciones” de Vivaldi. Todo tiene su ciclo, todo vuelve a su origen, todo vuelve a su centro. La carnación viva de “Las Tres Gracias”, logrado a través de la sangre de las modelos. Se fueron como en un sueño, eso lo puedo asegurar, mi camino no era el dolor de ellas.

Miguel lo interrumpió:

—¿Y Lautaro?

El rostro de Marcos se oscureció.

—Eso fue distinto, lo de Lautaro era reprochable.

Ante las palabras de Marcos, sintió un escalofrío; recordaba cómo había sido encontrado el detective. Miguel reaccionó y afirmando su arma volvió a instar al hombre:

—Vamos Marcos, lo van a ayudar.

El hombre se había sentado ante la pequeña mesa, dejó la taza de té con lentitud y volvió a mirar a Miguel.

—Se acabaron los tiempos del impedimento Miguel, todo tiene su ciclo, todo vuelve a su centro. Este es mi centro —insistió Marcos.

Miguel sintió que el tiempo se acababa, mientras montaba el martillo del revólver. Marcos tomó la botella de champán y sirvió una copa.

—Copas de cristal Miguel, ¿sabe en qué se diferencian de las de vidrio? Las de cristal no tienen el material doblado en el borde; poseen un corte limpio, puro que permite que el sabor de la bebida ingrese primero al paladar y recién luego las burbujas. ¿No es extraordinario?, si uno se ocupa de las cosas correctas, estas se ocupan de uno.

Marcos seguidamente bebió con evidente placer. Luego agregó:

—Excelente cosecha para una excepcional ocasión, podría acompañarme con una copa. Letizia como verá por ahora no está en condiciones.

Miguel sintió que todo caía en una pendiente definitiva.

Marcos prosiguió:

—Finalmente congeniamos Miguel, se ocupó de mí y me hizo el honor de perseguirme, de compartir las pruebas. Yo le hice abandonar esos absurdos auriculares y las gafas para dormir, el ridículo trabajo de guardián de góndolas. Le devolví su dignidad Miguel. ¿No pretenderá ahora que pierda la mía?

Miguel por un instante guardó silencio. Marcos se levantó de la silla, y con un elegante ademán sacó una pequeña caja de madera de uno de los bolsillos. Continuó hablando:

—Quise lograr una atmósfera de época Miguel, después de todo estamos parados sobre la piedra fundacional. Igual la tecnología nos persigue, esta caja que tengo en mis manos, dentro de ella hay un dispositivo electrónico para accionar explosivos a distancia. Me salió muy caro, no son fáciles de conseguir.

Miguel estaba mudo y estático apuntando.

—Sí Miguel, no se asombre, previendo su visita coloqué explosivos plásticos en este gran recinto, en cada recipiente del klepsydra. No es mucho en verdad, pero lo suficiente para sellarlo. Tal vez no nos encuentren nunca o les llevará mucho tiempo remover. Será todo un acontecimiento, lo garantizo.

Marcos levantó nuevamente la copa de Champán y bebió el resto. Letizia se movió y pareció murmurar algo.

—La decisión es suya Miguel —prosiguió Marcos— este es mi tiempo, este es mi centro.

Miguel percibió la serenidad de ese hombre ante el abismo, el instante previo a la decisión final. Marcos lo miró fijamente, ahora estaba muy serio; sus manos se dirigieron resueltamente hacia la pequeña caja que había dejado sobre el mantel y trató de accionarlo. El disparo retumbó en el recinto, Marcos giró grotescamente con los brazos abiertos, miró a Miguel y pareció querer decir algo, luego comenzó a caer abrazando el cuadro que él mismo pintara. Se arrastró hasta el Klepsydra y quedó boca arriba a un costado. Su mano derecha enguantada se aferró a la pintura protegiéndola. Una gota pendía de la parte inferior de uno de los recipientes del Klepsydra, luego se fue deformando por su propio peso, respondiendo a la ley de gravedad. Finalmente cayó golpeando su rostro fragmentándose. Marcos no se movió, sus manos ya no intentaron apartar viejas sombras. Miguel bajó el revólver como en un sueño. Reaccionando corrió hasta el hombre, guardó el detonador, y enseguida fue hasta Letizia. Parecía estar bien aunque con aspecto débil, quizás sólo sedada, su respiración era regular. Miguel volvió a mirar la figura trágica en el piso. El fantástico reloj ajeno a todo seguía trasvasando agua, el dios Cronos devoraba a sus hijos en la superficie de los recipientes. Miguel guardó el revólver en la faja del smoking, tomó a su mujer en brazos y emprendió el regreso. Las balizas enmarcaban sus cuerpos en la última escena. Cuando llegó a la zona del estacionamiento, arribaba Mendoza con los refuerzos. En el teatro, la orquesta tocaba los últimos acordes de la obra de Vivaldi, los violines atacaban ya la finalización del Invierno.

## Epílogo

Días después, una tarde, lo encontró a Miguel en la terraza de su edificio mirando el conjunto de la ciudad. Desde esa altura todo aparentaba estar tranquilo, nadie parecía tener culpa de nada. El aire de la tarde le resbalaba por el rostro. En el horizonte el Río de La Plata era una línea marrón. A esa misma hora en la Comisaría

Primera, Mendoza se tomaba la quinta pastilla antiácida del día mientras analizaba un nuevo expediente preocupado. En la estación de trenes, Aurelio vendía, entremezclado con la gente, fascículos, largando grandes bocanadas de humo de su cigarrillo, sorprendentes para su pequeña estatura. Miguel observó el pequeño cofre cerrado y el sobre con lacre, lo abrió y leyó la meticulosa letra: “Miguel, si este mensaje llega a sus manos, es que ganó la partida, quiero que guarde mis cosas”. Observó la pequeña llave que contenía el sobre y la tomó. Lo abrió con cuidado, en su interior una vieja bolsa de tela contenía bolitas de vidrio gastadas por el uso, un autito de carreras sin una rueda, un pequeño oso marrón con el pelo raído. En el fondo una pequeña foto de un niño con el pantalón corto, gruesos anteojos y el rostro triste. La mano derecha vendada, las piernas ligeramente torcidas hacia afuera y las rodillas juntas. Parecía mirar a la cámara.

A la mañana siguiente, Miguel, acompañado de Letizia fue hasta el río, alquiló una pequeña embarcación. Aguas adentro sacó el cofre, miró por última vez su contenido y lo arrojó al agua, junto con la carta. De un pequeño bolso extrajo sus auriculares y las gafas de tela e hizo lo mismo. Luego volvieron a la orilla, ya en la arena de la playa se sentaron juntos y fumaron varios cigarrillos y estuvieron largo tiempo mirando el río en silencio.

DARÍO DUBLANC, nació en Gral. Villegas, Provincia de Buenos Aires el 4 de febrero de 1962. Está casado con Fabiana y tiene dos hijos Nahuel y Ariel.

Ha publicado cuentos en distintos periódicos regionales. En 1998 publicó su primer libro de relatos fantásticos: El Observante. En el año 2002, publica su primera novela policial Tempo Zero, que a decir de Leopoldo Brizuela, sea tal vez la primera en su género de la Ciudad de La Plata. En el año 2014 publica RAÍCES AL SOL Historias de trenes. Vive en esta Ciudad desde el año 1984, concurrió a varios talleres literarios, a los cuales reconoce como formación e influencia: De Marita Minellono, Claudia Bernazza, Martha Berutti, Leopoldo Brizuela, y actualmente concurre a la Clínica de Novela que coordina Sara Isabella Bonfante. De alguna manera hace suyas las palabras que alguna vez pronunció Marguerite Yourcenar, la autora de El Amante: “Escribir a pesar de la desesperación, a pesar de todo”.

**Miguel Avero, el protagonista de esta historia, luego de muchas dudas acepta el desafío que le propone su ex Jefe y decide investigar los crímenes que suceden con los cambios de las estaciones del año. Con una trama atrapante y situaciones desconcertantes descubrirá el enigma de los asesinatos.**

**Lic. Sara Isabella Bonfante  
Coordinadora de la Clínica de Novela**

